

JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS

MISA DE GALLO  
Y OTROS CUENTOS

*TRADUCCIÓN DE*

*Elkin Obregón*

*COLECCIÓN*



*EDITORIAL NORMA*

Barcelona, Bogotá, Caracas, México,  
Miami, Panamá, Quito, San Juan, Santiago.

## ÍNDICE

ALGUNOS NOMBRES Y FECHAS EN TORNO A MACHADO DE ASSIS ....	4
MACHADO DE ASSIS.....	7
BIOGRAFÍA .....	13
CITAS A PROPÓSITO DE MACHADO DE ASSIS Y SU OBRA .....	14
BIBLIOGRAFÍA.....	16
<b>CRONOLOGÍA</b> .....	18

### **MISA DE GALLO Y OTROS CUENTOS**

EL SECRETO DE AUGUSTA .....	25
<i>EL RELOJ DE ORO</i> .....	42
<i>ERNESTO DE TAL</i> .....	47
<i>EL ESPEJO</i> .....	61
<i>LA CHINELA TURCA</i> .....	66
<i>NOCHE DE ALMIRANTE</i> .....	72
<i>CANTIGA DE ESPONSALES</i> .....	76
<i>SINGULAR OCURRENCIA</i> .....	79
<i>EL DIPLOMÁTICO</i> .....	84
<i>LA CARTOMÁNTICA</i> .....	90
<i>MISA DE GALLO</i> .....	95

A propósito de  
**MACHADO DE ASSIS**  
Y SU OBRA

## ALGUNOS NOMBRES Y FECHAS EN TORNO A MACHADO DE ASSIS

*Elkin Obregón*

### EL SIGLO XIX

LA LITERATURA de ficción del Brasil es quizá la más rica de Suramérica, y sin duda la menos divulgada en su propio continente. Es también la que más pronto extrae de sí misma una tradición que la enriquece y enraíza desde una época en que otros países latinoamericanos empezaban apenas un tímido balbuceo novelístico. Dejando de lado algunos intentos previos de relatos históricos, encontramos en Teixeira e Sousa, con su obra *El hijo del pescador* (1843), al primer novelista brasileño. A partir de ese libro aún precario la literatura de aquel país encuentra en la narración una nueva forma de asomarse a un proceso social recién nacido.

Un año después, *La Morenita*, de Joaquim Manuel de Macedo, inicia en tono menor la pauta de una narrativa romántica que encuentra sus mejores logros en la vasta obra del cearense José de Alencar. *El Guarani* data de 1857. *Iracema*, de 1865. Alencar es un precursor. Luis Viana Filho lo llama "el verdadero iniciador de nuestra literatura, a la que libera de los vínculos de sujeción a Portugal". Y el mismo Machado de Assis, su estricto contemporáneo, concuerda: "Nadie tuvo más de alma brasileña".

Diez años después de *La Morenita*, Manuel Antonio de Almeida publica *Memorias de un Sargento de Milicias*, obra insular, mezcla de documento social y picaresca. Novela urbana, para usar un término de hoy, *Memorias...* inaugura en la narrativa de su país una tradición o, al menos, un hábito: la ficción brasileña del siglo XIX mira más a la ciudad que al campo. De ello es buen ejemplo Machado de Assis, novelador por antonomasia de la entonces capital del Imperio. Alfredo d'Escagnolle Taunay conjuga realismo y costumbrismo en *Inocencia*, publicada en 1872. Es el mismo año de *Resurrección*, primer ensayo de Machado de Assis en el campo de la novela. Libro iniciático, cargado de lastres e influencias, difícilmente deja adivinar al gran autor que surgirá una década después con *Memorias póstumas de Bras Cubas* y *Papeles Sueltos*. 1875 es el año de *La Esclava Isaura*, de Bernardo Guimarães, que se asoma al tema de la esclavitud. También es el año de *Señora*, de Alencar, relato urbano con alguna influencia de Balzac.

*El Coronel Sangrado* (1877) de Inglês de Sousa, *El Mulato* (1881) y *La Colmena* (1890) de Aluisio de Azevedo, son los mejores ejemplos de la llamada corriente naturalista en el Brasil. La influencia de Zola, y de una parte de la obra de Eça de Queirós, resulta evidente en esos y otros libros. El mismo Machado participa en algún grado de ella, si bien parecería estar más cerca de Maupassant, y del Flaubert de *Madame Bovary*.

*El Ateneo* (1888) de Raúl Pompéia, obra fundamental, mira la ciudad a través de recuerdos escolares y amargos.

*La Capital Federal* (1893) de Henrique Coelho Neto, pone un tono de *belle époque* en la visión de un Río convertido ya en el eje social y urbano de la Primera República.<sup>1</sup>

*El Cabeleira* (1876) de Franklin Távora, y *Por el Sertón* y *Los Yagunzos* (1898) de Afonso Arinos, inauguran en la narrativa brasileña el extenso mapa de la novela nordestina o sertaneja. En 1902 aparece *Los Sertones*, de Euclides Da Cunha, libro de género inclasificable

<sup>1</sup> Se llama así al primer período republicano del Brasil, surgido a raíz de la caída del Imperio en 1889.

pero fundamental en la consolidación de esa corriente ficcionista que hallará su obra maestra (sin mencionar el aporte decisivo de Graciliano Ramos) muchos años después, en *El Gran Sertón: Veredas* (1956) de João Guimarães Rosa.

Quizá debemos detenernos aquí. Los primeros años del siglo ven la aparición de *Canaã* (Graça Aranha), de *Luzia-Homem* (Domingos Olímpio), de la obra dispar e inquietante de Lima Barreto. 1904 y 1908, respectivamente, marcan la publicación de *Esaú y Jacob* y *Memorial de Aires*, las dos últimas novelas de Machado de Assis. 1906, la de *Relíquias de la Casa Vieja*, última colección de relatos aparecida en vida del autor. La década del veinte señalará la eclosión del Modernismo,<sup>2</sup> cuyas fuentes nacionalistas latían ya en Alencar, en Adolfo Caminha, en Machado de Assis. Lo demás apunta al registro, aquí imposible, de uno de los *corpus* literarios más vigorosos de la literatura americana del siglo XIX.

## EL ESCRITOR

MACHADO de Assis retrató la sociedad burguesa de su tiempo. Como Flaubert, eligió la distancia y el desapego, no la ira. Miembro él mismo de esa sociedad —aunque de un modo difícil, que su vida explica—, prefirió la sobriedad a cualquier forma de énfasis. Sus temas son pocos y suficientes: la infidelidad, el arribismo, la traición, la locura. Fue, como dice Ledo Ivo, "el implacable historiador de un grupo social". Historiador implacable, y a la vez cómplice. Hubiera sido tal vez lo que otros fueron, pero su vocación de mirar se lo impidió. Después de una primera época digna de olvido, eligió a tiempo ser un verdadero escritor, y entendió que ese oficio parte de una exigencia ética. A partir de 1881, con *Memorias póstumas de Bras Cubas*, su obra se abre en un abanico de sorprendente agudeza y perfección. Desde ese momento supo también que auscultar su entorno era auscultarlo todo. Lo demás lo puso su talento, su pudor, su deseo de agregar armonía y elegancia a la narración de una rutina en la cual naufraga la posibilidad de vivir con dignidad. Su obra toda es triste y sonríe. Sabe juzgar, y a veces lo hace, pero sus mejores páginas (en novelas y cuentos) son más bien un lienzo, la mirada de un ojo que nos convida también a mirar. Hay en sus relatos mucho de invitación, o de desafío. Hechos de sugerencias, de elipsis, de elusiones, parecen callar lo que saben, y ese silencio equivale a la más eficaz forma de elocuencia. Con dos o tres asuntos, y una prosa siempre límpida y contenida, Machado nos dice lo esencial, esto es, aquello y sólo aquello que se propuso decirnos. No necesita de la pesadilla para contarnos la pesadilla. Le basta la ironía, el sarcasmo leve que no contiene, creo, huella alguna de desprecio.

## MACHADO, HOY

LA INFLUENCIA de Machado de Assis en la literatura brasileña del presente siglo es quizá más esencial que formal. Puestos a rastrear un eco machadiano, sin embargo, lo hallaríamos en muchísimas páginas, desde Lima Barreto y Aníbal Machado, hasta Marques Rebelo y Luzio Cardoso. Habría que mencionar a grandes narradores intimistas como Cyro Dos Anjos, Otávio de Faria, Ribeiro Couto, Cornelio Pena. Algo más que una anécdota se esconde tras una reciente iniciativa editorial, que reunió a algunos de los más importantes narradores

<sup>2</sup> El término "modernismo" designa en Brasil un movimiento artístico diferente al hispanoamericano. Lanzado oficialmente en la famosa "Semana de Arte Moderno" (São Paulo, 1922), se emparenta con las vanguardias europeas de esos años. Pero tiene un fuerte acento nacionalista, entendiéndose por esto la búsqueda y afirmación de una autonomía cultural.

del Brasil de hoy (entre ellos Nélide Piñón y Osman Lins, cuya obra se fundamenta en la audacia formal) para reescribir, cada uno a su modo, el extraño y sugestivo relato *Misa de Gallo*, publicado por primera vez en el año de 1900. Del autor de *Dom Casmurro* podría decirse, en fin, lo que sobre Rubén Darío dijo alguna vez Borges: todos le deben algo, aún aquéllos que nunca lo han leído.

Sólo que no existe un escritor contemporáneo en Brasil (para no hablar de una proyección universal cada vez más creciente) que no haya leído a Machado, y aprendido de él. Es un clásico, fuera o a pesar de cualquier otra catalogación académica. Su influencia va más allá de una temática o de los pormenores de una visión. Se basa en el rigor ejemplar de un oficio, y en la capacidad de abrir puertas, siempre nuevas, al misterio del hombre. El escritor norteamericano John Barth ha dicho: "Mi primera novela, *The Floating Opera*, nació bajo la benigna influencia de Joaquim Machado de Assis". Y Joaquim Nabuco: "Debe ser tratado con el mismo cariño con que en Oriente tratan las caravanas la palmera, a veces solitaria, del oasis".

### ESTE LIBRO

LA PRESENTE selección reúne doce cuentos de Machado, agrupados en orden cronológico, con la indicación respectiva del libro en que fueron publicados por primera vez.

Si bien muchos de sus primeros relatos (varios de los contenidos en *Cuentos Fluminenses* e *Historias de Media Noche*) son prescindibles, otros revelan ya sus preocupaciones esenciales y esa ironía contenida que le permite cortar sin herir y sin que apenas —al menos en esa época— el confiado lector acabe de entender que asiste a algo más que una anécdota.

El criterio de selección es personal, pero no —al menos, así lo creemos— arbitrario. Intenta dar un breve testimonio de una obra vasta y coherente, destinado a un público en su mayoría desconocedor de esa obra. Algunos de los textos aquí incluidos deben ser llamados, sin vacilar, obras maestras. Otros son la base que permitió aquéllas. Pero todos son Machadianos porque son o apuntan a lo más representativo de una obra de admirable vigencia.

*El secreto de Augusta* es un primer atisbo de los tipos y caracteres que llenarán el mundo del autor. *El reloj de oro*, crónica de una pequeña tragedia burguesa con algún eco de Maupassant, es también el germen de asuntos posteriores, como *La Señora de Galván* (no incluida en este volumen) y esa implacable e inquietante narración de un *fatum* —el de la superstición, no el de la muerte— que estructura *La Cartomántica*.

En *Ernesto de Tal* conviene no asociar la frivolidad de la historia y de sus protagonistas con la intención del autor, quien, consciente de su materia deleznable, la disuelve en un humor piadoso.

*La Chinela Turca* y *Cantiga de Esponsales*, muy distintos en su tratamiento, se identifican en que proponen (el primero en tono de broma, el segundo con melancolía) una visión del arte, o de la creación.

*El Espejo* es un cuento-apólogo, como muchos otros de Machado. *El Espejo* ("Esbozo de una teoría del alma") es un agudo comentario sobre la esencialidad de la apariencia.

*Noche de Almirante* es un admirable retrato psicológico que anuncia, en pocas páginas, otras figuras posteriores de la literatura brasileña. *El Diplomático* refleja igual habilidad: no es casual que el irónico relato sea también el relato de un juego. *Singular Ocurrencia* es una reflexión amarga y compasiva, cuya limpidez rechaza cualquier tentación moralista.

*Misa de Gallo*, finalmente, es quizá el punto más alto de una manera de narrar. Como en *Don Casmurro*, acaso la mejor novela de Machado, nadie ha podido desentrañar del todo su misterio. Tal vez no pueda hacerse mayor elogio de un autor, o de una obra.

## MACHADO DE ASSIS

Alfredo Bosi

EL PUNTO más alto y más equilibrado de la prosa realista brasileña se encuentra en la novelística de Machado de Assis.

Su *equilibrio* no era el goethiano; el de los fuertes, el de los felices, destinados a componer himnos de gloria a la naturaleza y al tiempo. Era el equilibrio de los hombres que, sensibles a la mezquindad humana y a la suerte precaria del individuo, aceptan una y otra como herencia inalienable, y hacen de ellas el alimento de su reflexión cotidiana.

El Machado que se indignara, cuando joven cronista liberal, ante los males de una política obsoleta,<sup>1</sup> fue modificando en los años de madurez el sentido de su combate, y acabó abrazando como destino eterno de los seres la convivencia entre egoísmos, hasta asumir el aspecto del sabio estoico en la piel del consejero Aires.

Quiero decir: veo siempre en su espíritu atildado un "no" a lo convencional, un "no" que el tiempo fue sombreando de reservas, de "peros", de "tal vez", aunque permaneció hasta el fin como la espina dorsal de su relación con la existencia. La génesis de esa posición que vela las negaciones radicales con el lenguaje de la ambigüedad, interesa tanto al sociólogo al investigar los problemas de clase que el mulato pobre pudo vencer a duras penas, como al psicólogo para quien la tartamudez, la epilepsia y la consecuente timidez del escritor, son factores que marcaron primero al rebelde, después al funcionario y al académico de notoria compostura. Creo que nada se gana omitiendo, por exceso de purismo estético, las fuerzas objetivas que compusieron la "situación" de Machado de Assis: ellas valen como el presupuesto de todo análisis que se quiera hacer de la materia de su obra. Es que fue, en última instancia, la manera personal del Machado-artista de responder a esa situación de base, dada, la que explica mucho de lo que ya se dijo respecto de su humor, del microrrealismo, de las ambivalencias, de la oculta sensualidad, de las reiteraciones, del resabio vernaculizante, de la factura extraña de algunos pasajes, y aun de aquellas "manías pueriles", que le descubriera, irritado, Lima Barreto al negar que lo tuviese jamás por maestro de la ironía.

Y también se comprende mejor la visión de la obra machadiana separada en dos momentos, cuya línea divisoria serían las *Memorias póstumas de Brás Cubas*, si se atribuye esa división a una reestructuración original de la existencia operada por el hombre que, si bien había perdido hacia mucho sus ilusiones, todavía no había encontrado la forma narrativa de desnudar a las propias criaturas, esto es, todavía no había aprendido el manejo del distanciamiento. Cuando el novelista asumió plenamente el foco narrativo en aquel libro capital, en verdad lo que hizo fue delegar en el difunto autor Machado-Brás Cubas el cometido de exhibir, con la desenvoltura de los que ya nada temen, las piezas de cinismo e indiferencia con que veía montada la historia de los hombres. La revolución de esa obra, que parece cavar un foso entre dos muros, fue una revolución ideológica y formal: ahondando en el desprecio a las idealizaciones románticas e hiriendo en su centro al mito del narrador omnisciente, que todo ve y todo juzga, dejó emerger la conciencia desnuda del individuo, débil e incoherente. Lo que quedó fueron las memorias de un hombre igual a tantos otros, el cauto y burlón Brás Cubas.

Después de las felices observaciones de Lucía Miguel-Pereira<sup>2</sup> ya no puede ignorarse la

<sup>1</sup> "De un acto de nuestro Gobierno, sólo la China podría extraer alguna lección. No es desprecio por lo que es nuestro, ni desdén por mi país. El país real, ése es el bueno, revela los mejores instintos; pero el país oficial, ése es caricatura burlesca. La sátira de Swift en sus ingeniosos viajes nos cabe perfectamente. En lo que a política se refiere, nada tenemos que envidiarle al Reino de Lilibut". (*Diario do Rio de Janeiro*, 29-12-1861).

<sup>2</sup> En *Machado de Assis, cit.*, cap. XI.

clave "machadiana" de las obras llamadas románticas o de la primera fase: en oposición a los novelistas que hacían la apología de la pasión amorosa como único móvil de la conducta, el autor de *A mão e a luva* y de *Iaiá García*, corporizando su problema personal en personajes femeninos, defiende la ambición de cambiar de clase y la búsqueda de un nuevo *status*, aun a costa de sacrificios en el plano afectivo. La ética todavía idealista que preside a esos episodios, no atenúa sin embargo el énfasis puesto en situaciones donde triunfa el puro cálculo, "la fría elección del espíritu", como dice Guiomar en *A mão e a luva*.

Es también verdad que las novelas iniciales nos parecen débiles, aún para el nivel de conciencia crítica del autor en la época en que las escribió. Es de 1878 la apretada reseña del *Primo Basílio*, de Eça, que nos muestra a un Machado dueño de criterios seguros para la apreciación de la coherencia moral de los personajes que todavía no había sabido plasmar. Pero libros como *A mão e a luva* e *Iaiá García* tuvieron un significado preciso en la historia de la novela brasileña: ampliaron la perspectiva del mejor Alencar urbano, en el sentido de subrayar la importancia del *papel social* en la formación del "yo", papel que viene a ser aquella segunda naturaleza, considerada en *Iaiá García* "tan legítima e imperiosa como la otra".

La trayectoria de Machado posterior a la experiencia de las novelas juveniles, desarrolló esa línea de análisis de las máscaras que el hombre se coloca a conciencia con tanta firmeza, que acaba por identificarse con ellas.

El salto cualitativo de las *Memorias póstumas* fue preparado por algunos textos escritos entre 1878 y 1880, verdadero *introito* a la prosa desmitificadora del difunto-autor: el anticuento *Un cão de lata ao rabo*, parodia y liquidación de los códigos "asmáticos y antitéticos" que se perpetuaban en los últimos "cóndores"; el diálogo *Filosofía de um par de botas*, en el que las clases y los ambientes del Río imperial están vistos desde abajo y en tono burlón, pues son unas viejas botas abandonadas en la playa las que cuentan las andanzas de sus antiguos dueños hasta que son recogidas por un mendigo; el *Elogio de Vaidade* hecho por la vanidad misma, embrión de la psicología explorada después en las *Memorias*, aparte del conjunto de finos retratos morales hechos a la manera de La Bruyere. En fin, la transición de una fase a la otra se entiende todavía mejor cuando se leen algunos poemas de las *Ocidentais*, parnasianos por la sobriedad del tono y la preferencia dada a las formas fijas: tanto en "Uma criatura", como en "Mundo interior" y en el célebre "Círculo vicioso", un lenguaje fatigado, elaborado por demás, sirve de expresión a un pesimismo cósmico que se emparenta con Schopenhauer y Leopardi por el retorno al mito de la naturaleza madrastra (imagen central en el "Delirio" de Brás Cubas):

*Sé de una criatura antigua y formidable  
Que se devora a sí misma los miembros y las entrañas  
Con la avidez del hambre insaciable.*

*Cuando en el árbol estalla un primer brote  
Viene la hoja, que lentamente se desdobra,  
Después la flor, después la suspirada poma,  
Pues esa criatura interviene en toda la obra:  
Quema el seno de la flor y le corrompe el fruto,  
Y esa destrucción redobla sus fuerzas.*

*Ama con el mismo amor lo sucio y lo impoluto;  
Comienza y recomienza una perpetua lucha,  
Y obedece sonriendo al divino estatuto.  
Tú dirás que es la Muerte; yo diré que es la Vida.*

"Uma criatura"



En los sonetos de "O desfecho", la desesperanza se torna un prometeísmo a la inversa:

*Prometeo sacudió los brazos maniatados  
Y pidió, suplicante, la eterna compasión,  
Al ver el transcurrir de los siglos que avanzan  
Pausadamente, como un redoble de muertos.*

*Una mano invisible diluyó las cadenas;  
Frío, inerte, rodó al abismo un cuerpo yerto:  
Acabó el sacrificio, acabó el hombre.*

En fin, la venganza del hombre contra la Naturaleza y el gusto por destruir que sella el infierno de la condición humana, son los temas de los mejores poemas de las *Occidentais*, "Suavi mari magno" y "A mosca azul"; y ya que fue preciso citar versos poco felices, léanse ahora éstos, mercedamente antológicos:

*Era una mosca azul, alas de oro y granada,  
Hija de la China o del Indostán.  
Que entre las hojas de una rosa encarnada brotó,  
Cierta noche de verano.*

*Y zumbaba y volaba, y volaba y zumbaba,  
Refulgiendo bajo la luz del sol  
Y de la Luna, mejor que fulgiría  
Un brillante del Gran-Mogol.*

*Un miserable que la vio, asombrado y tristón,  
Un miserable le preguntó:  
"Mosca, ese refulgir, que más parece un sueño,  
Di, ¿quién te lo enseño?"*

*Entonces ella, volando y revolando, le dijo:  
— "Yo soy la vida, yo soy la flor  
De las gracias, la clave de la eterna infancia,  
Y también la gloria, y también el amor".*

*Entonces él, tendiendo la mano callosa y tosca,  
Habituada sólo al rudo trabajo.  
De un golpe atrapó a la mosca fulgurante,  
Por la curiosidad de examinarla.  
Quiso verla de cerca, desentrañar la causa del misterio.  
Y encerrándola en la mano sonrió  
Contento al pensar que allí tenía un imperio,  
Y se marchó para su casa.*

*Alborozado llega, examina a la mosca, y parece  
Entregarse a esa ocupación  
Tan detenidamente como un hombre que quisiese  
Disecar su ilusión,  
Y la disecó a tal punto, y con tal arte, que la mosca,  
Rota, deslucida, repulsiva, despreciable,  
Sucumbió; y así se disipó aquella*

*Visión fantástica y sutil.*

*Hoy, cuando él pasa, adornada con flores  
La cabeza, y con aire extraviado  
Dicen que enloqueció y que él no sabe cómo  
Perdió su mosca azul.*

Fue ése el espíritu con que Machado se acercó a la materia que iría a plasmar en las novelas y cuentos de su madurez: un permanente alerta para que nada de sentimentalismos, nada de enfático, nada de idealización se interpusiese entre el creador y las criaturas. El manejo del distanciamiento se inicia en las *Memorias póstumas* que, por la riqueza de técnicas experimentadas, permaneció como una especie de breviario de las posibilidades narrativas de su nuevo modo de conocer el mundo. Fue en ese libro sorprendente donde Machado descubrió, antes que Pirandello y que Proust, que el estatuto del personaje en la ficción no depende, para sustentarse, de su fijeza psicológica ni de su conversión en tipo; y que el registro de las sensaciones y de los estados de conciencia más dispares, sirve para canalizar de modo ejemplar algo que está más aquí de la *persona*: el continuo de la psiquis humana. De ahí la estructura informal y abierta de esa nueva experiencia narrativa, tejido de recuerdos casuales, *fait divers* y cortes digresivos entre triviales y cínicos del personaje-autor, que no trasciende nunca la "filosofía" del sentido común burgués, congelada por la condición irreversible de difunto. Una consecuencia notable para la médula ideológica de la novela es que la unidad, enmascarada por la dispersión de los actos y las palabras, sobrepasa a los individuos y acaba fijándose en niveles impersonales: la *sociedad* y las *fuerzas del inconsciente*. Dislocado así el punto de vista, un viejo tema como el triángulo amoroso ya no se cargará con el *pathos* romántico que envolvía al héroe-heroína-el otro, sino que dejará venir a la superficie los mil y un intereses de posición, prestigio y dinero, pero dándole la primacía a la libido y a la voluntad de poder como las fuerzas que más profundamente rigen los pasos del hombre en sociedad. De la historia vulgar de adulterio de Brás Cubas-Virginia-Lobo Neves, a la triste comedia de equívocos de Rubiao-Sofia-Palha (*Quincas Borba*), y de ésta a la tragedia perfecta de Bentinho-Capitu-Escobar (*Dom Casmurro*), sólo aparecen variantes de una sola y misma ley: no hay más héroes que cumplan misiones o afirmen su voluntad; hay sólo destinos, destinos sin grandeza.

Machado tuvo mano de artista lo bastante sutil como para no perderse en los determinismos de raza o de sangre que presidirían las intrigas y poblarían las digresiones de los naturalistas de estricta observancia. Le bastaba al creador de *Dom Casmurro*, como a los moralistas franceses e ingleses, que eligió como lectura de cabecera, observar con atención el amor propio de los hombres y la arbitrariedad de la fortuna, para reconstruir en la ficción los laberintos de la realidad. Es que si la reflexión se extraviase por las veredas de la ciencia pedante de la época, adiós aquel *humor* de Machado que juega apenas con los signos de lo cotidiano...

Sin especular sobre el posible alcance metafísico del humor y aceptando, como hipótesis de trabajo, la definición que le dio Pirandello de "sentimiento de los contrastes" (en cuanto lo *cómico* vendría de la simple percepción de éstos), es posible rastrear, a partir de las *Memorias póstumas*, un proceso de inversión parodística de los códigos tradicionales que el Romanticismo hiciera circular durante casi un siglo. Quien dice de una pasión adolescente que "duró 15 meses y 11 centavos"; o del espanto de una víctima de una injusticia, que "cayó de las nubes" conviniendo en que siempre es mejor caer de las nubes que de un tercer piso; o aún, de la fatuidad que "es la transpiración luminosa del mérito", está en verdad operando, desde un lenguaje hecho de lugares comunes, una ruptura extremadamente fecunda, pues rota la cáscara de los hábitos expresivos, lo que sobreviene es una nueva forma de decir la relación del hombre con otro y consigo mismo. Y, en efecto, de la lograda investigación que fueron las *Memorias*, saldrían dos obras maestras que dieron a Machado de Assis, en la historia de la novela, un relieve a la altura de sus maestros europeos: *Quincas Borba* y *Dom Casmurro*.

En *Quincas Borba* se recupera la narración en tercera persona para objetivar el nacimiento, pasión y muerte de un provinciano ingenuo. Rubiao, heredero inesperado de una gran fortuna, cae en los lazos de una pareja ambiciosa; la mujer, la ambigua Sofia, viéndolo rico y explotable, le da esperanzas, pero se abstiene cautelosamente de dejar avanzar las cosas al percibir en su apasionado galán rasgos de creciente locura. En largos zigzagueos se van delineando el destino del pobre Rubiao y la infamia bien urdida del mundo donde triunfan Sofia y su marido; y no conozco un cuadro pintado más finamente que éste, de la sociedad burguesa del Segundo Reinado, construido a modo de un mosaico de actitudes y frases cotidianas. De ese mundo es expulsado con metódica dureza el loco, el pobre, el diferente. Las últimas páginas de la novela, contando el fin de nuestro antihéroe en las laderas de Barbacena, muestran en su simplicidad patética el sello del genio.

*Dom Casmurro* marca un retorno al estilo de las memorias, casi póstumas: "Mi fin evidente era atar las dos puntas de la vida y restaurar en la vejez la adolescencia. Pues, señor, no conseguí recomponer lo que fue ni lo que fui. Aunque el rostro fuera igual, la fisonomía era diferente. Si sólo me faltasen los otros, pase; un hombre se consuela más o menos de las personas que pierde; pero faltó yo mismo, y esta laguna lo es todo" (capítulo II). Falta el adolescente Bentinho que, traicionado por la mujer amada y por el mejor amigo, se convierte en Dom Casmurro. En verdad, una novela de Machado no se debe resumir: ¿y cómo hacerlo, si lo que en ellas importa no es el hecho en sí, sino la constelación de intenciones y de resonancias que lo envuelve? Aun cuando Capitu no hubiese cometido adulterio (y la novela no aporta ninguna prueba decisiva al respecto), todo en ella plantea la posibilidad del engaño; desde los ojos inconstantes, oblicuos y disimulados, que quedaban inmóviles en los momentos de ira "con las pupilas indefinidas y opacas", hasta las mismas ideas que ya en la niñez eran "hábilas, sinuosas, porfiadas, y alcanzaban el fin propuesto, no de un salto, sino a saltitos". La novela no padece del ritmo arrastrado que en *Quincas Borba* se plegaba tan ajustadamente a las idas y venidas de Rubiao en su lenta trayectoria hacia la locura y el abandono. La historia de Bentinho y Capitu aparece como una narración más armada; y el gusto por marcar los personajes secundarios, como el tipo superlativo del agregado José Dias, le da un aire de novela de costumbres que se aviene con las referencias precisas que en ella se hacen a la atmósfera y los padrones familiares del Río de mediados de siglo. Esa atmósfera y esos padrones siguieron presentes en las últimas novelas, *Esaú e Jacó* y *Memorial de Aires*, en las que ya se consumó el amaneramiento de un Machado clásico, igual a sí mismo, cada vez más propenso a disolver en medias tintas e ironías la pasión y el entusiasmo: la figura absolutamente machadiana del Consejero Aires, que une a las dos novelas, remata en postura estoica la serie de desengaños abierta por Brás Cubas: "Si yo fuese capaz de odio —dice el Consejero— odiaría así; pero yo no odio a nada ni nadie, *perdono a tutti*, como en la ópera".

Y hablando de una mujer capaz de inspirar amor: "No pensé en prosa, sino en verso, y un verso justamente de Shelley, que relevara días antes en casa, tomado de una de sus estancias de 1821: *I can give not what men call love*."

Ni odio ni amor. Se encuentra en *Esaú e Jacó*, una confesión de fatalismo que explica la indiferencia profesada en las frases que acaban de citarse: "No se lucha contra el destino: lo mejor es dejar que nos atrape por los cabellos y nos arrastre hasta donde quiera, ya sea que nos levante o nos despeñe".

Menos que "pesimismo" sistemático, mejor sería ver, como suma de la filosofía machadiana, un sentido agudo de lo relativo: nada vale como absoluto, nada merece odio o amor. Para la antimetafísica del escepticismo, la moral de la indiferencia.

El itinerario de las dudas en Machado de Assis está marcado por algunos cuentos admirables, todos escritos después de las *Memorias: O Alienista*, casi una novela por su larga secuencia de sucesos, es un punto de interrogación acerca de las fronteras entre la normalidad y la locura, y deriva hacia una crítica interna al cientismo de la época; o *Espelho* lleva la corrosión de la sospecha hasta el centro mismo de la persona, mostrando ejemplarmente cómo el papel social y sus símbolos materiales (un uniforme de Alférez, por ejemplo) valen tanto

para el yo como la clásica teoría de la unidad del alma; *A Serenísima República*, alegoría política en torno a los modos de resolver o de no resolver el problema de la distancia entre el Poder y el Pueblo; *O segredo do bonzo*, apología de la ilusión como único bien a que aspira la gente. Y habría otros cuentos para citar, obras maestras de trazado psicológico (*Dona Benedita*, *A Causa Secreta*, *Trio em lá menor*) y de sugestión de atmósferas (*Missa do Galo*, *Entre Santos*).

La narrativa machadiana constituyó, por el equilibrio formal que alcanzara, uno de los caminos permanentes de la prosa brasileña en la dirección de la profundidad y la universalidad. Pero no debe ser transformada en ídolo: eso no se avendría con un autor que hizo de la literatura una recusación constante de todos los mitos.

---

\* Este ensayo fue tomado de la *Historia concisa de la literatura brasileña*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

## BIOGRAFÍA

Alfredo Bosi

JOAQUIM María Machado de Assis (Río, 1839-1908) nació en el morro de Livramento, hijo de un pintor mulato y de una lavandera azoriana. Huérfano de ambos desde muy temprano, fue criado por su madrastra, María Inés. Ya en la infancia aparecieron síntomas de su frágil complejión nerviosa, la epilepsia y la tartamudez, que lo acometerían recurrentemente durante su vida y le darían aspecto de reservado y tímido. Aprendidas las primeras letras en una escuela pública, recibió clases de francés y de latín de un sacerdote amigo, Silveira Sarmiento; pero fue como autodidacta que construyó su vasta cultura literaria, que incluía autores no muy leídos en su época, como Swift, Sterne y Leopardi. A los dieciséis años entró en la Imprenta Nacional como tipógrafo aprendiz; a los dieciocho, en la editorial de Paula Brito, para cuya revista, *A Marmota*, compuso sus primeros versos. Poco después, es admitido en la redacción del *Correio Mercantil*. Traba conocimiento con algunos escritores románticos: Casimiro de Abreu, Joaquim Manuel de Macedo, Manuel Antonio de Almeida, Pedro Luis y Quintino Bocaiúva. Este lo introdujo, en 1860, en el *Diário do Rio de Janeiro*, para el cual reseñará los debates del Senado, usando un lenguaje sarcástico en función de su ardiente liberalismo. En la década del 60 escribe casi todas sus comedias, y los versos todavía románticos de las *Crisálidas* (1864). A los treinta años de edad, se casa con una señora portuguesa de buena cultura, Carolina Xavier de Novais, su compañera afectuosa hasta la muerte y que le iría a inspirar la bella figura de Dona Carmo del *Memorial de Aires*. Amparado por una carrera burocrática, primero en el *Diário Oficial* (1867-73) y, a partir del 74, en la Secretaría de Agricultura, el escritor pudo entregarse libremente a la vocación de novelista. Del 70 al 80, aparecen *Contos Fluminenses* (70), *Ressurreição* (72), *Histórias de meia-noite* (73), *A mão e a Luva* (74), *Helena* (76), *Iaiá Garcia*, cuentos y novelas inexactamente llamados de su "fase romántica", cuando mejor se los llamaría "de compromiso" o "convencionales". Con algunos poemas que reuniría en las *Ocidentais*, y sobre todo a partir de las *Memorias póstumas de Brás Cubas* (1881), el escritor alcanza la plena madurez de su realismo de ahondamiento moral, que las obras siguientes vendrían a confirmar: *Histórias sem Data* (84) *Quincas Borba* (92), *Varias Histórias* (96), *Páginas Recolhidas* (99), *Dom Casmurro* (1900), *Esaú e Jacó* (1904), *Relíquias de casa velha* (1906).

Considerado hacia fines de siglo el mayor novelista brasileño, fue uno de los fundadores y primer presidente de la Academia Brasileña de Letras; animó la excelente *Revista Brasileira*; promovió a los poetas parnasianos y estrechó relaciones con los mayores intelectuales de su tiempo, de Verissimo a Nabuco, de Taunay a Graca Aranha. No obstante esa activa sociabilidad en el mundo literario, fueron proverbiales su fría compostura personal y la prescindencia política que mantuvo durante sus últimos años: actitud paralela al análisis corrosivo a que venía sometiendo al hombre en sociedad desde las *Memorias Póstumas*. Su última novela, más "diplomática". *Memorial de Aires* (1908), fue escrita después de la muerte de Carolina, a quien sobrevivió por poco tiempo. Machado de Assis murió víctima de una úlcera cancerosa, a los sesenta y nueve años de edad. En la Academia le cupo a Rui Barbosa hacerle el elogio fúnebre.

---

\* Este trozo aparece como un pie de página en la *História concisa de la literatura brasileira*. Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

## CITAS A PROPÓSITO DE MACHADO DE ASSIS Y SU OBRA

RÍO ESTÁ EN LOS SENOS DE LA BELLA SOFÍA. Gago, miope y epiléptico, nacido en el Morro do Livramento e hijo de un pintor y dorador mulato y de una lavandera portuguesa, ex-vendedor de dulces de su madrastra y antiguo monaguillo, Joaquim María Machado de Assis estaba, aquel día de la misa,<sup>1</sup> iniciando su carrera literaria. No era ya tipógrafo, ni corrector de pruebas del *Correio Mercantil*, y sí Cronista Parlamentario del *Diario do Rio de Janeiro* y eventual crítico teatral. Iniciaba su carrera literaria, periodística y social que lo llevaría a la gloria de ser uno de los más grandes escritores de todos los tiempos.<sup>2</sup>

*Ledo Ivo*

NOVELISTA, cronista, cuentista, poeta, ensayista, teatrólogo, en toda su obra Machado de Assis proyectó la imagen de Río de Janeiro. Pero, habiendo evolucionado desde el romanticismo hacia más apuradas formas del realismo social y del análisis psicológico, esa visión de Río no siempre se limitará a los panoramas, costumbres y tipos exteriores, cosa que ha irritado a más de un frecuentador de la literatura de tarjeta postal. En la grandiosa obra de Machado, Río aparecerá casi siempre en los lugares y ocurrencias más sorprendentes: en el busto de la bella Sofía, en la mirada de resaca de Capitu, en el perfume de aquella baronesa que cruza con Rubião el corredor de Camacho, en aquel papagayo de papel visto a través de las vidrieras de la casita rústica que fue su escuela en la Rua de Costa, en 1890, en las giras aéreas de las gaviotas contempladas por Doña Severina, en el balanceo del cuerpo de la Doña Concepción de *Misa de Gallo* (en el cual hay más voluptuosidad que en la obra toda del cuasi-carioca Nelson Rodrigues).

Un siglo de Río está guardado en la obra de Machado: en la fachada de sus casas viejas, en el barullo de sus tranvías, en esas estampas romancescas que hicieron de él un grande e implacable historiador de una sociedad que amaba el dinero por sobre todas las cosas. Sin haber salido nunca de su ciudad natal, a no ser en cortos viajes, fue y continúa siendo considerado el más universal de nuestros escritores.<sup>3</sup>

*Levo Ivo*

EL TEMA del tiempo es el pensamiento central de la obra de Machado, surgido como una revelación anticipada bajo la presión de los acontecimientos de la infancia. La experiencia íntima del tiempo, así no se vea expresamente formulada, es la que marca todas sus creaciones con un margen de inseguridad moral, con un gusto de ceniza. Pero a menudo la angustia temporal deja de ser un sentimiento para tornarse una reflexión... La obra de Machado de Assis, en sus reservas, en sus alusiones, parece muchas veces un lenguaje cifrado, que da la impresión, a cada paso, de tener un alcance mayor que su significación aparente. La sonrisa amarga que lleva siempre en el rostro tiene un aire de desafío, como si propusiese un problema

---

<sup>1</sup> Se refiere a la misa dicha en memoria, de Manuel Antonio de Almeida, autor de *Memorias de un Sargento de Milicias*. Almeida murió en un naufragio en 1861, y Machado de Assis, uno de los oferentes, era entonces un escritor incipiente que había recibido apoyo del autor fallecido.

<sup>2</sup> Fragmento del artículo "Escritores de Río"

<sup>3</sup> Tomado de *A ética da aventura*. Livraria Francisco Alves, Editora S.A.

y nos convidase a solucionarlo.<sup>4</sup>

*Barreto Filho*

NADIE en la literatura brasileña fue más, o siquiera igual a él, extraño a toda especie de histrionismo, de vanidad, de exhibicionismo. De raíz odiaba toda publicidad, toda divulgación que no fuese puramente la de sus libros publicados. Para su mismo trabajo literario, así como para todo lo que tocaba con él, tenía un exagerado recato. Huía totalmente de las confidencias, tanto personales como literarias. Por ninguna razón admitía que su humilde cuna fuera tomada como motivo para exaltar los niveles que logró alcanzar. A su recatadísimo orgullo le repugnaba, mirándolo como un expediente vulgar, introducir ese elemento anecdótico en el éxito de su obra.<sup>5</sup>

*José Veríssimo*

---

<sup>4</sup> Tomado de *Introducción a Machado de Assis*. 1947. Livraria Agir Editora. Río 1947.

<sup>5</sup> Tomado de *Historia de la literatura brasileña* 1929. Alves, Ailland E. Bertrand. Río-París - Lisboa. Livraria 1929.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aranha, Graca, *Machado de Assis e Joaquín Nabuco. Comentários e notas á correspondência entre éstos dois escritores*, Monteiro Lobato, San Pablo, 1923.
- Broca, Brito, *Machado de Assis e a política e outros estudos*, Simoes, Río, 1957.
- Buarque de Holanda, Sergio, *Cobra de Vidrio*, Martins, San Pablo, 1944.
- Cândido, Antonio, *Vários Escritos. Duas Cidades*, San Pablo, 1970.
- Cardoso, Wilton, *Tempo e memória em Machado de Assis*, Estab. Graf. Sta. Maria, Belo Horizonte, 1958.
- Casassanta, Mario, *Machado de Assis e o tédio á controvérsia. Os Amibos do Livro*, Belo Horizonte, 1934.
- Cortes Riedel, Dirce, *O tempo no romance machadiano*, Librería San José, Río, 1959.
- Coutinho, Afranio, *A filosofia de Machado de Assis*, Vecchi, Río, 1940.
- De Alencar, Mario, *Algunos Escritos*, Garnier, Río, 1910.
- De Andrade, Mario, *Aspectos da literatura brasileira*, Améric-Edit, Río, (sin fecha).
- De Freitas, Bezerra, *Formas e expressão no romance Brasileiro*, Pongetti, Río, 1947.
- Faoro, Raimundo, *Machado de Assis, a pirâmide e o trapézio*. C. E. Nacional, San Pablo, 1974.
- Filho, Barreto, *Introdução a Machado de Assis*. Agir, Río, 1947. *Fontes para o estudo de Machado de Assis*, INL, Río, 1958.
- Galante de Sousa, José, *Bibliografia de Machado de Assis*, Instituto Nacional do Livro, Río, 1955.
- Gomes, Eugenio, *Espelho contra espelho*, Ipé, San Pablo, 1949.
- Gomes, Eugenio, *Machado de Assis*, Librería San José, Río, 1958.
- Gomes, Eugenio, *Prata de casa, A Noite*, Río, 1953.
- Griego, Agripino, *Evolução da prosa brasileira*, Ariel, Río, 1933.
- Griego, Agripino, *Machado de Assis*, José Olympo, Río, 1959.
- Jr., Peregrino, *Doença e constituição de Machado de Assis*, José Olympo, Río, 1938.
- Labieno (Lafayette Rodrigues Pereira), *Vindiciae, O Sr. Silvio Romero, crítico e filósofo* (escrito en 1898), 3ra. ed. José Olympo, Río, 1940.
- Lima, Oliveira, "Machado de Assis et son oeuvre literaire", en volumen del mismo nombre, con prefacio de Anatole France y un estudio de Víctor Orban, editado en París por Louis Michaud, en 1909.
- Magalhaes Jr., R., *Ao redor de Machado de Assis*, Civ. Brasileira, Río, 1958.
- Magalhaes Jr., Raimundo, *Machado de Assis desconhecido*, Civ. Brasileira, Río, 1955.
- Massa, Jean-Michel, *A juventude de Machado de Assis*, Civ. Brasileira, Río, 1971.
- Massa, Jean-Michel, *Bibliographie descriptive, analytique et critique de Machado de Assis, 1957-58*, Librería San José, Río, 1965.
- Maya, Alcides, *Machado de Assis, Algumas notas sobre o humor*, Jacinto Silva, Río, 1912.
- Meyer, Augusto, *A sombra da estante*, José Olympo, Río, 1947.
- Meyer, Augusto, *Machado de Assis, 1935-1958*, Librería San José, Río, 1958.
- Miguel-Pereira, Lucía, *Machado de Assis. Estudo crítico e biográfico*. Cía. Hd. Nacional, San Pablo, 1936; 5a. ed. José Olympo, Río, 1955.
- Miguel-Pereira, Lucía, *Prosa de Ficção, de 1870 a 1930*, José Olympo, Río, 1950.
- Moog, Viana, *Heróis da decadência*, Guanabara, Río, 1934 (2a. ed. Simoes, Río, 1956).
- Pereira, Astrogildo, *Interpretações*, Casa del Estudiante del Brasil, Río, 1944.
- Pereira, Astrogildo, *Machado de Assis*, Librería San José, Río, 1959.
- Pujol, Alfredo, *Machado de Assis*, Tipogr. Brasileira, San Pablo, 1917.
- Revista do Brasil*, Número dedicado a Machado de Assis, junio, 1939.
- Revista do livro*, Número dedicado a Machado de Assis, Río, Septiembre de 1958.
- Romero, Silvio, *Machado de Assis. Estudo comparativo de literatura brasileira*, Laemmert, Río,



1897.

Schwartz, Roberto, *Ao vencedor as batatas*. Duas Cidades, San Pablo, 1977.

Tati, Miedo, *O mundo de Machado de Assis*, Secretaría de Educación y Cultura, Río, 1961.

Veríssimo, José, *Estudos Brasileiros*, II, Laemmert, Río, 1894.

Veríssimo, José, *Estudos de literatura brasileira*, 6a. serie, Garnier, Río, 1907.

Veríssimo, José, "Machado de Assis", en la *Historia de literatura brasileira*, Francisco Alves Ríos, 1916.

## CRONOLOGÍA

MACHADO DE ASSIS		CONTEXTO LITERARIO	CONTEXTO HISTÓRICO
1839	21 de junio. Nace Joaquim María Machado de Assis en Río de Janeiro, Brasil. Es hijo de Francisco José de Assis y María Leopoldina Machado de Assis.		Termina la guerra entre México y Francia. En Colombia continúa la guerra civil que se prolongará hasta 1842.
1851	Muere Francisco José de Assis, padre de Machado de Assis.	Primera parte de la novela <i>Amalia</i> del argentino José Mármol. Muere el escritor argentino Esteban Echeverría.	Golpe de estado en Francia, por Luis Napoleón. Abolición de la esclavitud en Colombia y Ecuador.
1855	Publica el poema <i>Ella</i> en la revista <i>A Marmota Fluminense</i> .		Creado el Estado Federal de Istmo, y Panamá obtiene autonomía del gobierno colombiano.
1856	Trabaja como aprendiz en la Tipografía Nacional.	Nace Oscar Wilde.	El café es el principal producto de exportación de Brasil. Se establecen los límites fronterizos entre Ecuador y Colombia. Constitución liberal en el Perú.
1858	Trabaja como corrector de pruebas en la editorial de Paula Brito. Colabora en el diario <i>O Paraíba</i> y en el <i>Correio Mercantil</i> .	Nace el escritor colombiano Tomás Carrasquilla.	Se inicia guerra civil en Venezuela. Benito Juárez, presidente de México, establece su cuartel en Veracruz: guerra de los Tres Años. En Colombia una nueva constitución establece la Confederación Granadina.
1859	Es miembro fundador de la revista <i>O Espelho</i> . Pertenece al Club Literario Fluminense. Escribe la letra de la ópera <i>Pipelet</i> basada en la obra <i>Los misterios</i> de París de Eugenio Sue.		La Imperial Academia de Bellas Artes inaugura una pinacoteca en Río de Janeiro. Brasil y Venezuela firman tratado de límites fronterizos.
1860	Publica su primera obra teatral, la comedia <i>Hoy de delantal, mañana de guantes</i> . Participa activamente en el <i>Diario do Río de Janeiro</i> . Colabora en <i>Semana Ilustrada</i> bajo el seudónimo de Dr. Semana.	Baudelaire: <i>Los Paraísos Artificiales</i> .	Fin de la Guerra de los Tres Años.
1861	La editorial de Paula Brito publica <i>Desencantos y Falta que tienen las mujeres para los tontos</i> . Escribe los versos para la ópera <i>Las bodas de Juanita</i> , de Luis Olona.	Nace Baldomero Sanín Cano, escritor colombiano. Muere Manuel Antonio de Almeida.	Toma de Bogotá por el General Mosquera, liberal.
1862	Trabaja como bibliotecario de la Sociedad Arcadia Brasileira. Es socio del Conservatorio Dramático Brasileiro. Son llevadas a escena tres obras suyas: <i>El camino de la puerta</i> , <i>El Protocolo</i> y <i>Gabriela</i> .	Víctor Hugo: <i>Los Miserables</i> . Flaubert: <i>Salambó</i> .	Muere el Presidente López en Paraguay.

1863	El <i>Diario do Río de Janeiro</i> publica el primer volumen de obras teatrales de Machado de Assis. Colabora en la publicación <i>Jornal das Familias</i> .	Nace José María Rivas Groot. Aldous Huxley: <i>El lugar del hombre en la naturaleza</i> . Dostoievsky: <i>Memorias del Subsuelo</i> .	Lincoln proclama la Abolición de la esclavitud en los Estados Unidos. España reconoce la independencia de Argentina. Una nueva constitución crea los Estados Unidos de Colombia.
1864	Aparece <i>Crisálidas</i> , su primer volumen de versos. Colabora en la <i>Imprensa Acadêmica</i> bajo el seudónimo de Silencio. Traduce la comedia <i>Montjove</i> de Octavio Olivet.	Fundado el diario abolicionista <i>O Diabo Coxo</i> .	En Brasil se concede la libertad de los esclavos al servicio del gobierno. En Venezuela se establece la República Federal con el nombre Estados Unidos de Venezuela.
1865	Es socio fundador de <i>Arcadia Fluminense</i> . Se pone en escena su comedia <i>Los dioses de chaqueta</i> . Traduce el drama <i>Suplicio de una mujer</i> de Girardin y Dumas, hijo. En el <i>Jornal das Familias</i> publica el cuento <i>Confesiones de una viuda joven</i> .	Nace José Asunción Silva. Carroll: <i>Alicia en el país de las maravillas</i> . Tolstoi: <i>La guerra y la paz</i> . Muere Andrés Bello.	Brasil se une a Uruguay y Argentina para derrotar al caudillo uruguayo Francisco Solano López, en la guerra de la Triple Alianza.
1866	El <i>Diario do Río de Janeiro</i> y la Tipografía Perseverança publican <i>Los trabajadores del mar</i> , de Víctor Hugo, traducido por Machado de Assis. También traduce las comedias <i>La familia Benoiton</i> de V. Sardou y <i>El barbero de Sevilla</i> de Beaumarchais, y el drama <i>El ángel de media noche</i> de Théodore Barrière y Edouard Plouvier. Es nombrado ayudante del Director del Diario Oficial.		
1869	La editorial Garnier publica un volumen de poesía de Machado de Assis: <i>Falenas</i> , 12 de noviembre. Contrae matrimonio con Carolina Augusta Xavier de Novais, hermana del poeta portugués Faustino Xavier de Novais.	En Nicaragua nace Rubén Darío. Ignacio Manuel Altamirano: <i>Clemencia</i> . Verne: <i>Veinte mil leguas de viaje submarino</i> . Emily Dickinson: <i>Poemas</i> . Flaubert: <i>La Educación Sentimental</i> . Verlaine: <i>Fiestas Galantes</i> .	En Ecuador una nueva constitución prohíbe el ejercicio de religiones diferentes al catolicismo.
1870	Escribe la introducción para un volumen de poesías póstumas de su cuñado el poeta Faustino Xavier de Novais. Traduce parte de <i>Oliver Twist</i> , de Charles Dickens.		Termina la guerra del Paraguay, muere Francisco Solano López.
1871	Es nombrado miembro del segundo Conservatorio Dramático de Río de Janeiro.	Nacen osé Enrique Rodó y Marcel Proust. Carroll: <i>A través del espejo</i> . Bécquer: <i>Rimas</i> . Muere el escritor argentino José Mármol.	

1872	<p>Aparecen publicados por la editorial Garnier, su primera novela: <i>Resurrección</i>, y el volumen <i>Contos Fluminenses</i>.</p>	<p>Guimaraes: <i>El buscador de diamantes</i>. Nietzsche: <i>El origen de la tragedia</i>. José Hernández: <i>Martín Fierro</i>. Mueren los poetas colombianos José María Vergara y Vergara y Gregorio Gutiérrez González.</p>	<p>M. Pardo primer presidente civil de Perú.</p>
1873	<p>Publica el volumen de cuentos <i>Histórias de meia-noite</i>; el artículo "Noticia de la actual literatura brasileña. Instinto de nacionalidad" para <i>El Nuevo Mundo</i> de New York y traduce <i>Higiene para uso dos mestre-escolas</i>, del Dr. Gallard. Traduce la comedia <i>Así son Todas</i>, de Alfred de Musset.</p>	<p>Se suicida el poeta mexicano Manuel Acuña.</p>	
1874	<p>Publica su segunda novela: <i>La mano y el guante</i>.</p>	<p>Nace Leopoldo Lugones. Guimaraes: <i>El Indio Alfonso</i>. Alarcón: <i>El sombrero de tres picos</i>.</p>	
1875	<p>Publica el volumen de poesías titulado <i>Americanas</i>. Es llevada a escena su obra <i>El Decorado</i>.</p>		
1876	<p>Colabora con el diario <i>O Cruzeiro</i>, bajo el seudónimo de Manassés. Publica la novela <i>Helena</i>.</p>		
1877	<p>Colabora con el diario <i>O Cruzeiro</i>, bajo el seudónimo de Eleazar. Publica la novela <i>Iaiá García</i>. Viaja a Nova Friburgo.</p>		
1878		<p>Nace el escritor uruguayo Horacio Quiroga. Manuel de Jesús Galván: <i>Enriquillo</i>. José M. Eça de Queiroz: <i>El Primo Basilio</i>. Aparece en Buenos Aires <i>La vuelta de Martín Fierro</i>.</p>	<p>Comienzan las excavaciones del Canal de Panamá. En Uruguay se aprueban los códigos civil y penal.</p>
1879	<p>Regresa a Río de Janeiro. Colabora en la <i>Revista Brasileira</i> y en <i>A Estação</i>.</p>	<p>Hoolmberg: <i>Horacio Kalibang y los autómatas</i>. José Zorrilla de San Martín: <i>La leyenda Patria</i>. Ibsen: <i>Casa de muñecas</i>. Zola: <i>Nana</i>. Muere la novelista peruana Clorinda Matto de Turner, autora de <i>Aves sin Nido</i>.</p>	
1880	<p><i>Memorias Póstumas de Brás Cubas</i>. Es puesta en escena su comedia <i>Tu só, tu, puro amor...</i> Es nombrado oficial del Gabinete del Ministro de Agricultura.</p>	<p>Maupassant: <i>Bola de Sebo</i>. Menéndez Pelayo: <i>Historia de los heterodoxos españoles</i>.</p>	<p>En Brasil, Joaquim Nabuco funda la sociedad contra la esclavitud. Rafael Núñez es elegido presidente de Colombia. En Buenos Aires, el general Julio A. Roca asume la presidencia de Argentina. Buenos Aires es proclamada capital del país.</p>
1882	<p>Publica el volumen <i>Papeles Suetos</i>.</p>		

1883	Fundada la Asociación de Hombres de Letras del Brasil. Machado de Assis, uno de sus miembros. Funda la Liga de Brasil.	Stevenson: <i>La isla del tesoro</i> . Nietzsche: <i>Así Hablaba Zarathustra</i> . Maupassant: <i>Una Vida</i> .	Fundada la Confederación Abolicionista en Brasil.
1884	Publica el volumen <i>Historias sin Fecha</i> .	Muere Candelario Obeso, quien inaugura la poesía negra en Colombia.	Segundo período de gobierno de Rafael Núñez en Colombia. Durante este período se adopta una constitución unitaria que da a la nación su nombre actual de República de Colombia.
1886	Aparece, por fascículos, su novela <i>Quincas Borba</i> . Publica el volumen <i>Tierras, compilación para estudio</i> .	Nace Ricardo Güiraldes. Son publicados los poemas del colombiano José Asunción Silva.	
1887	Es nombrado Socio Honorario del Congreso Literario Gonçalves Días.	Maupassant: <i>El Horla</i> . Mallarmé: <i>Poemas Completos</i> . Nietzsche: <i>La genealogía de la moral</i> . Aluísio Azevedo: <i>El Hombre</i> .	
1888	Es nombrado, por decreto imperial, Oficial de la Orden de la Rosa.	Inglés de Sousa: <i>El Misionero</i> . Raúl Pompeia: <i>El Ateneo</i> . Altamirano: <i>El Zarco</i> . Chéjov: <i>La Estepa</i> . Ibsen: <i>La dama del mar</i> . Rubén Darío: <i>Azul</i> . Mueren el escritor argentino Domingo Faustino Sarmiento y el novelista boliviano Nataniel Aguirre, autor de <i>Juan de la Rosa</i> .	En Brasil es abolida definitivamente la esclavitud. La Compañía Universal del canal de Panamá es declarada en quiebra.
1889	Pasa a ser director de la Dirección de Comercio de la Secretaría de Agricultura.	José Martí: <i>La edad de oro</i> . José Asunción Silva: <i>Nocturno II</i> . José M. Eça de Queiroz: <i>Las cartas de Fradique Méndez</i> .	Brasil se proclama República. Es derrocado Pedro II. Primera conferencia de los Estados Americanos en Washington.
1890	Los miembros de la Sociedad de Hombres de Letras, entre ellos Machado de Assis, firman una solicitud para que se aplique el Código Penal respecto a derechos de autor.		
1891	Publica <i>Quincas Borba</i> en un solo libro.	Selma Lagerlöf: <i>La leyenda de Gosta Berling</i> .	España dicta sentencia sobre límites entre Colombia y Venezuela.
1895	Coelho Neto dicta una conferencia sobre Machado de Assis y su obra.	Nace Ezequiel Martínez Estrada. H. G. Wells: <i>La máquina del tiempo</i> . Ramón del Valle Inclán: <i>Femeninas</i> . Oscar Wilde: <i>La importancia de llamarse Ernesto</i> . Tomás Carrasquilla: <i>Frutos de mi tierra</i> . Mueren el escritor colombiano Jorge Isaacs, autor de <i>María</i> y el poeta mexicano Manuel Gutiérrez Nájera.	
1896	Aparece el volumen de cuentos <i>Varias Historias</i> . Es miembro fundador de la Academia Brasileña de Letras.	Nace André Breton. Chéjov: <i>La Gaviota</i> . Proust: <i>Los placeres y los días</i> . Muere Alfred Nobel. Se establecen los premios que llevan su nombre. Se suicida el poeta colombiano José Asunción Silva.	Primeros juegos olímpicos en Atenas. Se inaugura la estatua de la libertad en New York.
1897	Es elegido Presidente de la Academia Brasileña de Letras.	Lugones: <i>Las montañas de oro</i> . Wells: <i>El Hombre Invisible</i> .	

Joaquim M. Machado de Assis

Misa de gallo y otros cuentos

1899	Publica la novela <i>Dom Casmurro</i> y un volumen que recoge diferentes textos: <i>Páginas Recollidas</i> .	Nace el escritor argentino Jorge Luis Borges. William James: <i>Los ideales de la vida</i> .	
1900	<i>Poesías Completas</i> .		
1902	Aparece <i>Memorias póstumas de Brás Cubas</i> traducida al español por Julio Piquet.	James: <i>Las alas de la paloma</i> .	Chile y Argentina firma tratado de paz y limitación de armamentos navales.
1904	La editorial Garnier publica <i>Esau y Jacob</i> . Es nombrado miembro de la Academia Real de Ciencias de Lisboa. 20 de octubre, muere su esposa Carolina Xavier de Novais.	Nace Pablo Neruda. London: <i>El lobo del mar</i> . Ricardo Palma: <i>Tradiciones Peruanas</i> . Vargas Vila: <i>Los divinos y los humanos</i> .	Abierta en Río la primera sala de cine.
1906	Publica <i>Relíquias de Casa Velha</i> .		
1908	Publica la novela <i>Memorial de Aires</i> . Muere el 29 de septiembre.	Aparece <i>Historia de un amor turbio</i> , primera novela de Horacio Quiroga. Chesterton: <i>El hombre que fue jueves</i> .	Se realizan las primeras películas argentinas. Nacimiento de Hollywood.
1910	<i>Outras Relíquias. Crítica</i> .		
1922	<i>Novas Relíquias</i> .		



AQUÍ TERMINA CRUZ

JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS

MISA DE GALLO  
Y OTROS CUENTOS



## EL SECRETO DE AUGUSTA

### I

SON LAS once de la mañana.

Doña Augusta Vasconcelos está reclinada sobre un sofá con un libro en la mano. Adelaida, su hija, acaricia con los dedos el teclado del piano.

—¿Ya despertó papá? —pregunta Adelaida a su madre.

—No —responde ésta, sin alzar los ojos del libro.

Adelaida se levantó y se acercó a Augusta.

—Pero es tan tarde, mamá —dijo—. Son las once. Papá duerme demasiado.

Augusta dejó caer el libro en el regazo, y dijo mirando a Adelaida:

—Es que ayer se acostó muy tarde.

—Ya me he dado cuenta de que nunca puedo despedirme de papá cuando voy a acostarme. Siempre está afuera.

Augusta sonrió.

—Eres una campesina —dijo—, te acuestas con las gallinas. Aquí las costumbres son otras. Tu padre tiene asuntos para atender en las noches.

—¿Asuntos de política, mamá? —preguntó Adelaida.

—No sé —respondió Augusta.

Comencé diciendo que Adelaida era hija de Augusta, y esta información, necesaria en la historia, no lo era menos en la vida real en que sucedió el episodio que voy a contar; porque a simple vista nadie diría que se trataba de madre e hija; parecían dos hermanas, tan joven era la mujer de Vasconcelos.

Tenía Augusta treinta años, y Adelaida quince; sin embargo, comparativamente la madre parecía aún más joven que la hija. Conservaba la frescura de los quince años y tenía de ventaja sobre Adelaida lo que a ésta le faltaba, y que era la conciencia de su belleza y juventud; conciencia que sería loable si no tuviera como consecuencia una inmensa y profunda vanidad. Su estatura era mediana, pero con todo, imponente. Era muy blanca y sonrosada, tenía los cabellos castaños y los ojos claros. Las manos largas y bien hechas parecían creadas para las caricias del amor. Augusta daba a sus manos mejor empleo: las calzaba de suave cabritilla.

Todos los encantos de Augusta se hallaban también en Adelaida, aunque en embrión. Se podía adivinar que, a sus veinte años, Adelaida podría rivalizar con Augusta; pero, por ahora, había en la muchacha un rezago de niña, que opacaba un tanto las gracias que le había regalado la naturaleza.

Con todo, podía de sobra resultar atractiva a un hombre, sobre todo si fuese poeta, y gustase de las vírgenes de quince años; incluso porque era un poco pálida, y los poetas en todas las épocas han sentido siempre debilidad por las criaturas descoloridas.

Augusta vestía con suprema elegancia; gastaba mucho dinero, es verdad; pero sacaba buen provecho de sus enormes derroches, si es que aquí cabe hablar de provecho. Hay que hacerle justicia: Augusta no regateaba nunca; pagaba el precio que le pedían por las cosas. Ponía en ello su orgullo, y pensaba que proceder de otro modo era ridículo y de baja condición.

En este punto, Augusta compartía los sentimientos Y servía los intereses de algunos comerciantes, que consideran una deshonra hacer algún descuento en sus mercancías.

El proveedor de telas de Augusta solía decirle, cuando conversaban respecto a esto:

—Pedir un precio y luego entregar la tela por otro menor, es confesar que había

intención de estafar al cliente.

El proveedor prefería hacer la estafa sin confesión alguna.

Otro punto en que debemos ser justos con Augusta es en el de que no ahorra esfuerzos para buscar que Adelaida fuese tan elegante como ella.

No era tarea pequeña.

Desde los cinco años, Adelaida había sido criada en el campo, en casa de unos parientes de Augusta, más interesados en el cultivo del café que en los gastos del vestuario. Adelaida fue educada en esas costumbres y en esas ideas. Por eso al llegar a la Corte<sup>1</sup> y reunirse con su familia, experimentó una verdadera transformación. Pasó de una civilización a otra; debió vivir de prisa lo que no había vivido en años. Su suerte era tener en su madre una excelente maestra. Adelaida se transformó, y en el día en que comienza esta narración ya era otra; no obstante, aún estaba lejos de ser como Augusta.

En el momento en que Augusta respondía a la curiosidad de su hija respecto a las ocupaciones de Vasconcelos, un coche se detuvo en la puerta.

Adelaida corrió a la ventana.

—Es doña Carlota, mamá —dijo la muchacha, volviendo a entrar.

Unos minutos después entraba en la sala la referida doña Carlota. Los lectores se harán una idea de este nuevo personaje con la simple indicación de que era un segundo tomo de Augusta; bella, como ella; elegante, como ella; vanidosa, como ella.

Todo esto viene a significar que eran ambas las más afables enemigas que puedan existir en este mundo.

Carlota venía a pedir a Augusta el favor de que fuera a cantar a su casa, en un concierto planeado por ella con el fin de estrenar un maravilloso vestido nuevo.

Augusta accedió de buena gana al pedido.

—¿Cómo está tu marido? —preguntó a Carlota.

—Anda por la ciudad; ¿y el tuyo?

—El mío duerme.

—¿Cómo un justo? —preguntó Carlota, sonriendo maliciosamente.

—Así parece —respondió Augusta.

En este momento, Adelaida, que a pedido de Carlota había ido a tocar un nocturno en el piano, se unió a la pareja.

La amiga de Augusta le preguntó:

—¿Me atrevo a pensar que ya tienes algún novio en proyecto?

La muchacha se sonrojó balbuciendo:

—No diga eso.

—¡Vamos, seguro que lo tienes! O en todo caso ya estás en edad de conseguirte un novio, y desde ya te profetizo que será un buen mozo...

—¡Todavía es pronto! —dijo Augusta.

—¡Pronto!

—Sí, aún es muy niña. Se casará a su debido tiempo, y ese tiempo está lejos...

—Ya veo —dijo Carlota riendo—, quieres prepararla bien... Te aplaudo esa intención. Pero, en ese caso, no le quites las muñecas.

—Ya no tiene muñecas.

—Entonces, te va a ser difícil impedirle los noviazgos. Una cosa reemplaza a la otra.

Augusta sonrió y Carlota se levantó para salir.

—¿Ya? —dijo Augusta.

—Debo irme; ¡Adiós!

—¡Adiós!

Intercambiaron algunos besos y Carlota se marchó.

<sup>1</sup> El autor alude a la ciudad de Río de Janeiro, por esos años capital del Imperio bajo el reinado de Don Pedro II. (N. del T)

A los pocos instantes aparecieron dos mensajeros: uno con algunos vestidos, el otro con una novela; eran compras del día anterior.

Los vestidos eran carísimos, y la novela tenía este título: *Fanny*, por Ernesto Feydeau.

## II

HACIA la una de la tarde del mismo día se levantó Vasconcelos de la cama.

Vasconcelos era un hombre de cuarenta años, bien parecido, dotado de un maravilloso par de patillas grisáceas, que le daban un aspecto de diplomático, cosa de la que estaba alejado unas buenas cien leguas. Tenía una cara risueña y comunicativa, y todo él respiraba una robusta salud.

Poseía una considerable fortuna, y no trabajaba; es decir, trabajaba mucho en la destrucción de la referida fortuna, obra en la que su mujer colaboraba concienzudamente.

La observación de Adelaida era verídica; Vasconcelos se acostaba tarde; despertaba siempre después del mediodía; y salía al anochecer para regresar a la madrugada siguiente. Quiere esto decir que hacía con regularidad algunas pequeñas excursiones a su propia casa.

Sólo una persona tenía el derecho de exigir a Vasconcelos algo más de asiduidad en casa: Augusta; pero ella nunca le hacía reproche alguno. No por ello se entendían mal, pues el marido, en compensación por la tolerancia de la esposa, nada le negaba, y satisfacía prontamente todos sus caprichos.

Si ocurría que Vasconcelos no podía acompañarla a algunos paseos y bailes, se hacía cargo de ese deber un hermano suyo, comendador de dos órdenes, político de la oposición, excelente jugador de tresillo, y hombre amable en sus horas libres, que eran bien pocas.

El hermano Lorenzo es lo que bien podría llamarse un hermano terrible. Sería capaz de acceder a todos los deseos de su cuñada, pero no escatimaba de cuando en cuando un sermón a su hermano: buena semilla que no acababa de germinar.

Despertó, pues, Vasconcelos, y despertó de buen humor. La hija se alegró mucho de verlo, y él mostró gran afabilidad con su mujer, que le retribuyó del mismo modo.

—¿Por qué te levantas tan tarde? —preguntó Adelaida acariciando las patillas de Vasconcelos.

—Porque me acuesto tarde.

—¿Y por qué te acuestas tarde?

—¡Ya son muchas preguntas! —dijo Vasconcelos, sonriendo. Y continuó:

—Me acuesto tarde porque así lo exigen los deberes de la política. Tú no sabes qué es eso de política; es una cosa muy fea, pero muy necesaria.

—¡Si sé lo que es política! —dijo Adelaida.

—¡Ah! entonces explícame tú lo que es.

—Allá en el pueblo, cuando le quebraron la cabeza al juez de paz, dijeron que era por política; lo que me pareció muy extraño; porque la política debía ser precisamente no romper cabezas...

Vasconcelos rió de buena gana de la observación de la hija, y ya se dirigía a almorzar cuando apareció el hermano, que no pudo dejar de exclamar:

—¡A buena hora almuerzas tú!

—Ya empiezas tú con tus reprimendas. Yo almuerzo cuando tengo hambre... Sólo faltaría ahora que me quieras esclavizar a los horarios y a los términos. Llámalo como te plazca, almuerzo o *lunch*, lo cierto es que estoy comiendo.

Lorenzo respondió con una mueca.

Terminado el almuerzo, fue anunciada la llegada del señor Batista. Vasconcelos salió a

recibirlo en su gabinete particular.

Batista, hombre de unos veinticinco años, era el tipo acabado del juerguista; excelente compañero en una cena de público equívoco, nulo comensal en una de gente honesta. Tenía gracia y cierta inteligencia, pero era preciso que estuviera en su propio ambiente para que se le desarrollaran estas dos cualidades. Por lo demás, era bien parecido; tenía un bigote elegante; calzaba botines de *Campas*<sup>2</sup>, y vestía con exquisito buen gusto; fumaba tanto como un soldado, y con tanta clase como un *lord*.

—¿A que te acabas de levantar? —dijo Batista, entrando en el gabinete de Vasconcelos.

—Hace tres cuartos de hora; termino ahora de almorzar. Toma un cigarro.

Batista aceptó el cigarro, y se estiró en una silla americana, mientras Vasconcelos encendía un fósforo.

—¿Viste a Gomes? —preguntó Vasconcelos.

—Lo vi ayer; noticia grande: rompió con la sociedad.

—¿De veras?

—Cuando le pregunté por qué motivo nadie lo ha visto desde hace un mes, me respondió que estaba pasando por una gran transformación, y que del Gomes de antes sólo quedará el recuerdo. Parece increíble; pero el hombre habla con mucha convicción.

—No le creo; debe tratarse de alguna broma que nos quiere hacer. ¿Qué novedades hay?

—Nada; es decir, eres tú el que debe tener noticias.

—Yo, nada...

—No me salgas con eso. ¿No fuiste ayer al jardín?

—Fui, sí, había una cena...

—Ah, sí, de familia. Yo estuve en el Alcázar.<sup>3</sup> ¿A qué horas terminó la reunión?

—A las cuatro de la mañana...

Vasconcelos se extendió en una hamaca, y la conversación continuó en ese mismo tono, hasta que un criado vino a avisar a Vasconcelos que el señor Gomes lo esperaba en la sala.

—¡He aquí a nuestro hombre! —dijo Batista.

—Dile que suba —ordenó Vasconcelos.

El criado bajó a dar el recado; pero aún transcurrió un cuarto de hora antes de que apareciera Gomes, quien se había demorado abajo conversando con Augusta y Adelaida.

—El que está vivo aparece tarde o temprano —dijo Vasconcelos al verlo.

—Nadie me busca... —contestó él.

—Perdón; dos veces he ido por allá, y me dijeron que habías salido.

—Solamente por extrema fatalidad, porque casi nunca salgo.

—¿De modo que te volviste ermitaño?

—Me volví crisálida; voy a reaparecer como mariposa —dijo Gomes, sentándose.

—La cosa es de aliento poético... cuidado, Vasconcelos...

El nuevo personaje, el tan buscado y escondido Gomes, representaba cerca de treinta años. Él, Vasconcelos y Batista formaban la trinidad del placer y la disipación, unida por una amistad indisoluble. Guando Gomes, hacía ya cerca de un mes, dejó de aparecer en los círculos habituales, todos lo advirtieron, pero sólo Vasconcelos y Batista lo extrañaron de verdad. Con todo, no insistieron demasiado en arrancarlo de la soledad, pensando que tal vez hubiese en aquello algún propósito ignorado del joven.

Gomes fue recibido pues como un hijo pródigo.

—¿Pero dónde te habías metido? ¿Qué asunto es ése de crisálida y mariposa? ¿Me crees un naturalista?

—Pues es tal como se los digo, amigos míos, me están saliendo alas.

<sup>2</sup> Almacén de ropas y calzado muy popular en el Río de esos años. (N. del T.)

<sup>3</sup> Club y cabaret de Río muy frecuentado por la sociedad carioca de la época. (N. del T.)

—¡Alas! —dijo Batista, conteniendo la risa.

—Tal vez sí son alas de gavilán, para caer...

—No, estoy hablando en serio.

Y, en efecto, Gomes mostraba un aire grave y resuelto.

Vasconcelos y Batista se miraron uno al otro.

—Pues si es verdad lo que dices, explícanos de una vez qué alas son éstas, y sobre todo hacia dónde quieres volar.

A estas palabras de Vasconcelos, añadió Batista:

—Nos debes una explicación, y si nosotros, que somos tu consejo de familia, consideramos, que la explicación es buena, lo aprobaremos; en caso contrario, te quedas sin alas, y seguirás siendo el que siempre fuiste...

—Adhiero —dijo Vasconcelos.

—Pues es muy sencillo; me están saliendo alas de ángel, y quiero volar hacia el cielo del amor.

—¡Del amor! —exclamaron los dos amigos de Gomes.

—Es verdad —siguió Gomes—. ¿Qué he sido hasta ahora? Un auténtico calavera, un perfecto juerguista, gastando a manos llenas mi fortuna y mi corazón. Pero, ¿es esto suficiente para colmar la vida? parece que no...

—Hasta ahí estoy de acuerdo... eso no basta; es necesario que haya otra cosa; la diferencia está en el modo de...

—Exacto —dijo Gomes—, exacto, es natural que ustedes piensen de otra manera, pero yo creo que tengo razón al decir que sin el amor casto y puro la vida es un auténtico desierto.

Batista dio un salto.

Vasconcelos clavó los ojos en Gomes:

—Apuesto a que te vas a casar —le dijo.

—No sé si me voy a casar; sé que amo, y espero llegar a casarme con la mujer que amo.

—¡Casarte! —exclamó Batista.

Y soltó una estridente carcajada.

Pero Gomes hablaba tan seriamente, insistía con tal gravedad en aquellos proyectos de regeneración, que los dos amigos terminaron por escucharlo con parecida seriedad.

Gomes hablaba un lenguaje extraño, enteramente nuevo en la boca de un joven que era el más loco y ruidoso en los festines de Baco y de Citeres.

—¿De modo, pues, que nos dejas? —preguntó Vasconcelos.

—¿Yo? Sí y no; se me podrá encontrar en los salones; en los hoteles y en las casas dudosas, nunca más.

—De profundis... —canturreó Batista.

—Pero, a fin de cuentas —dijo Vasconcelos—, ¿dónde está tu Marión? ¿Se puede saber quién es ella?

—No es Marión, es Virginia... pura simpatía al comienzo, después afecto profundo, hoy amor verdadero. Luché, mientras pude; pero depuse las armas al encontrarme frente a una fuerza mayor. Mi gran temor era no tener un alma digna de esa gentil criatura. Pero la tengo, sí, y tan fogosa y tan nueva como en la época de mis dieciocho años. Sólo la casta mirada de una virgen podría descubrir entre mi barro esa perla divina. Renazco, y mejor de lo que era...

—Está claro, Vasconcelos, el muchacho está loco; enviémoslo a Praia Vermelha; y, como puede sufrir un acceso grave, yo me retiro...

Batista cogió su sombrero.

—¿Adónde vas? —preguntó Gomes.

—Tengo cosas que hacer, pero más tarde pasaré por tu casa; quiero ver si estamos a tiempo de arrancarte de ese abismo.

Y salió.

### III

LOS DOS quedaron solos.

—¿Entonces, es cierto que estás enamorado?

—Lo estoy. Ya sabía yo que ustedes no me lo iban a creer: yo mismo no puedo creerlo, y sin embargo es así. Acabo por donde tú comenzaste. ¿Será mejor o peor? Creo que mejor.

—¿Tienes algún interés en ocultar el nombre de la persona?

—Lo oculto por ahora a todos menos a ti.

—Es una prueba de confianza...

Gomes sonrió.

—No —dijo—; es una condición *sine qua non*; antes que nadie debes saber tú quién es la escogida de mi corazón; se trata de tu hija.

—¿Adelaida? —preguntó Vasconcelos espantado.

—Sí, tu hija.

La revelación de Gomes cayó como una bomba. Vasconcelos estaba bien lejos de sospechar semejante cosa.

—¿Aprobarás este amor? —preguntó Gomes.

Vasconcelos reflexionaba, y después de algunos minutos de silencio, dijo:

—Mi corazón lo aprueba; eres mi amigo, estás enamorado, y suponiendo que ella te ame...

Gomes iba a decir algo, pero Vasconcelos continuó sonriendo:

—¿Pero, y la sociedad?

—¿Qué sociedad?

—La sociedad que nos considera unos libertinos, a ti y a mí, es natural que no apruebe mi consentimiento.

—Ya veo que se trata de una negativa —dijo Gomes, sombrío.

—¡Qué negativa, hombre! Es una objeción, que tú puedes destruir diciendo: la sociedad es una gran calumniadora y una famosa indiscreta. Mi hija es tuya con una condición.

—¿Cuál?

—La condición de reciprocidad. ¿Ella te ama?

—No sé —respondió Gomes.

—Pero lo sospechas...

—No sé; sé que la amo y que daría mi vida por ella, pero ignoro si soy correspondido.

—Lo serás... yo me encargaré de tentar el terreno. En un plazo de dos días te daré mi respuesta. ¡Ah! ¡Quién iba a pensar que terminaría llamándote yerno!

La respuesta de Gomes fue caer en sus brazos. La escena ya iba adquiriendo visos de comedia, cuando dieron las tres de la tarde. Gomes recordó que tenía que escribir algunas cartas.

Salió sin despedirse de las mujeres.

A eso de las cuatro, Vasconcelos se disponía a salir cuando le fue anunciada la visita del señor José Brito.

Al escuchar ese nombre, el alegre Vasconcelos frunció el entrecejo. Poco después entraba en el gabinete el personaje anunciado.

El señor José Brito era para Vasconcelos un verdadero fantasma, un eco del abismo, un llamado a la realidad: era un acreedor.

—No esperaba hoy su visita —dijo Vasconcelos.

—Me sorprende —respondió el señor José Brito con una placidez cortante— porque hoy es 21.

—Pensé que era 19 —balbuceó Vasconcelos.

—Antier, sí; pero hoy es 21. Mire —continuó el acreedor tomando el Diario del Comercio que estaba sobre una silla—: jueves, 21.

—¿Viene por el dinero?

—Aquí está la letra —dijo el señor José Brito sacando su cartera del bolsillo y un papel de la cartera.

—¿Por qué no vino usted más temprano? —preguntó Vasconcelos, tratando así de retrasar el asunto fundamental.

—Vine a las ocho de la mañana —respondió el acreedor—. Usted dormía; vine a las nueve, ídem; vine a las diez, ídem; vine a las once, ídem; vine al mediodía, ídem; quise venir a la una, pero tenía que enviar a un hombre a la cárcel, y no me fue posible acabar temprano ese trámite. A las tres almorcé, y a las cuatro estoy aquí.

Vasconcelos mordisqueaba el cigarro mientras trataba de hallar algún modo de escapar a ese cobro con el que no contaba.

No se le ocurría nada; pero el propio acreedor le facilitó las cosas.

—Por lo demás —dijo—, la hora no importa, porque estoy seguro de que usted me va a pagar.

—¡Ah! —dijo Vasconcelos—; tal vez se equivoca; no contaba con su visita hoy, y no he reunido el dinero...

—¿Entonces, qué propone? —preguntó el acreedor con aire de ingenuidad.

Vasconcelos sintió un soplo de esperanza.

—Nada más sencillo —dijo—; me da usted un plazo hasta mañana...

—Mañana quisiera asistir al embargo de un individuo al que seguí proceso por una larga deuda; no puedo...

—Disculpe; yo mismo le llevo el dinero a su casa...

—Eso estaría muy bien si los negocios comerciales se trataran así. Si fuésemos dos amigos, nada sería más natural que yo aceptara su promesa, y todo quedaría arreglado mañana; pero soy su acreedor, y sólo me interesa la guarda de mis intereses... por lo tanto, creo que lo mejor sería que me pagara hoy mismo...

Vasconcelos se pasó la mano por los cabellos.

—¡Pero no tengo! —dijo.

—Debe ser algo muy molesto para usted, pero a mí no me causa la más mínima impresión... es decir, alguna sí que debe causarme, porque usted se encuentra hoy por hoy en una situación precaria.

—¿Yo?

—Sin duda; sus casas de la Calle de la Emperatriz están hipotecadas; la de la Calle de San Pedro fue vendida, y el importe ya no existe; sus esclavos han ido marchándose uno a uno, sin que usted lo haya percibido, y los gastos que hizo hace poco para montar una casa a una dama de dudosa reputación son inmensos. Estoy enterado de todo. Sé más sobre sus asuntos que usted mismo...

Vasconcelos estaba visiblemente aterrado.

El acreedor no mentía.

—Pero, resumiendo —dijo Vasconcelos—, ¿qué podemos hacer?

—Algo muy sencillo; duplicaremos la deuda, y usted me entrega ahora mismo un depósito a cuenta.

—¡Duplicar la deuda! pero eso es un...

—Eso es una tabla de salvación; soy moderado. No lo piense más, acepte. Escriba la cifra del depósito, y romperemos la letra.

Vasconcelos intentó alguna objeción; pero era imposible disuadir al señor José Brito.

Firmó el depósito de dieciocho *contos*.

Cuando el acreedor salió, Vasconcelos se puso a meditar seriamente sobre su vida. Hasta ahora había gastado tanto y tan ciegamente que no había reparado en el abismo que él mismo cavara bajo sus pies.

Llegaba ahora a prevenirlo la voz de uno de sus verdugos.

Vasconcelos reflexionó, calculó, recapituló acerca de sus gastos y sus obligaciones, y comprendió que de su antigua fortuna le quedaba en realidad menos de la cuarta parte.

Para seguir viviendo como hasta ahora viviera, aquello era sencillamente una miseria.

¿Qué hacer en tal situación?

Vasconcelos cogió su sombrero y salió.

Caía la noche.

Después de recorrer un rato las calles, absorto en sus meditaciones, Vasconcelos entró en el Alcázar.

Era una manera de distraerse.

Allí encontraría los amigos habituales:

Batista vino al encuentro del amigo.

—¿Por qué tienes esa cara? —le dijo.

—No es nada, alguien me pisó un callo —respondió Vasconcelos, que no encontró mejor respuesta.

Pero un pedicuro que andaba por ahí escuchó la frase, y no quiso perder de vista al infeliz Vasconcelos, a quien cualquier nimiedad incomodaba. La mirada persistente del pedicuro lo molestó de tal forma, que decidió irse.

Entró en el hotel de Milán, para cenar. Por más grande que fuera su preocupación, la exigencia de su estómago se hacía sentir.

Ahora bien, en mitad de la cena recordó aquello que nunca debía haber olvidado: la petición de matrimonio hecha esa tarde por Gomes.

Fue un rayo de luz.

—Gomes es rico —pensó Vasconcelos—; ésta es sin duda la manera de librarme de mayores disgustos; Gomes se casa con Adelaida, y como es mi mejor amigo no habrá de negarme lo que necesito. Por mi parte, trataré de recuperar lo que he perdido... ¡Qué a tiempo me he acordado del tal casamiento!

Vasconcelos comió alegremente; regresó luego al Alcázar, en donde algunos amigos y *otras personas* le hicieron olvidar por completo sus infortunios.

A las tres de la madrugada, Vasconcelos entró en su casa con la tranquilidad y regularidad de siempre.

#### IV

AL DÍA siguiente, lo primero que hizo Vasconcelos fue consultar el corazón de Adelaida. Quiso, no obstante, hacerlo en ausencia de Augusta. Felizmente, ella necesitaba ir a la Calle de la Quitanda, a mirar unos vestidos recién llegados, y salió con su cuñado, dejando a Vasconcelos en entera libertad.

Como ya lo saben los lectores, Adelaida quería mucho a su padre, y era capaz de hacer cualquier cosa por él. Tenía, además, un excelente corazón. Vasconcelos contaba con esas dos fuerzas.

—Ven acá, Adelaida —dijo él entrando en la sala—; ¿sabes cuántos años tienes?

—Tengo quince.

—¿Sabes cuántos años tiene tu madre?

—Veintisiete, creo.

—Tiene treinta; eso quiere decir que tu madre se casó cuando tenía quince años.

Vasconcelos se detuvo, esperando el efecto que producían estas palabras; pero esperó inútilmente; Adelaida no comprendió nada.



El padre continuó:

—¿Nunca has pensado en el matrimonio?

La muchacha se sonrojó vivamente, vaciló en hablar, pero, como el padre insistiera, respondió:

—¡No, papá! yo no me quiero casar...

—¿No te quieres casar? ¡Esa faltaba! ¿por qué?

—Porque no lo deseo, y vivo bien aquí...

—Pero podrías casarte y seguir viviendo aquí...

—Tal vez; pero no lo deseo.

—Vamos, vamos... amas a alguien, confíesalo.

—No me digas eso, papá... no amo a nadie.

Las palabras de Adelaida eran tan sinceras, que Vasconcelos no podía dudar de ellas.

—Dice la verdad —pensó—; es inútil intentar por ese lado...

Adelaida se sentó a sus pies y dijo:

—Por eso, papito, no hablemos más de ello...

—Hablemos, hija mía; tú aún eres una niña, no conoces la previsión. Imagina si tu madre y yo muriéramos mañana. ¿Quién habría de ampararte? Solamente un marido.

—Pero a mí no me gusta nadie...

—Por ahora; pero con seguridad habría de gustarte si el novio fuera un joven apuesto y de buen corazón... Yo ya tengo elegido uno que te ama mucho, y a quien tú amarás también.

Adelaida se estremeció.

—¿Yo? —dijo—. Pero... ¿quién es?

—Gomes.

—Yo no lo amo, papá...

—En este momento, acepto; pero no puedes negarme que él es digno de ser amado. De aquí a dos meses estarás enamoradísima de él.

—Adelaida no pronunció palabra. Inclino la cabeza y comenzó a torcer entre sus dedos una de sus trenzas gruesas y negras. El pecho se le agitaba con fuerza; la muchacha tenía los ojos clavados en la alfombra.

—Vamos, ¿entonces, queda decidido? —preguntó Vasconcelos.

—Pero papá, ¿y si no fuera feliz?...

—Eso es imposible, hija mía; serás muy feliz; y amarás mucho a tu marido.

—¡Oh papá! —le dijo Adelaida con los ojos humedecidos de llanto— te ruego que no me hagas casar todavía...

—Adelaida, el primer deber de una hija es obedecer a su padre, y yo soy tu padre. Quiero que te cases con Gomes. Por lo tanto, te casarás.

Estas palabras, para lograr todo su efecto, debían ir acompañadas de una retirada rápida. Vasconcelos lo comprendió así, y salió de la sala, dejando a Adelaida en la mayor desolación.

Adelaida no estaba enamorada de nadie. Su negativa no obedecía a la existencia de ningún otro amor; tampoco nacía de una posible aversión a su pretendiente.

La muchacha sentía apenas una total indiferencia hacia él.

En estas condiciones, el casamiento no dejaba de ser una odiosa imposición.

Pero, ¿qué podría hacer Adelaida?, ¿a quién recurriría?

Recurrió a las lágrimas.

En cuanto a Vasconcelos, subió a su gabinete y escribió estas líneas al futuro yerno:

"Todo marcha bien; te autorizo a que vengas a visitar a la pequeña, y espero que en dos meses el casamiento se haya celebrado".

Cerró la carta y la envió.

Al cabo de un rato regresaron Augusta y Lorenzo.

Mientras Augusta subía a su cuarto a mudarse de ropa, Lorenzo fue a saludar a Adelaida, que estaba en el jardín.

Al mirarle los ojos enrojecidos, le preguntó qué sucedía; pero la muchacha negó que

hubiese llorado.

Lorenzo no dio crédito a las palabras de la sobrina, y le insistió en que le contase lo que había pasado.

Adelaida tenía gran confianza en su tío, en parte quizá por la misma rudeza de sus maneras. Al cabo de algunos minutos de ruego, Adelaida contó a Lorenzo la escena que había tenido con su padre.

—¿Así que es por eso que estás llorando, pequeña?

—¿Te parece poco? ¿Cómo librarme de ese casamiento?

—Tranquilízate, no te casarás; yo te prometo que no te casarás; tu padre es un tonto.

Lorenzo subió hasta el gabinete de Vasconcelos, en el preciso momento en que éste se disponía a abandonarlo.

—¿Vas a salir? —preguntó Lorenzo.

—Voy.

—Tengo que hablarte.

Lorenzo se sentó, y Vasconcelos, que ya se había puesto el sombrero, esperó de pie que el hermano hablase.

—Siéntate —dijo Lorenzo.

Vasconcelos se sentó.

—Hace diecisiete años...

—Empiezas desde muy lejos; si no abrevias al menos una media docena de años, no prometo que tenga paciencia para oír lo que vayas a decirme.

—Hace diecisiete años —continuó Lorenzo—, estás casado; pero la diferencia entre el primer día y el día de hoy es grande.

—Naturalmente —dijo Vasconcelos— *Témpera Mutantur et...*

—En aquel tiempo —siguió Lorenzo— decías que habías encontrado un paraíso, y fuiste durante dos años modelo de maridos. Después, cambiaste completamente; y el paraíso se hubiera convertido en un verdadero infierno, si tu mujer no fuera tan indiferente y fría como es, evitando gracias a ello las más terribles escenas domésticas.

—Y bueno, Lorenzo, ¿a ti qué te importa?

—Nada; ni es de eso de lo que quiero hablarte; lo que me interesa es que no sacrifiques a tu hija por un capricho, entregándola a uno de tus compañeros de vida fácil...

Vasconcelos se levantó.

—¿Estás loco! —dijo.

—Estoy sereno, y te doy el prudente consejo de que no sacrifiques a tu hija a un libertino.

—Gomes no es un libertino; tuvo sus locuras de joven, es verdad; pero quiere a Adelaida, y se ha reformado por completo. Es un buen casamiento, y por lo tanto creo que todos debemos aceptarlo. Es mi voluntad, y en esta casa yo soy el que manda.

Lorenzo intentó decir algo más, pero Vasconcelos ya se había marchado.

—¿Qué hacer? —pensó Lorenzo.

## V

LA OPOSICIÓN de Lorenzo no impresionaba demasiado a Vasconcelos. Él podía, es cierto, inculcar en la sobrina ideas de rebelión; pero Adelaida, que era un espíritu débil, cedería ante la última palabra, y los consejos de un día serían vencidos por la imposición del día siguiente.

Sin embargo, era prudente lograr el apoyo de Augusta. Vasconcelos decidió ocuparse

de ello lo más pronto que le fuera posible.

Entretanto, le urgía organizar sus negocios, y Vasconcelos buscó un abogado a quien entregó todos sus papeles e informaciones, dándole la misión de informarlo de todos los pormenores del asunto, así como de los medios que podía utilizar en cualquier caso de reclamación por deuda o hipoteca.

Nada de eso suponía de parte de Vasconcelos un deseo de reformarse. Se preparaba, tan sólo, para poder continuar su vida de siempre.

Dos días después de la conversación con su hermano, Vasconcelos fue a buscar a Augusta, para tratar francamente lo del casamiento de Adelaida.

Ya durante ese intervalo, el futuro novio, siguiendo el consejo de Vasconcelos, se dedicaba a hacer la corte a su hija. Hasta hubiera sido posible que, de no tratarse de una imposición, Adelaida terminara gustando del joven. Gomes era un hombre apuesto y elegante, y, por si fuera poco, conocía toda clase de recursos para impresionar a una mujer.

¿Habría notado Augusta la presencia asidua del joven? Vasconcelos se hacía esta pregunta mientras entraba en la *toilette* de su mujer.

—¿Vas a salir? —le preguntó.

—No; tengo visitas.

—¡Ah! ¿quién?

—La mujer de Seabra —dijo ella.

Vasconcelos se sentó, y buscó la manera de iniciar la conversación que le interesaba.

—¡Estás muy linda hoy!

—¿De veras? —dijo ella sonriendo—. Pues estoy como siempre, y es raro que me lo menciones hoy...

—No; realmente hoy estás más bonita; hasta el punto que sería capaz de sentir celos.

—¡Vaya! —dijo Augusta con una sonrisa irónica.

Vasconcelos se rascó la cabeza, cogió su reloj, le dio cuerda; después, se jaló las barbas, agarró un periódico, leyó dos o tres anuncios, lo tiró, y finalmente, luego de un silencio prolongado, decidió atacar de frente el asunto.

—¿Has pensado últimamente en Adelaida? —dijo.

—¡Ah! ¿por qué?

—Ya es una mujer...

—¡Mujer! —exclamó Augusta—; es una niña...

—Tiene más edad de la que tú tenías cuando te casaste...

Augusta frunció levemente el ceño.

—O sea que... —dijo.

—O sea, que yo deseo hacerla feliz, y hacerla feliz por el matrimonio. Un joven, digno de ella y de todo respeto, me pidió su mano hace unos días, y yo le dije que sí. Cuando sepas de quién se trata, aprobarás mi elección; es Gomes. Se la daremos en matrimonio, ¿verdad?

—¡No! —respondió Augusta.

—¡Cómo! ¿Por qué no?

—Adelaida es una niña; no tiene juicio ni edad suficiente... Se casará, sí, a su debido tiempo.

—¿A su debido tiempo? ¿Estás segura de que el novio esperará a que llegue ese tiempo?

—Paciencia —dijo Augusta.

—¿Tienes algo en contra de Gomes?

—Nada, es un joven digno; pero no me parece apropiado para Adelaida.

Vasconcelos dudaba en insistir; le parecía que nada habría de lograr; pero el pensar en su dinero le dio ánimos, y preguntó:

—¿Por qué?

—¿Estás seguro de que él sea el hombre para Adelaida? —preguntó Augusta eludiendo la pregunta del marido.

—Estoy seguro.  
 —Sea o no sea, la pequeña no debe casarse todavía.  
 —¿Y si ella lo amase?...  
 —¿Qué importancia tiene? ¡Lo esperaría!  
 —Entretanto, Augusta, no podemos dar plazo a este matrimonio. Es una necesidad fatal.  
 —¿Fatal? No comprendo.  
 —Voy a explicarme. Gomes es dueño de una considerable fortuna.  
 —También nosotros...  
 —Te engañas —interrumpió Vasconcelos.  
 —¿Cómo así?  
 Vasconcelos continuó:  
 —Más tarde o más temprano tendrás que saberlo, y me alegra tener esta ocasión de decirte toda la verdad; la verdad es que, si no estamos pobres, estamos arruinados.  
 Augusta oyó estas palabras con expresión de espanto. Cuando él terminó de hablar, dijo:  
 —¡No es posible!  
 —¡Por desgracia, es verdad!  
 Durante un momento, hubo silencio.  
 —Todo está arreglado —pensó Vasconcelos.  
 Augusta habló por fin:  
 —Pero —dijo—, si nuestra fortuna está en peligro, me parece que podrías hacer algo más útil que estar aquí conversando: tratar de reconstruirla.  
 Vasconcelos hizo un gesto de asombro, y, como si aquello pareciese una pregunta, Augusta, se apresuró a responder:  
 —No te sorprenda lo que digo; pienso que tu deber es reconstruir nuestra fortuna.  
 —No me sorprende que digas que ése es mi deber; me sorprende que me lo recuerdes de ese modo. Se diría que yo tengo la culpa...  
 —¡Vaya! —dijo Augusta—; ahora sólo falta que digas que fui yo...  
 —La culpa, si es que hay culpa, es de los dos.  
 —¿Por qué? ¿Por qué mía también?  
 —También tuya. Tu manera loca de gastar contribuyó en gran parte a este estado de cosas; jamás te negué nada, ni te lo niego ahora, y esto constituye mi culpa. Si es ésa la acusación que me lanzas, la acepto.  
 Augusta alzó los hombros en señal de desprecio; y posó en Vasconcelos una mirada de tanto desdén, que hubiera bastado por sí sola para iniciar una acción de divorcio.  
 Vasconcelos percibió el gesto y la mirada.  
 —El amor al lujo y a lo superfluo —dijo—, trae siempre estas consecuencias. Son terribles, pero lógicas. Para evitarlas, hubiera sido preciso vivir con moderación. Nunca lo intentaste. Después de seis meses de matrimonio, te diste a vivir en el torbellino de la moda, y el pequeño arroyo de gastos se convirtió en un inmenso río de desperdicios. ¿Sabes lo que me dijo una vez mi hermano? Me dijo que la idea de mandar a Adelaida al campo te fue dada por la necesidad de vivir sin restricción alguna.  
 Augusta se puso de pie, y dio algunos pasos; estaba trémula y pálida.  
 Vasconcelos se disponía a continuar sus recriminaciones, cuando la esposa lo interrumpió, diciendo:  
 —¿Pero, por qué motivo no evitaste tú los gastos que yo hacía?  
 —Por conservar la paz doméstica.  
 —¡No! —gritó ella—; tú querías llevar por tu parte una vida libre e independiente; al ver que yo me entregaba a esos gastos quisiste comprar mi tolerancia con la tuya. Es ése el único motivo; quizá tu vida no sea igual a la mía; pero es peor... Si yo hacía gastos en casa tú los hacías en la calle... Es inútil que lo niegues, porque yo lo sé todo; conozco por su nombre las

rivales que sucesivamente me has impuesto, y nunca te he dicho una palabra, ni te lo censuro, porque ya sería inútil y tarde.

La situación había cambiado. De constituirse en juez, Vasconcelos había pasado a ser, también él, reo. Negar era imposible, discutir era arriesgado e inútil. Optó por los sofismas.

—Suponiendo que así sea (y no quiero discutir ese punto) la culpa es en todo caso de los dos, y no veo razón para que me la arrojes a la cara. Mi deber es reconstruir la fortuna, concuerdo; hay un modo, y es este: el casamiento de Adelaida con Gomes.

—¡No! —dijo Augusta.

—Está bien; seremos pobres, quedaremos peor de o que ahora estamos; venderemos todo...

—Perdón —dijo Augusta— no sé por qué razón tú, que eres fuerte y eres el más culpable del desastre, no has de empeñar todos tus esfuerzos en la reconstrucción de la fortuna destruida.

—Sería un trabajo largo; y de aquí hasta entonces la vida sigue y se desgasta. El modo, ya lo dije, es éste: casar a Adelaida con Gomes.

—¡No quiero! —dijo Augusta—; no consiento en semejante matrimonio.

Vasconcelos iba a responder, pero Augusta, luego de pronunciar estas palabras, salió precipitadamente del gabinete.

Vasconcelos salió unos minutos después.

## VI

LORENZO no se enteró de la escena entre el hermano y la cuñada, y después de su diálogo fallido con Vasconcelos resolvió no añadir nada más; mientras tanto, como quería mucho a su sobrina, y no quería verla entregada a un hombre cuyas costumbres reprobaba, Lorenzo esperó a que la situación tomara un cariz más decisivo para asumir más activo papel.

Sin embargo, para no perder tiempo, y valerse de algún arma poderosa, buscó iniciar una investigación que le permitiera obtener informaciones precisas acerca de Gomes.

Este, por su parte, daba el casamiento como cosa decidida, y no perdía un solo día en tratar de conquistar a Adelaida.

Advirtió, no obstante, que Augusta se tornaba más fría e indiferente, sin motivo visible, y empezó a sospechar que de aquel lado hubiese alguna oposición.

En cuanto a Vasconcelos, desanimado por la escena de la *toilette*, esperó mejores días, confiando sobre todo en el imperio de la necesidad.

Un día, sin embargo, exactamente cuarenta y ocho horas después de la fuerte discusión con Augusta, Vasconcelos se hizo esta pregunta:

—Augusta no acepta dar a Gomes la mano de Adelaida; ¿por qué?

De pregunta en pregunta, de deducción en deducción, se le fue metiendo en el alma una sospecha dolorosa.

—¿Será que ella lo ama? —se preguntó a sí mismo.

Después, como si el abismo llamara al abismo, y una sospecha trajera otra, Vasconcelos preguntó:

—¿Será que se aman desde hace ya algún tiempo?

Por primera vez, Vasconcelos sintió que le roía el corazón la serpiente de los celos.

Digo celos por eufemismo; no sé si aquello eran celos; más bien, amor propio herido.

¿Tendrían validez las sospechas de Vasconcelos?

Debo decir la verdad: no la tenían. Augusta era vanidosa, pero era fiel a su infiel marido; y lo era por dos motivos: uno de conciencia, otro de temperamento. Así no estuviese

convencida de su deber de esposa, lo cierto es que nunca traicionaría el juramento conyugal. No estaba hecha para las pasiones, a no ser las pasiones frívolas que la vanidad impone. Amaba sobre todas las cosas su propia belleza; su mejor amigo era aquel que le dijese que ella era la más bella entre las mujeres; a éste le daba su amistad, pero no le daría nunca el corazón; eso la salvaba.

Esa es la verdad; ¿pero cómo podría saberlo Vasconcelos? Ya con la sospecha de que su honra estaba afectada, Vasconcelos dio en recapitular toda su vida. Gomes frecuentaba su casa hacia seis años, y gozaba en ella de plena libertad. La traición resultaba fácil. Vasconcelos empezó a recordar las palabras, los gestos, las miradas, todo aquello que antes le resultaba indiferente, y que en aquel momento adquiriría un aire sospechoso.

Dos días estuvo entregado a estos pensamientos. No salía de casa. Cuando Gomes llegaba, Vasconcelos observaba a su mujer con desusada persistencia; la misma frialdad con que ella recibía al joven era a los ojos del marido una prueba del delito.

En éstas andaba, cuando a la mañana del tercer día (ya Vasconcelos se levantaba temprano) fue a verlo en el gabinete su hermano, siempre con su aire salvaje de costumbre.

La presencia de Lorenzo inspiró a Vasconcelos la idea de contárselo todo.

Lorenzo era hombre sensato, y en caso de necesidad era un apoyo.

El hermano escuchó todo lo que el otro le dijo; cuando éste terminó, rompió su silencio con estas palabras:

—Todo lo que me has dicho es una tontería; si tu mujer se opone al casamiento, será por cualquier motivo distinto a ése.

—Pero es al casamiento con Gomes a lo que ella se opone.

—Sí, porque Gomes es el candidato que le mencionaste; sugierele otro, y tal vez lo rechace del mismo modo. Con seguridad habrá otro motivo; tal vez Adelaida habló con ella, tal vez le pidió que se opusiera, porque tu hija no ama a ese joven, y no puede casarse con él.

—No se casará.

—No sólo por eso, sino porque, además...

—Termina.

—Porque además ese matrimonio es una especulación de Gomes.

—¿Una especulación? —preguntó Vasconcelos.

—Igual a la tuya —dijo Lorenzo—. Tú le entregas la hija con los ojos puestos en su fortuna; él la acepta, con los ojos puestos en tu fortuna...

—Pero él tiene...

—No tiene nada; está tan arruinado como tú. Investigué y supe la verdad. Quiere, claro está, continuar la misma vida disipada que llevó hasta hoy, y tu fortuna es la posibilidad...

—¿Estás seguro de lo que dices?

—¡Segurísimo!...

Vasconcelos quedó espantado. En medio de todas sus sospechas, aún había conservado la esperanza de saber su honra a salvo, y de realizar aquel negocio que le daría una excelente situación.

Pero la revelación de Lorenzo lo aniquiló.

—Si quieres una prueba, envía a llamarlo, dile que estás en la ruina, y que por tal motivo no le entregas a tu hija; míralo bien, y verás el efecto que tus palabras le producen.

No fue preciso mandar llamar al pretendiente. Una hora después apareció en casa de Vasconcelos.

Este lo hizo subir a su gabinete.

## VII

TRAS LOS primeros saludos, Vasconcelos dijo:

—Te iba a llamar.

—¡Ah! ¿para qué? —preguntó Gomes.

—Para hablar contigo acerca de... el casamiento.

—¡Ah! ¿Hay algún obstáculo?

—Hablemos.

Gomes se puso grave; presentía alguna dificultad importante.

Vasconcelos tomó la palabra.

—Hay circunstancias —dijo—, que deben quedar bien definidas, para que podamos entendernos bien...

—Estoy de acuerdo.

—¿Amas a mi hija?

—¿Cuántas veces quieres que te lo repita?

—¿Tu amor está por encima de todas las circunstancias?

—De todas, salvo aquéllas que pudieran afectar la felicidad de Adelaida.

—Debemos ser francos; además del amigo que siempre fuiste, ahora eres casi mi hijo... la discreción entre nosotros sería indiscreta...

—¡Sin duda! —respondió Gomes.

—He llegado a saber que mis negocios andan mal; los gastos que he hecho han alterado profundamente mis economías; de tal modo que no te miento si te digo que estoy pobre.

Gomes reprimió una mueca.

—Adelaida —continuó Vasconcelos—, no tiene fortuna, no tendrá ni siquiera dote; es apenas una mujer lo que te doy. Lo único que puedo asegurarte es que es un ángel, y que habrá de ser una excelente esposa.

Vasconcelos calló, y su mirada fija en el joven parecía querer arrancarle del rostro las impresiones del alma.

Gomes debía responder; pero, durante algunos minutos, reinó entre ambos un profundo silencio.

Finalmente, el pretendiente tomó la palabra:

—Aprecio —dijo— tu franqueza, y te hablaré con franqueza igual.

—No pido otra cosa...

—No fue ciertamente el dinero lo que me inspiró este amor; espero que me harás la justicia de creer que estoy por encima de esas consideraciones. Para no agregar que, el día en que te pedí la querida de mi corazón, creía ser rico.

—¿Creías?

—Escucha. Apenas ayer mi administrador me informó del estado de mis negocios.

—¿Malo?

—¡Si apenas fuera eso! pues debes saber que hace seis meses estoy viviendo gracias a los esfuerzos inauditos que hacía mi administrador para conseguir algún dinero, pues no encontraba fuerzas para decirme la verdad. ¡Ayer lo supe todo!

—¡Ah!

—¡Imagina la desesperación de un hombre que cree hallarse bien, y un día se entera de que no tiene nada!

—¡Lo puedo imaginar, porque igual me pasó a mí!

—Entré alegre aquí, porque la alegría que aún me resta, habita en esta casa; pero lo cierto es que estoy al borde de un abismo. El destino nos castigó al mismo tiempo...

Tras esta confesión, que Vasconcelos oyó sin pestañear, Gomes tocó al fin el punto más difícil del asunto:

—Aprecio tu franqueza y acepto a tu hija sin fortuna; tampoco yo tengo ninguna, pero aún me quedan fuerzas para trabajar.

—¿La aceptas?

—Escucha. Acepto a Adelaida con una condición; la de que ella quiera esperar algún tiempo, el suficiente para que yo dé comienzo a mi nueva vida. Tengo la intención de acudir al gobierno, y solicitar un empleo cualquiera, si es que aún recuerdo algo de lo que aprendí en las aulas... Luego que haya comenzado, acá vendré a buscarla. ¿Quieres?

—Si ella consiente... —dijo Vasconcelos, abrazándose a esa tabla de salvación—, es cosa decidida.

Gomes continuó:

—Bien, hablarás con ella mañana, y me enviarás la respuesta. ¡Ah! ¡Si aún tuviera mi fortuna! ¡Sería ahora mismo el momento de demostrarte mi afecto!

—Muy bien, pues, quedamos en eso.

—Espero tu respuesta.

Y se despidieron.

Vasconcelos quedó sumido en esta reflexión:

—De todo cuanto me dijo, solamente creo que ya nada tiene. Pero esperar no tiene caso: dos que se mienten no consienten.

Por su lado, Gomes bajó las escaleras diciéndose:

—Lo que me parece más singular es que estando en la ruina, me lo diga así, justamente cuando yo también ando por el suelo. Pero esperarás en balde: dos medios caballos no hacen un bayo.

Vasconcelos bajó.

Su intención era comunicar a Augusta la charla que había tenido con el pretendiente. Una cosa, sin embargo lo atormentaba: la insistencia de Augusta en no consentir el casamiento de Adelaida, sin dar razón alguna para su rechazo.

En esto iba pensando, cuando, al atravesar el vestíbulo, oyó voces en la sala de visitas.

Era Augusta que conversaba con Carlota.

Iba a entrar, cuando alcanzó a escuchar estas palabras:

—Pero Adelaida es aún muy niña.

Era la voz de Augusta.

—¡Niña! —dijo Carlota.

—Sí; no está en edad de casarse.

—Pues yo en tu caso no me opondría al matrimonio, aunque fuese de aquí en unos meses, porque Gomes no me parece mal muchacho...

—No lo es; pero bueno, yo no quiero que Adelaida se case.

Vasconcelos pegó el oído a la cerradura, pues temía perder una sola palabra del diálogo.

—Lo que no comprendo —dijo Carlota— es tu insistencia. Más tarde o más temprano Adelaida tendrá que casarse.

—¡Oh! lo más tarde posible —dijo Augusta.

Hubo un silencio.

Vasconcelos estaba impaciente.

—¡Ahí —continuó Augusta—; si supieses el terror que me da la idea del casamiento de Adelaida...

—¿Por qué, Dios mío?

—¿Por qué, Carlota? Tú piensas en todo menos en una cosa. ¡Siento miedo por causa de sus hijos, que serán mis nietos! La idea de ser abuela es horrible, Carlota.

Vasconcelos respiró y abrió la puerta.

—¡Ah! —dijo Augusta.

Vasconcelos saludó a Carlota, y luego que ella se hubo marchado, se volvió a su mujer, y dijo:

—Oí tu conversación con esa mujer...



—No era secreto; pero... ¿qué oíste?

Vasconcelos respondió sonriendo:

—Oí la causa de sus terrores. No pensé que el amor a la propia belleza pudiese llevar a tamaño egoísmo. El casamiento con Gomes no se llevará a cabo; pero si Adelaida amara a alguien, no sé cómo podríamos negarle nuestro consentimiento...

—Hasta que eso pase... esperemos —respondió Augusta.

La conversación terminó ahí; porque aquellos dos consortes estaban muy distantes entre sí; el uno tenía la cabeza puesta en los placeres ruidosos de la juventud, mientras la otra pensaba únicamente en ella misma.

Al día siguiente, Gomes recibió una carta de Vasconcelos redactada en estos términos:

"Mi querido Gomes. —Ha ocurrido una circunstancia inesperada: Adelaida no quiere casarse. Hice todo lo que pude, pero no logré convencerla. —Tuyo, Vasconcelos".

Gomes dobló la carta, encendió con ella un cigarro, y empezó a fumar haciendo esta profunda reflexión:

—¿Dónde podré encontrar una heredera que me quiera por marido?

Si alguien lo sabe que lo diga de inmediato.

.....

Después de lo que acabamos de contar, Vasconcelos y Gomes se encuentran a veces en la calle o en el Alcázar; conversan, fuman, se toman del brazo, exactamente como dos amigos, cosa que nunca fueron, o como los dos bellacos que sí son.

---

\* De *Cuentos Fluminenses*

## **EL RELOJ DE ORO**

AHORA contaré la historia del reloj de oro. Era un gran cronómetro, perfectamente nuevo, que pendía de una elegante cadena. Luis Negreiros tenía toda la razón para quedarse boquiabierto cuando vio el reloj en casa, un reloj que no era suyo, ni podía ser de su mujer. ¿Sería ilusión de sus ojos? No lo era; allí estaba el reloj sobre la mesa de la alcoba, mirándolo, tal vez tan espantado como él del lugar y la situación.

Clarinha no estaba en la alcoba cuando Luis Negreiros entró en ella. Se había quedado en la sala, hojeando una novela, sin corresponder mucho ni poco al beso con que el marido la saludó en el momento de su entrada. Era una linda muchacha esta Clarinha, si bien un tanto pálida, o quizás por ello mismo. Era pequeña y delgada; de lejos, parecía una niña; de cerca, quien le mirase los ojos vería bien que era una mujer como pocas. Estaba blandamente reclinada en el sofá, con el libro abierto y los ojos en el libro, los ojos apenas, porque su pensamiento no sé con certeza si estaba en el libro o en alguna otra parte. En todo caso parecía ajena al marido y al reloj.

Luis Negreiros se apoderó del reloj, con una expresión que no me atrevo a describir. Ni el reloj ni la cadena eran suyos; tampoco de alguno de sus conocidos. Se trataba de una charada. Luis Negreiros gustaba de las charadas y tenía fama de descifrarlas hábilmente; pero gustaba de charadas en las revistas y en los periódicos. Charadas palpables o cronométricas y sobre todo sin clave final, no eran del aprecio de Luis Negreiros.

Por este motivo, y otros que son obvios, comprenderá el lector que el esposo de Clarinha se dejara caer en una silla, se mesara con rabia los cabellos, golpeará el suelo con el pie y arrojara sobre la mesa el reloj y la cadena. Terminada esta primera manifestación de furor, Luis Negreiros tomó de nuevo los fatales objetos, y de nuevo los examinó. Quedó en las mismas. Cruzó los brazos durante algún tiempo y reflexionó sobre el caso, interrogó todos sus recuerdos y concluyó al fin que, sin una explicación de Clarinha, cualquier actitud sería errada y precipitada.

Fue a hablar con ella.

Clarinha acababa en ese momento de leer una página, y pasaba la hoja con el aire indiferente y tranquilo de quien no se ocupa de descifrar charadas de cronómetro. Luis Negreiros la encaró y sus ojos parecían dos relucientes puñales.

—¿Qué tienes? —preguntó la muchacha con esa voz dulce y suave que todo el mundo admiraba en ella.

Luis Negreiros no respondió a la pregunta de su mujer; la miró durante un rato; después dio dos vueltas por la sala, pasándose la mano por los cabellos. Así que la joven le preguntó de nuevo:

—¿Qué tienes?

Luis Negreiros se paró frente a ella.

—¿Qué es esto? —dijo sacando del bolso el fatal reloj y poniéndoselo delante de los ojos—. ¿Qué es esto? —repitió con voz de trueno.

Clarinha se mordió los labios y no respondió. Luis Negreiros permaneció algún tiempo con el reloj en la mano y los ojos en la mujer, la cual tenía los suyos en el libro. El silencio era profundo. Luis Negreiros fue el primero en romperlo, tirando estrepitosamente el reloj contra el suelo, y diciendo enseguida a su esposa:

—¿Vamos, de quién es este reloj?

Clarinha levantó lentamente los ojos hacia él, los bajó después y murmuró:

—No sé.

Luis Negreiros hizo un gesto de agresión; se contuvo. La mujer se levantó, tomó el reloj y lo puso sobre una mesa pequeña. No pudo controlarse Luis Negreiros. Avanzó hacia ella y,

asegurándole con fuerza las muñecas, le dijo:

—¿No me responderás, demonio? ¿No me explicarás este enigma?

Clarinha hizo un gesto de dolor, y Luis Negreiros de inmediato le soltó las muñecas ya enrojecidas. En otras circunstancias es probable que Luis Negreiros hubiese caído a sus pies, pidiéndole perdón por haberla maltratado. En aquel momento ni se le pasó por la mente; dejándola en medio de la sala se puso a caminar de nuevo, siempre agitado, deteniéndose de vez en cuando, como si meditara algún suceso trágico.

Clarinha abandonó la sala.

Poco después un esclavo vino a decir que la mesa estaba servida.

—¿Dónde está la señora?

—No lo sé, señor.

Luis Negreiros fue a buscarla; la encontró en la salita de costura, sentada en una silla baja, sollozando con la cabeza entre las manos. Al escuchar el ruido de la puerta que se cerraba Clarinha levantó la cabeza, y Luis Negreiros pudo ver su rostro húmedo de lágrimas. Esta situación resultó peor que la de la sala. Luis Negreiros no podía ver llorar a ninguna mujer, en especial a la suya. Iba a enjugarle las lágrimas con un beso, mas reprimió el gesto y avanzó frío hacia ella; aproximando una silla se sentó frente a Clarinha.

—Estoy tranquilo, como ves —dijo—. Respóndeme lo que te pregunté con la franqueza que siempre tuviste conmigo. No te acuso ni sospecho nada de ti. Simplemente quisiera saber cómo fue a parar allí aquel reloj. ¿Acaso tu padre lo olvidó aquí?

—No.

—Pero entonces...

—¡Oh! ¡No me preguntes nada! —exclamó Clarinha—; no sé por qué está aquí ese reloj... no sé de quién es... déjame.

—¡Es demasiado! —bramó Luis Negreiros, levantándose y tirando al suelo la silla.

Clarinha se estremeció, y permaneció quieta en su sitio. La situación se tornaba cada vez más grave; Luis Negreiros paseaba más agitado a cada momento, girando los ojos en las órbitas, dando la impresión de que en cualquier instante se arrojaría sobre la infeliz esposa. Esta, con los codos en el regazo y la cabeza entre las manos, tenía los ojos clavados en la pared. Transcurrió cerca de un cuarto de hora. Luis Negreiros se disponía a interrogar de nuevo a su esposa, cuando oyó la voz de su suegro, que subía la escalera gritando:

—¡Eh! ¡Luis! ¡Viejo mandarín!

—¡Aquí viene tu padre! —dijo Luis—; me las pagarás luego.

Salió de la sala de costura y fue a recibir a su suegro, que ya estaba en la mitad de la sala, haciendo girar el paraguas con grave riesgo de los jarrones y el candelabro.

—¿Estaban durmiendo?

—No señor, estábamos conversando...

—¿Conversando? —repitió Meireles.

Y agregó para sí mismo:

—Discutiendo, seguramente...

—Precisamente ahora vamos a comer —dijo Luis Negreiros—. ¿Nos acompaña?

—No vine acá para cosa distinta —replicó Meireles—; ceno aquí hoy y mañana también. No me convidaste, pero es igual.

—¿No lo convidé?..

—Sí. ¿No cumples años mañana?

—¡Ah!, es verdad...

No había razón aparente para que, luego de decir estas palabras con un tono lúgubre, Luis Negreiros las repitiese, pero ahora con un tono descomunalmente alegre:

—¡Ah!, ¡es verdad!

Meireles, que ya se dirigía a colgar el sombrero en un perchero del corredor, volvióse espantado hacia el yerno en cuyo rostro leyó la más franca, súbita e inexplicable alegría.

—¡Está loco! —murmuró Meireles.

—Vamos a comer —gritó el yerno, metiéndose por el interior de la casa, mientras que Meireles, siguiendo por el pasillo, iba a dar al comedor.

Luis Negreiros fue en busca de su mujer a la sala de costura y la encontró de pie, arreglándose los cabellos frente a un espejo.

—Gracias —dijo.

La joven lo miró asombrada.

—Gracias —repitió Luis Negreiros—; gracias y perdóname.

Y diciendo esto, trató de abrazarla; pero la joven, con un gesto digno, rechazó el intento del marido y se dirigió al comedor.

—Tiene razón —murmuró Luis Negreiros.

Poco después estaban los tres sentados a la mesa, y fue servida la sopa que a Meireles le supo, como era natural, a hielo. Ya iba a hacer un discurso respecto a la desidia de los criados, cuando Luis Negreiros confesó que todo era culpa suya, porque la cena estaba hacía tiempo en la mesa. La declaración sólo consiguió mudar el asunto del discurso, que versó ahora sobre esa cosa terrible que es una cena recalentada, —*qui ne valut jamais rien*.

Meireles era un hombre alegre, travieso, acaso demasiado frívolo para su edad pero, con todo, interesante. Luis Negreiros le tenía mucho afecto, y veía correspondido ese cariño de pariente y de amigo, tanto más sincero si se piensa que Meireles sólo accedió tarde y de mala gana al matrimonio de su hija. Duró el noviazgo cerca de cuatro años, de los cuales el padre de Clarinha invirtió más de dos en meditar y resolver el asunto del casamiento. Al final dio su aprobación, y esto, decía él, más por las lágrimas de la hija que por los atributos del yerno.

La causa de tan larga vacilación eran los hábitos poco austeros de Luis Negreiros; no los que mostró durante el noviazgo, sino los que había tenido antes y que bien podría volver a tener después. Meireles confesaba ingenuamente que había sido marido poco ejemplar, y juzgaba que por eso mismo debía dar a la hija mejor esposo de lo que él fuera. Luis Negreiros desmintió las aprensiones del suegro; el león impetuoso de antes se transformó en tranquilo cordero. Una amistad franca nació entre suegro y yerno, y Clarinha se convirtió en una de las más envidiadas jóvenes de la ciudad.

Y era mayor el mérito de Luis Negreiros si se piensa que no le faltaban tentaciones. El diablo se metía a veces en la piel de algún amigo, e iba a convidarlo a recordar buenos tiempos. Pero Luis Negreiros respondía que se había retirado a buen puerto y no quería arriesgarse otra vez a las tormentas del alto mar.

Clarinha amaba tiernamente al marido, y era la más dócil y afable criatura que por entonces respirara el aire fluminense. Nunca había existido disgusto entre ellos; la limpidez del cielo conyugal era siempre la misma, y parecía mostrarse duradera. ¿Qué mal destino sopló allí la primera nube?

Durante la cena, Clarinha no pronunció palabra, —o dijo pocas y aún así las más breves y frías.

—Están de riña, no hay duda —pensó Meireles al ver la pertinaz mudez de su hija—. Y la ofendida es sólo ella porque él parece estar muy alegre.

Luis Negreiros, en efecto, se deshacía en agrados, mimos y cortesías con su mujer, que ni siquiera lo miraba de frente. El marido se exasperaba ya con la presencia del suegro, ansioso de estar a solas con la esposa para la reconciliación final. Clarinha no parecía compartir ese deseo; comió poco y dos o tres veces se le escapó del pecho un suspiro.

Ya puede verse que la cena, a pesar de los esfuerzos, no era como la de los otros días. Meireles, sobre todo, se sentía molesto, aunque de ningún modo recelaba un problema mayor; su opinión era que sin riñas no se aprecia la felicidad, como no se aprecia el buen tiempo sin tempestades. Con todo, las tristezas de la hija siempre conseguían quitarle la tranquilidad.

A la hora del café, Meireles propuso que se fueran los tres al teatro; Luis Negreiros aceptó la idea con entusiasmo. Clarinha rehusó secamente.

—No te entiendo hoy, Clarinha —dijo el padre con impaciencia—. Tu marido está alegre y tú pareces abatida y preocupada. ¿Qué tienes?

Clarinha no respondió; Luis Negreiros, sin saber qué decir, se dedicó a hacer bolitas con las migas del pan. Meireles se encogió de hombros.

—Allá se entiendan ustedes —dijo—. Si mañana, a pesar del día que es, continúan así, les prometo que no han de verme ni la sombra.

—¡Ah, no! Tiene que venir, empezó a decir Luis Negreiros, pero fue interrumpido por su mujer, que rompió a llorar.

La cena acabó así, triste y enfurruñada. Meireles pidió una explicación al yerno, y éste prometió que se lo contaría todo en mejor ocasión.

Poco después salía el padre de Clarinha insistiendo de nuevo en que, de hallarse al día siguiente en el mismo estado, jamás volvería a aquella casa, y que si existía algo peor que una cena fría o recalentada, era una cena mal digerida. Este axioma valía tanto como el de Boileau, pero nadie le prestó atención.

Clarinha se marchó a su cuarto; el marido, luego de despedir al suegro, fue en su busca. La encontró sentada en la cama, con la cabeza sobre una almohada, y sollozando. Luis Negreiros, arrodillándose ante ella, cogió entre las suyas una de sus manos.

—Clarinha —dijo—, perdóname todo. Ya sé la explicación del reloj; si tu padre no me hubiera hablado de venir mañana, no hubiera sido capaz de adivinar que el reloj era tu regalo de cumpleaños.

No me atrevo a describir el soberbio gesto de indignación con que la joven se levantó al oír estas palabras del marido. Luis Negreiros la miró sin comprender nada. La joven no dijo una sola sílaba; salió del cuarto y dejó al infeliz consorte más confuso que nunca.

—¿Pero qué enigma es éste? —se preguntaba a sí mismo Luis Negreiros—. Si no era un regalo de cumpleaños, ¿qué explicación puede tener el tal reloj?

La situación volvía a ser la misma de antes de la cena. Luis Negreiros tomó la resolución de descubrir todo aquella noche. Pensó, sí, que era preciso reflexionar maduramente sobre el caso y hallar una resolución que fuese decisiva. Con este propósito se recogió en su gabinete, y allí repasó todo lo que había pasado desde su regreso a casa. Pesó fríamente todas las razones, todos los incidentes, y buscó reproducir en su memoria las expresiones del rostro de la joven a lo largo de aquella tarde. El gesto de indignación y repulsa cuando él quiso abrazarla en la sala de costura, estaban a favor de ella; pero el ademán con que se mordió los labios en el momento en que él le mostró el reloj, las lágrimas en la mesa, y sobre todo el silencio que mantenía respecto a la procedencia del fatal objeto, todo eso hablaba en contra de la joven.

Luis Negreiros, después de mucho meditar, optó por la más triste y deplorable de las hipótesis. Una idea mala empezó a clavarse en el alma, como un estilete, y tan hondo penetró que se adueñó de él en pocos instantes. Luis Negreiros era hombre colérico cuando la ocasión lo pedía. Profirió dos o tres amenazas, salió del gabinete y fue a enfrentarse con la mujer.

Clarinha se había recogido de nuevo en su cuarto. La puerta estaba sin seguro. Eran las nueve de la noche; una pequeña lamparilla daba luz escasa al aposento. La joven estaba como antes sentada en la cama, pero no lloraba; tenía los ojos fijos en el suelo. No intentó siquiera levantarlos cuando sintió entrar al marido.

Hubo un momento de silencio.

Luis Negreiros fue el primero en hablar.

—Clarinha —dijo—, éste es un momento solemne. ¿Me responderás a lo que te pregunto desde esta tarde?

La joven no respondió.

—Piénsalo bien, Clarinha —continuó el marido—, puede estar en riesgo tu propia vida.

La joven se encogió de hombros.

Una nube cruzó por los ojos de Luis Negreiros. El infeliz marido lanzó las manos al cuello de la esposa, y rugió:

—¡Responde, demonio, o mueres!

Clarinha soltó un grito.

—¡Espera! —dijo.

Luis Negreiros retrocedió.

—Mátame —dijo ella—, pero lee esto primero. Cuando esta carta llegó a tu oficina ya tú te habías ido: me lo dijo el mensajero que la trajo.

Luis Negreiros recibió la carta, se acercó a la lamparilla y leyó estupefacto estas líneas:

"Mi bebé. Sé que mañana cumples años; te envío este recuerdo —Tu Zepherina".

Así acabó la historia del reloj de oro.

---

\* De *Historias de Medianoche*.

## ERNESTO DE TAL

AQUEL joven que está allí parado en la calle Nueva del Conde, esquina con Campo de Aclamación, a las diez de la noche, no es ningún ladrón, no es ni siquiera un filósofo. Tiene un aire misterioso, es cierto; de vez en cuando se lleva la mano al pecho, se da una palmada en el muslo, o arroja un cigarro apenas comenzado. Filósofo ya puede verse que no es. Ratero tampoco: si algún sujeto acierta a pasar por su lado, escurre el bulto, cauteloso, como si temiera ser reconocido.

Cada diez minutos sube por la calle hasta el lugar en que hace ángulo con la Calle del Arenal; vuelve a descender diez minutos después, para repetir luego lo mismo, subir y bajar, sin otro resultado que el de aumentar un cinco por ciento la cólera que le murmura en el corazón.

Quien lo viese hacer estas subidas y bajadas, palmearse la pierna, encender y apagar cigarros, y no tuviese otra explicación, supondría plausiblemente que el hombre estaba loco, o cerca de estarlo. No, señor; Ernesto de Tal (no estoy autorizado para decir el nombre completo) está simplemente enamorado de una joven que vive en esta calle; está colérico, porque aún no ha podido obtener respuesta a la carta que le envió esta mañana.

Debe decirse que dos días antes habían tenido un pequeño disgusto. Ernesto quebró la promesa de enamorado que le había hecho, de no escribirle nunca más, enviándole esa mañana una epístola de cuatro páginas incendiarias, con muchos signos de admiración y varias licencias de puntuación. La carta fue, pero la respuesta no vino.

Cada vez que nuestro enamorado atacaba la subida o bajada de la calle, se detenía frente a una casa de dos pisos, en donde se bailaba al son de un piano. Allí vivía la dama de sus pensamientos. Pero se detenía en vano; ni ella aparecía en la ventana, ni la carta esperada llegaba a sus manos.

Ernesto se mordía entonces los labios para no soltar un grito de desespero y se iba a desahogar sus furias en la próxima esquina.

—¿Qué explicación puede tener esto? —se decía—; ¿por qué razón no me arroja ella la carta desde la ventana de arriba? No le interesa; está entregada al baile, tal vez al coqueteo, ni se acuerda que estoy aquí en la calle, cuando bien podría estar allá.

Al llegar a este punto el enamorado calló, y en lugar del gesto de desespero que le correspondía hacer, soltó apenas un largo y amargo suspiro. La explicación de este suspiro, inverosímil en un hombre que está reventado de cólera, es un tanto delicada para ser dicha en letra escrita. Pero en fin, allá va: o no se ha de contar nada, o se ha de decir todo.

Ernesto acudía a la casa del Señor Vieira, tío de Rosina, que no es otro el nombre de su enamorada. Acostumbraba ir allí con frecuencia, y fue allí donde se disgustó con ella dos días antes de este sábado de octubre de 1850, día en que suceden los acontecimientos que estoy narrando. Y bien, ¿por qué razón no figura Ernesto entre los caballeros que están danzando o tomando el té? Ayer por la tarde el señor Vieira, encontrándose con Ernesto, le comunicó que al día siguiente daría una pequeña fiesta, para celebrar no sé qué acontecimiento de familia.

—Lo resolví esta mañana —concluyó—, convidé poca gente, pero espero que la fiesta sea brillante. Ahora mismo iba a enviarle su invitación; ¿quizá usted me dispense ya de hacerlo?...

—Sin duda, —se apresuró a decir Ernesto frotándose las manos de contento.

—¡No falte!

—¡No señor!

—¡Ah! Se me olvidaba avisarle algo —dijo Vieira que ya se retiraba—, como asistirá el subdelegado, que además es comendador, quisiera que todos mis convidados fueran de frac. Resígnese al frac, ¿eh?

—Con mucho gusto —respondió el otro poniéndose pálido como un difunto.

¿Pálido, por qué? Lector, por más ridícula y lastimosa que te parezca esta declaración, no vacilo en decirte que nuestro Ernesto no poseía un solo frac, nuevo o viejo. La exigencia de Vieira era absurda; pero no había manera de evadirla: o no ir, o ir de frac. Era forzoso resolver a cualquier precio esta gravísima situación. Tres posibles soluciones pasaron por la mente del atribulado joven: encargar, por el precio que fuera, un frac para la noche siguiente; comprarlo a crédito; pedirlo prestado a un amigo.

Las dos primeras ideas fueron rechazadas por impracticables; Ernesto no tenía dinero, ni crédito suficiente. Quedaba la tercera. Ernesto hizo una lista de amigos y fracs posibles, se la echó al bolsillo y salió a la busca del vellocino.

La desgracia que lo perseguía hizo que el primer amigo tuviese que asistir al otro día a una boda y el segundo a un baile; el tercero tenía su frac roto, el cuarto lo tenía prestado, el quinto no lo prestaba, el sexto no tenía frac. Acudió a dos amigos suplementarios: uno había partido la víspera para Iguazú y el otro estaba destacado en la fortaleza de San Juan como alférez de la guardia nacional.

Imaginad la desesperación de Ernesto, pero admirad también la refinada crueldad del destino: al regresar alcanzó a ver pasar tres entierros, dos de ellos con muchos coches cuyos ocupantes iban todos vestidos de frac. No había otro remedio que inclinar la cabeza ante la fatalidad; Ernesto no insistió más. Pero como urgía reconciliarse con Rosina, escribió la carta que ya hemos mencionado y la envió con un sirviente; en ella le pedía que esa noche le diese la respuesta en la esquina de Campo. Ya sabemos que tal respuesta nunca llegó. Ernesto no comprendía la causa de aquel silencio; muchas riñas había tenido con la joven, pero ninguna iba más allá de la primera carta ni se prolongaba más de cuarenta y ocho horas.

Desengañado por fin de recibir respuesta esa noche, Ernesto se encaminó a casa con el desespere en el corazón. Vivía en la Calle de la Misericordia. Llegó cansado y abatido. No por ello pudo dormir. Se desnudó precipitadamente. Estuvo a punto de rasgar el chaleco, cuyo cinto insistía en aferrarse a un botón del pantalón. Arrojó los botines sobre un aparador y por poco despedaza uno de los jarrones que allí había. Dio siete u ocho golpes sobre la mesa; se fumó dos cigarros, maldijo al destino, a la muchacha, a él mismo, y al fin, rayando la madrugada, pudo conciliar el sueño.

Mientras duerme, trataremos de indagar la causa del silencio de su enamorada.

## II

OBSERVE el lector aquella joven que allí está, sentada en un sofá entre dos damas de su misma edad, conversando entre ellas en voz baja, y girando de vez en cuando los ojos. Es Rosina. Los ojos de Rosina no engañan a nadie... excepto a sus enamorados. Sus ojos son vivarachos y cautivantes, y a ratos, con un cierto movimiento que ella les sabe dar, se vuelven aún más cautivantes y vivarachos. Es galana y graciosa; si no lo fuera, no se hubiera prendado de ella nuestro infeliz Ernesto, joven de gusto exigente. Alta no era, más bien bajita, viva, traviesa. Tenía tal vez algo de afectación en las maneras y en el hablar; pero Ernesto, a quien un amigo le hiciera notar aquello, declaró que no le interesaban las moscas muertas.

—A mí, ni las moscas vivas —saltó el amigo, feliz de haberse pillado en el aire ese juego de palabras.

Juego de palabras estilo 1850.

No viste con lujo porque el tío no es rico; pero aún así se la ve garbosa y elegante. En la cabeza sólo lleva como adorno dos lazos de cinta azul.

—¡Ah! ¡Si aquellas cintas me quisieran ahorcar! —decía un figurín de bigote negro y cabello partido a la mitad.



—Si aquellas cintas me quisieran llevar al cielo! —decía otro de patillas castañas y orejas pequeñas.

Ambiciosos deseos los de estos jóvenes; ambiciosos y vanos, porque ella, si en alguno se fija, es en un muchacho de bigote rubio y nariz larga que está en este momento conversando con el subdelegado. Hacia él dirige Rosina de vez en cuando la mirada, con disimulo es verdad, no tanto sin embargo como para que no lo perciban las dos jóvenes que están junto a ella.

—¡Conquista tenemos! —decía una a la otra haciendo un gesto con la cabeza hacia el lado del joven de la nariz larga.

—¡Qué dices, Justina!

—¡Calumnias! —intervino la otra muchacha.

—¡Cállate, Amalia!

—¿Pretendes engañarnos? —insistía Justina—. ¡No nacimos ayer! Fíjate cómo te mira... El Comendador habla, y él ni lo oye... ¡Pobre Comendador! demasiado serio para Celestino...

—¡Mira lo que te digo, si no te callas me voy —dijo Rosina haciéndose la enojada.

—Pues, ¡vete!

—¡Pobrecito Ernesto! —suspiró Amalia desde el otro lado.

—Mira que la tía nos puede oír —observó Rosina mirando de soslayo hacia una señora gorda, que sentada al extremo de un sofá, refería a una comadre las peripecias del último achaque de su marido.

—¿Y por qué no vino Ernesto? —preguntó Justina.

—Mandó decir a papá que tenía un trabajo urgente.

—¿Quién sabe si algún romance también? —insinuó Justina.

—¡No es capaz! —reviró Rosina.

—¡Bravo! ¡Qué confianza!

—¡Qué amor!

—¡Qué seguridad!

—¡Qué defensora!

—No es capaz —repitió la muchacha—. Ernesto no es capaz de fijarse en otra; estoy segura... Ernesto es un...

Se tragó el resto de la frase.

—¿Un qué? —preguntó Amalia.

—¿Un qué? —preguntó Justina.

En ese momento empezó a sonar un vals, y el joven de la nariz larga, a quien el subdelegado había dejado para ir a conversar con Vieira, se acercó a pedir a Rosina el honor de concederle ese baile. La muchacha bajó los ojos con singular modestia, murmuró algunas palabras que nadie oyó, se levantó y fue a bailar. Justina y Amalia, una junto a la otra, comentaron entre sí la actitud de Rosina y su manera de bailar sin gracia. Como ambas eran amigas de Rosina, sus censuras no tenían un tono ofensivo, sino amable, como debe ser el tono con que los amigos censuran a los amigos ausentes.

Y no tenían mucha razón las dos amigas. Rosina bailaba con gracia y en asunto de vales podía medirse con el mejor. Ahora, en cuanto al romance, podría ser que tuviesen razón, y, en efecto, la tenían; el modo como ella miraba y hablaba al joven de la nariz larga hubiera despertado sospechas en el espíritu más desprevenido a ese respecto.

Una vez terminado el vals, la pareja caminó un poco y fueron a situarse finalmente junto al vano de una ventana. Era en ese momento la una de la madrugada, y ya el desgraciado Ernesto se enrutaba en dirección a la Calle de la Misericordia.

—Vendré a visitarte mañana a las seis de la tarde —decía en este instante el joven de la nariz larga.

—¡A las seis, no! —replicó Rosina.

Era ésa la hora en que Ernesto acostumbraba caer por allí.

—Entonces a las cinco...

—¿A las cinco?... Bien, a las cinco —aprobó la joven.

El joven de la nariz larga agradeció con una sonrisa esta ratificación de su tratado amoroso, y profirió algunas palabras que la muchacha oyó entre agradada y avergonzada, entre vanidosa y modesta. El joven le decía que no sólo era ella la flor del baile, sino también la flor de la Calle del Conde; y no sólo la flor de la Calle del Conde, sino también la flor de la ciudad entera.

Era lo mismo que muchas veces le había dicho Ernesto; el joven de la nariz larga, sin embargo, tenía una manera especial de hacer elogios a una muchacha. La gracia, por ejemplo, con que introducía el dedo pulgar de la mano izquierda en el bolsillo izquierdo del chaleco, agitando luego los otros dedos como si tocase el piano, era sencillamente inimitable; no había nadie, al menos por aquellas inmediaciones, que tuviese una mayor elegancia en el modo de arquear los brazos, de arreglarse los cabellos, o simplemente de ofrecer una taza de té.

Tales fueron los dones que lograron vencer el corazón inconstante de la graciosa Rosina. ¿Sólo éstos? No. La simple circunstancia de que Ernesto no poseyera la elegante vestimenta que adornaba el porte y realizaba los gestos de su rival, puede dar algunas luces al lector de buena fé. Rosina ignoraba por supuesto la situación precaria de Ernesto en lo que tocaba con el frac; pero sabía que tenía un empleo mediocre en el arsenal de guerra, en tanto que el joven de la nariz larga ocupaba una buena posición en un establecimiento comercial.

Una joven que tuviese ideas filosóficas con respecto al amor y al matrimonio diría que los impulsos del corazón estaban adelante de cualquier otra consideración. Rosina no era del todo opuesta a los impulsos del corazón y a la filosofía del amor; pero tenía ambiciones en la vida, adoraba los vestidos nuevos y las salidas a teatro, gustaba en suma de figurar en la sociedad. Todo aquello podía ofrecérselo, con el tiempo, el joven de la nariz larga, al que ella podía imaginar desde ya dirigiendo el negocio en el cual trabajaba; Ernesto, por su lado, difícilmente pasaría del lugar que ocupaba en el arsenal, y, en todo caso, no ascendería mucho ni de prisa.

Puestos en la balanza los merecimientos de uno y otro, quien perdía era el mísero Ernesto. Rosina había hecho amistad con el nuevo candidato desde hacía algunas semanas; pero solamente aquella noche había tenido ocasión de tratarlo más de cerca, de consolidar, digámoslo así, su situación. Las relaciones, hasta entonces puramente telegráficas, pasaron a ser verbales; y si el lector gusta de un estilo suntuoso y gongorista, le diría que fueron tantos los telegramas intercambiados por ellos durante esa noche, que los estados vecinos, recelosos de perder una alianza probable, llamaron a las armas las milicias de la galantería, hicieron alinear el ejército de los requiebros, dispararon la artillería de los ojos tiernos, de los pañuelos en los labios, y de las frases susurrantes; pero todas estas armas fracasaron porque la bella Rosina, al menos aquella noche, se hallaba entregada a un sólo pensamiento.

Cuando la fiesta terminó, Rosina entró en su alcoba y vio una hoja de papel, doblada, sobre el tocador.

—¿Qué es esto? —dijo.

La abrió: era su respuesta a la carta de Ernesto, que había olvidado enviar. ¿La habría leído alguien? No, no era probable. Volvió a doblarla con cuidado, la lacró, y la guardó en una gaveta, diciendo para sí:

—Tengo que enviarla mañana a primera hora.

### III

UN TONTO —era ésta la palabra que Rosina no alcanzó a decir, cuando defendió la fidelidad de Ernesto, maliciosamente atacada por sus dos amigas.

Hacía apenas tres meses que Ernesto cortejaba a la sobrina de Vieira, que se carteaba

con ella, que se hacían mutuas promesas de eterna fidelidad, y en ese corto espacio de tiempo había presentado ya cinco o seis moros en la costa. En esas ocasiones se llenaba de cólera, y se sentía capaz de arrasarlo todo. Pero la buena chica, con su varita mágica, volvía a traerlo al buen camino, escribiéndole dos líneas o diciéndole cuatro palabras apasionadas. Ernesto confesaba que había juzgado mal, y que ella era excesivamente misericordiosa con él.

—Te tendrías bien merecido que dejara de amarte —observaba Rosina con gracioso enfado.

—¡Oh, no!

—¿Por qué inventas esas cosas?

—No invento... son cosas que me contaron.

—Pues haces muy mal en darles crédito.

—Hice mal, sí... ¿eres un ángel del cielo!

Rosina le concedía su perdón, y todo seguía como antes.

Un amigo a quien Ernesto confiaba todas sus alegrías y pesares, a quien tomaba por consejero y que compartía con él la casa en que vivía, le decía a menudo:

—Mira Ernesto: creo que estás perdiendo tu tiempo.

—¿Cómo así?

—Tú no le interesas.

—¡Imposible!

—Para ella, eres apenas un pasatiempo.

—Te engañas; ella me ama.

—Pues ama también a otros.

—¡Jorge!

—En conclusión...

—¡Ni una palabra más!

—Es una coqueta —concluía el amigo tranquilamente.

Al oír este tajante juicio, Ernesto contemplaba a su amigo con un mirar largo y profundo, capaz de paralizar todos los movimientos conocidos de la mecánica; como éste no revelaba la menor impresión de temor o arrepentimiento, Ernesto deponía su mirada —más sensato en este punto que el senador Don Manuel, quien, en una ocasión en que el vizconde de Jequitonhonha le dijo en el senado que dejara la risa, continuó riendo— y todo acababa en buena y santa paz.

Tal era la confianza depositada por Ernesto en la flor de la Calle del Conde. Si un día ella le dijese que tenía en el bolsillo de su falda una de las torres de la iglesia de la Candelaria, —lo cual no sería cierto— es bien probable que Ernesto se lo creyese.

En esta ocasión, sin embargo, el disgusto era serio. Sin lugar a engañarse, Ernesto había sorprendido a la joven recibiendo a hurtadillas una carta, de manos de una especie de primo que frecuentaba la casa de Vieira. Sus ojos brillaron de furia al ver relucir la esquila en las manos de la muchacha. Hizo al joven un gesto de amenaza, lanzó hacia ella una mirada de desprecio, y salió. Después escribió la carta de que tenemos ya noticia, y fue a esperar la respuesta en la esquina de la calle. Mas, ¿qué respuesta, si él lo había visto todo, con sus propios ojos? Lector ingenuo: él ansiaba una respuesta que le demostrase que nada había visto realmente, una respuesta que le permitiese mirarse a sí mismo con desprecio y enojo. No hubiera aceptado, por supuesto, esta hipótesis; pero en el fondo de su alma era eso exactamente lo que anhelaba.

La respuesta llegó al día siguiente. El amigo que vivía con él fue a despertarlo a las ocho de la mañana, para entregarle una nota de Rosina.

Ernesto dio un salto en la cama, se sentó, abrió la epístola, y la leyó rápidamente. Un aire de celeste bienaventuranza reveló al compañero el tono del contenido.

—Todo está aclarado —dijo Ernesto cerrando la carta y levantándose—. Ella lo explica todo; yo había visto mal.

—¡Ah! —suspiró Jorge mirando con lástima a su amigo—; ¿qué es lo que te dice?

Ernesto no respondió inmediatamente; abrió otra vez la carta, la releyó en silencio, volvió a cerrarla, miró el techo, miró las chinelas, miró a su compañero, y sólo después de esta serie de gestos, que demostraban la profunda abstracción de su espíritu, respondió a Jorge, diciendo:

—Me lo explica todo; la carta que yo creí de amores, era una nota en que el primo pedía a su tío un préstamo de dinero. Ella dice que me porto muy mal obligándola a mencionar estas flaquezas familiares, y concluye jurando que me ama como nunca podría amar a nadie más. Lee.

Jorge leyó la carta, mientras Ernesto se paseaba de un lado a otro, hablando en monosílabos y gesticulando, como si redactase mentalmente un acto de contrición.

—¿Y bien? ¿Qué dices ahora? —dijo a Jorge, recibiendo la carta.

—Tienes razón, todo se explica —respondió éste.

Ernesto acudió esa misma tarde a la Calle del Conde. Ella lo saludó desde lejos con una sonrisa. En cuanto encontraron oportunidad, se dieron las explicaciones del caso, y Ernesto se declaró compungido por haber sospechado de Rosina; la joven extremó su generosidad hasta el punto de darle un beso, a escondidas, antes de que la criada viniese a encender las velas de esperma de los aparadores.

Ahora cedo la palabra al lector, para que me interroge acerca de las intenciones de una joven que, prefiriendo la posición del joven de la nariz larga, no dejaba de cartearse con Ernesto, y de demostrarle por todos los medios una preferencia inexistente.

Las intenciones de Rosina, lector curioso, eran perfectamente conyugales. Quería casarse, y casarse lo mejor posible. Con este propósito aceptaba el homenaje de todos sus pretendientes, escogiendo para sus adentros el que mejor correspondiese a sus deseos; pero cuidando de no desanimar a los otros, porque el mejor podía fallar, y, si existía para ella algo peor que casarse mal, era no casarse en absoluto.

Eran ésos los planes de la joven. Añadid a esto que era coqueta por naturaleza, que disfrutaba mirando a su alrededor una multitud de pretendientes, algunos de los cuales, dígame de paso, no tenían intenciones matrimoniales, y sólo flirteaban por pasatiempo, cosa que revelaba en dichos caballeros una incurable frivolidad de espíritu.

A falta de pan, buenas son tortas, dice el proverbio. Ernesto era pues, moral y conyugalmente hablando, la posible torta de Rosina, una especie de *pis-aller*, —como dicen los franceses— que convenía tener a mano.

#### IV

EL JOVEN de la nariz larga no pertenecía al grupo de los cortejantes por pasatiempo; sus intenciones eran estrictamente conyugales. Tenía veintiséis años, era trabajador, cariñoso, ahorrativo, sencillo y sincero, un auténtico buen partido. Podría brindar la felicidad a cualquier damita casadera.

La muchacha, por su lado, había logrado ganar su interés de modo tan profundo, que estuvo a punto de hacerle perder el empleo. Un día que el patrón se acercó al escritorio del joven, alcanzó a ver un papel debajo del tintero, y pudo distinguir la palabra "amor", dos o tres veces repetida. Con una sola hubiera bastado. El señor Gomes Arruda frunció las cejas, concentró sus ideas, e improvisó una alocución extensa y amenazadora, de la que el pobre contable sólo pudo distinguir la expresión "patitas en la calle".

"Patitas en la calle" es una expresión grave. El contable meditó en ella, reconoció las razones del patrón, y trató de enmendar, si no su amor, al menos sus descuidos. El amor se afianzaba en él cada vez más; era la primera pasión seria de su vida, y a esto debe añadirse que

había acertado a dar con una verdadera maestra en el oficio.

—Esto no puede seguir así, pensaba el joven de la nariz larga, acariciándose la mandíbula y dirigiéndose una noche hacia su casa; lo mejor que puedo hacer es casarme de una vez. Con el sueldo que recibo y lo que gano con trabajos sueltos, creo que puedo responder por los futuros gastos; el resto está en las manos de Dios.

No pasó mucho tiempo antes de que Ernesto empezara a desconfiar de las intenciones del joven de la nariz larga. En una ocasión alcanzó a sorprender las miradas que se daba con la muchacha. Se enfadó, y en cuanto pudo interpelló a su enamorada acerca de aquella circunstancia equívoca.

—¡Confiesa! —le decía.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó ella— ¿Por qué desconfías de todo? Lo miré, sí, es verdad, pero lo miré por tu causa.

—¿Por mi causa? —preguntó Ernesto con un tono helado de ironía.

—Sí, le miraba la corbata, que es muy bonita, con la idea de regalarte una igual el día de Año Nuevo. Ahora que me has obligado a decírtelo, puedes sugerirme tú mismo otro regalo, porque ése ya no sirve.

Ernesto reflexionó; recordó que en efecto había percibido en aquella mirada de la joven una cierta intención dadiva, si me permiten este adjetivo obsoleto; toda su cólera se trocó en una sonrisa amable y contrita, y el enojo no progresó.

Días después, un domingo, sentados los dos en la sala, y un hijo de Vieira asomado a la ventana, los enamorados fueron interrumpidos por el pequeño, que bajó gritando:

—¡Ahí viene él! ¡Ahí viene él!

—¿El quién? —dijo Ernesto sintiendo que se le resquebrajaba el corazón.

Se asomó a la ventana: era el rival.

Apareció muy a tiempo el tío de Rosina; una tempestad inminente se adivinaba ya en el rostro de Ernesto.

Después de un momento entró en la sala el joven de la nariz larga, quien, al ver a Ernesto, pareció sonreír maliciosamente. Ernesto cerró los puños; sus ojos, de haber sido puñales, hubiesen cometido dos asesinatos en aquel mismo instante. Se contuvo, sin embargo, para poder observarlos mejor. Rosina no parecía prestar al otro ninguna atención de carácter especial; lo trataba cortésmente, y eso era todo. El ánimo de Ernesto se fue calmando poco a poco, y al cabo de una hora el joven había vuelto a su habitual estado de bienaventuranza.

No advirtió sin embargo las miradas desconfiadas que el joven de la nariz larga le lanzaba de vez en cuando. La sonrisa maliciosa había desaparecido de los labios del contable. La sospecha se le entró en el espíritu al ver la manera indiferente, o casi, con que lo trataba Rosina, no bastándole para tranquilizarse el ver que de igual modo trataba al otro pretendiente.

—¿Será seriamente un rival? —pensaba el joven de la nariz larga.

En la primera ocasión que encontró para cambiar dos palabras con la muchacha, sin testigos, que sólo pudo ser al día siguiente, le habló de esa desconfianza que le había obscurecido el espíritu hasta entonces de color de rosa. Rosina rió alegremente —con una de esas risas que llevan la convicción hasta el fondo de un alma—, y el joven de la nariz larga juzgó un asunto de dignidad personal el desistir de tan absurda sospecha.

—Ya te lo he dicho: bien quisiera él que yo lo aceptara, pero pierde su tiempo: yo tengo una sola cara y un solo corazón.

—¡Ah! ¡Rosina, eres un ángel!

—¡Ojalá lo fuera!

—Un ángel, sí —insistió el joven de la nariz larga—, y espero que muy pronto pueda al fin llamarte mi esposa.

Los ojos de la muchacha brillaron de alegría.

—Sí, continuó el enamorado; de aquí a dos meses estaremos casados...

—¡Ah!

—Es decir, si...

Rosina palideció.

—¿Es decir? —repitió.

—Es decir, si el señor Vieira lo aprueba...

—¿Por qué no ha de hacerlo? —dijo la muchacha reponiéndose del susto que acababa de recibir—; él sólo desea mi felicidad; y el casamiento contigo sería mi mayor felicidad. Aun suponiendo que se opusiera a los impulsos de mi corazón, basta con que yo lo quiera para que nuestros deseos se realicen. Pero tranquilízate; mi tío no pondrá ningún obstáculo.

El joven de la nariz larga continuó contemplando a su amada durante algunos minutos sin decir palabra; dos cosas le admiraban: la fortaleza de alma de Rosina y el amor que le concedía. Al fin, ella rompió el silencio.

—¿Entonces, dentro de dos meses?

—Así será, a menos que la suerte me sea adversa.

—¿Y por qué habría de serlo?

—¿Quién lo sabe? —respondió el joven de la nariz larga con un suspiro de duda.

Tras esta perspectiva de felicidad, la balanza en que se pesaban las esperanzas de Ernesto comenzó a inclinarse un poco. Veía que las cartas de Rosina iban escaseando, y en las pocas que aún recibía de ella la pasión era menos intensa, las frases más estudiadas, rígidas y frías. Cuando estaban juntos había menos intimidad expansiva; se dijera que su presencia la inhibía. Ernesto empezó a pensar seriamente que la batalla estaba perdida.

Infelizmente, la táctica de este enamorado consistía en preguntar a la propia dama si sus sospechas eran fundadas, a lo que ella respondía vivamente que no, y esto bastaba para tranquilizar el espíritu del galán. No duraba mucho su sosiego; el laconismo epistolar de Rosina, la frialdad de sus maneras, la presencia del otro, todo ello ensombrecía el ánimo de Ernesto. Pero con la misma rapidez con que caía en el abismo de la desesperanza ascendía a las regiones de la celestial ventura, mostrando así su auténtica naturaleza —la de un alma inconsistente y pasiva—, llevada como hoja de árbol, al vaivén de todos los vientos.

Entretanto, era cada vez más difícil que la verdad no le entrase por los ojos. Un día notó que, añadida a la sospechosa afectuosidad de Rosina, había del lado del tío una especial deferencia para con su rival. No se engañaba; a pesar de que el nuevo pretendiente no había pedido aún formalmente la mano de la muchacha, el señor Vieira lo miraba ya casi como a un nuevo sobrino, que además, tratándose de un hombre dedicado al comercio, resultaba en opinión del tío un candidato ejemplar.

Desisto de pintar los desesperos, los terrores, las imprecaciones de Ernesto el día en que la certidumbre de la más honda derrota se le clavó en el corazón. No le bastaron ya las negativas de Rosina, que le parecían ya débiles, y en efecto lo eran. El apesadumbrado joven llegó a pensar que, acaso, la amada y el rival se habían puesto de acuerdo para burlarse de él.

Por lo general, es regla de nuestra miserable condición que el amor propio sea más fuerte que el simple amor. Así pues, cuando aquella sospecha le pareció un hecho real, se apoderó de él una feroz indignación, y dudo que ningún quinto acto de melodrama ostente mayor cuota de sangre derramada que la vertida por él en la imaginación. En la imaginación, apenas, compasiva lectora, no sólo porque él era incapaz de hacer mal a un semejante, sino ante todo porque era de todo punto contrario a su naturaleza el poder tomar decisión alguna. Por tal motivo, después de mucho y largo meditar, confió todos sus pesares y sospechas a su compañero de residencia, y le pidió un consejo; Jorge le dio dos.

—Mi opinión —dijo—, es que te olvides de ella y te dediques a trabajar, que es cosa más seria.

—¡Nunca!

—¿Nunca trabajar?

—No; nunca olvidarla.

—Bien —dijo Jorge desabrochándose la bota del pie izquierdo—, en ese caso enfréntate a ese sujeto del que desconfías, y habla francamente con él.

—¡Acepto! —exclamó Ernesto—; tal vez sea lo mejor. Pero —continuó luego de

reflexionar un instante—, y si resulta que no es él rival, después de todo, ¿Qué haré? ¿Cómo descubrir si hay otro?

—En ese caso —dijo Jorge extendiéndose filosóficamente en el sofá—, en ese caso mi consejo es que tú, él y ella, se vayan todos juntos al infierno, y que el diablo se los lleve.

Ernesto hizo caso omiso de la blasfemia, se vistió y salió.

## V

APENAS salió a la calle, Ernesto enfiló hacia la casa de comercio en donde trabajaba el joven de la nariz larga, resuelto a pedirle de una vez por todas una explicación. Dudó un poco, es cierto, y hasta estuvo a punto de devolverse; pero la crisis era tan violenta que le hizo sobreponerse a esa vacilación, y veinte minutos después llegaba a su sitio de destino. No entró en la oficina del rival; púsose a pasear de un lado para otro, a la espera de que saliese, lo cual sucedió a los tres cuartos de hora; tres imposibles y mortales cuartos de hora.

Ernesto se acercó "casualmente" a su rival; se saludaron con una sonrisa mezquina y amarilla, y se miraron durante algunos segundos. Ya el contable estaba quitándose el sombrero en ademán de despedida, cuando Ernesto le preguntó:

—¿Piensa pasar hoy por la Calle del Conde?

—Tal vez

—¿A qué hora?

—No lo sé todavía. ¿Por qué?

—Podríamos ir juntos. Yo iré a las ocho.

El joven de la nariz larga no contestó.

—¿Hacia dónde se dirige ahora? —preguntó Ernesto luego de un corto silencio.

—Voy al Paseo Público, siempre y cuando usted no tenga la misma idea —respondió resueltamente el rival.

Ernesto palideció.

—¿Trata de evitarme?

—Sí, señor.

—Pues yo no; hasta quiero tener una conversación con usted. Espere... no me dé la espalda. Sepa que yo también soy osado, y menos de boca que de obra. Vamos, déme el brazo y caminemos hasta el Paseo Público.

El joven de la nariz larga sintió el impulso de enfrentarse al rival y medirle las fuerzas; pero estaban en una calle de comercio; todo su futuro volaría por los aires. Prefirió voltearle la espalda y seguir su camino. Ya estaba en ésas, cuando Ernesto le gritó:

—¡Venga acá, enamorado sin ventura!

El pobre joven se dio vuelta rápidamente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Enamorado sin ventura —repitió Ernesto clavando los ojos en el rostro del rival, intentando descubrir en él la sombra de alguna confesión.

—Es singular, —replicó el joven de la nariz larga—, es singular que usted me tilde de enamorado sin ventura, cuando nadie ignora el triste papel que ha hecho tratando de obtener los favores de una mujer que es mía...

—¡Suya!

—¡Mía!

—Nuestra, digo yo...

—¡Señor!

El joven de la nariz larga se aprestó a largar un puñetazo; la seguridad y tranquilidad

con que Ernesto lo miraba le hicieron cambiar de idea. ¿Diría la verdad? ¿Esa joven, que tanto amor le juraba, a quien pensaba desposar en poco tiempo, pero de quien alguna vez había desconfiado, habría otorgado verdaderamente a aquel hombre el derecho de llamarla suya? Esta simple interrogación lo perturbó de tal modo, que permaneció cerca de dos minutos contemplando en silencio a Ernesto, mientras éste lo contemplaba a él de igual modo.

—Lo que acaba de decir es muy grave; exijo una explicación.

—Igual cosa le exijo yo a usted —respondió Ernesto.

—Vamos al Paseo Público.

Iniciaron el camino, al principio silenciosos, no sólo porque la situación era embarazosa de por sí, sino también porque cada uno de ellos temía escuchar una cruel revelación. La conversación empezó con monosílabos y frases truncadas, pero poco a poco fue haciéndose natural y correcta. Todo lo que los lectores saben ya del uno y del otro fue expuesto allí por ambos, y por ambos oído con sentimientos de aflicción y cólera.

—Si todo cuanto ha dicho usted es verdad —observó el joven de la nariz larga mientras bajaba por la Calle de las Marrecas—, la conclusión es que hemos sido engañados...

—Vilmente engañados —corrigió Ernesto.

—En lo que a mí concierne —volvió el primero—, recibo con esto un gran golpe porque la amaba mucho, y quería hacerla mi esposa, lo cual iba a suceder muy pronto. La suerte hizo que usted me avisase a tiempo...

—Tal vez se me pueda censurar este paso que he dado; pero el resultado que vamos a lograr lo justifica todo. No crea por eso que padezco menos... ¡yo amaba locamente a aquella mujer!

Ernesto dijo estas palabras con tal emoción, que resonaron también en el corazón del otro, y ambos permanecieron algún tiempo callados, rumiando a solas el dolor y la humillación.

Ernesto rompió el silencio, soltando un amarguísimo suspiro, en el momento en que entraban en el paseo. Sólo el guardián del parque alcanzó a escucharlo; el joven de la nariz larga se hallaba resolviendo en su conciencia una difícil duda.

—¿En verdad debo condenar con tanta ligereza a Rosina? —se preguntaba a sí mismo—. ¿No será este sujeto un pretendiente vencido que ha inventado este recurso para alejarme de ella?

El rostro de Ernesto no parecía dar razón a las conjeturas del rival; no obstante, como el asunto era grave y no resultaba sensato guiarse por las apariencias, el joven de la nariz larga abrió de nuevo el capítulo de las revelaciones, cosa en la que Ernesto lo secundó. Todas ellas iban concordando entre sí; los incidentes y los gestos que alguno de ellos recordaba, hallaban eco inmediato en la memoria del otro. Sin embargo, el hecho decisivo fue la aparición de sendas cartas que ambos guardaban casualmente en el bolso. El texto de las dos dejaba ver que eran recientes; las expresiones de ternura no sonaban igual porque, como sabemos, Rosina había ido enfriando el tono de sus epístolas a Ernesto; pero la comparación bastaba para dar al joven de la nariz larga el golpe de gracia.

—Despreciémosla —dijo, cuando terminó de leer la carta del rival.

—¿Sólo eso? —preguntó Ernesto—. ¿El simple desprecio será suficiente?

—¿Qué venganza podríamos aplicarle? —objetó el joven de la nariz larga—. Aunque pudiéramos pensar en algo, no sería digno de nosotros...

Calló; pero luego, ante una idea que le vino de pronto, exclamó:

—¡Ah! ¡Se me ocurre un modo!

—¿Cuál?

—Enviémosle ambos una carta de rompimiento, pero cuidando que sean cartas semejantes.

La idea alegró en algo el ánimo de Ernesto, que parecía acaso más humillado que el otro, y se marcharon juntos a redactar la carta fatal.

Al día siguiente, después del almuerzo, estaba Rosina muy tranquila en casa, lejos de imaginar el golpe que la esperaba, y hasta haciendo planes para un futuro que giraba en torno



al joven de la nariz larga, cuando un criado fue a llevarle las dos cartas.

—Amita Rosina —dijo—, esta carta es del señor Ernesto; y esta...

—¿Cómo es eso? —dijo la muchacha—. Los dos...

—No —explicó el criado—. Uno estaba en la esquina de arriba, el otro en la esquina de abajo.

Y haciendo sonar en el bolsillo algunas monedas que los rivales le habían dado, el criado dejó a su ama a solas con las dos misivas. La primera que abrió fue la de Ernesto. Decía así: "¡Señora! Hoy que tengo ya certeza de su perfidia, certeza que ya nada puede arrancar de mi alma, me tomo la libertad de decirle que desde ahora está usted libre y yo rehabilitado. Basta de humillaciones. Confié en usted hasta que me fue imposible seguirme engañando. Ahora... ¡Adiós para siempre!"

Rosina se encogió de hombros al leer esta carta. Abrió rápidamente la del joven de la nariz larga. Leyó: "Señora: hoy que tengo ya certeza de su perfidia, certeza que ya nada puede..."

A medida que leía, crecía su sorpresa. Los dos se despedían; los dos, con frases casi idénticas. Claramente, los dos se habían sincerado entre sí. No había remedio posible; ¡todo estaba perdido!

Rosina no solía llorar. A veces se frotaba los ojos, para enrojecerlos, y mostrar así a algún enamorado que la había hecho sufrir. Esta vez, no obstante, lloró de verdad; no de amargura, sino de rabia. Triunfaban los dos rivales; ambos se marchaban, pero antes, de común acuerdo, le propinaban el último golpe. No había modo de defenderse; se le inundó el alma de desesperación. Por desgracia, no veía en el horizonte el más leve asidero. El primo a quien aludimos en un capítulo anterior, andaba en proyectos con otra joven, y proyectos ya casi conyugales. Ella misma se había descuidado durante los últimos treinta días, dejando sin respuesta algunas miradas suplicantes. Estaba pues abandonada de Dios y de los hombres.

No; le quedaba aún un recurso.

## VI

UN MES después de aquel desastre, se hallaba Ernesto en casa dialogando con el compañero y otros dos amigos —uno de los cuales era el joven de la nariz larga—, cuando oyó de pronto un batir de palmas. Se asomó a la escalera; era el criado de la Calle Nueva del Conde.

—¿Qué quieres? —dijo con aire severo, sospechando que viniese a pedirle dinero.

—Vengo a traerle esto —dijo el criado en voz baja.

Y sacó del bolsillo una carta que entregó a Ernesto.

El primer impulso de éste fue rechazar la carta y sacar al criado a puntapiés; pero el corazón le avisó "algo", como él mismo confesaría luego. Extendió la mano, recibió la esquila, la abrió y leyó.

Decía así:

"Una vez más sufro tus injusticias. Estoy cansada de llorar. No puedo seguir viviendo bajo la opresión de una calumnia. ¡Ven, o me muero!"

Ernesto se restregó los ojos; no podía dar crédito a lo que acababa de leer. ¿Sería un nuevo ardid, o una confesión verdadera? Podía ser ardid; pero Ernesto observó mejor el papel, y creyó encontrar el rastro de una lágrima. En realidad, la muchacha había llorado. Pero si había llorado era porque sufría; y en ese caso...

En éstas y otras reflexiones gastó Ernesto cerca de diez minutos. No sabía qué actitud tomar. Acudir al llamado de Rosina significaba olvidar la perfidia que ella había mostrado al amar a otro, a quien incluso escribía cartas de amor. Pero no ir, podría contribuir a la muerte

de una criatura que, aun cuando no mereciese su amor, merecía sí un sentimiento de humanidad.

—Dile que iré después —dijo por fin Ernesto.

Al volver a la sala la expresión de su rostro había cambiado. Sus amigos lo advirtieron y procuraron descubrir la causa.

—Algún acreedor —decía uno.

—Le negaron algún dinero —añadía el otro.

—Un romance nuevo —opinaba el compañero de residencia.

—Puede que sea un poco de todo eso —respondió Ernesto con un aire que quería ser alegre.

Por la tarde se dirigió a la casa de la Calle del Conde. Diez o doce veces se detuvo con la idea de devolverse; pero un esfuerzo de reflexión le calmaba los escrúpulos, y proseguía su camino.

—Hay en esto algún misterio —se decía releendo la carta—. Lo que me contó el otro no era mentira; hasta me leyó varias cartas; no hay duda posible. Rosina es culpable; me engañó; decía que sólo me amaba a mí, y lo mismo le decía a él. Pero, ¿por qué esta carta? Si amaba al otro, ¿por qué no le escribe? Investiguemos todo esto.

La última vacilación de nuestro digno amigo surgió al llegar a la Calle Nueva del Conde; en ese momento experimentó las mayores dudas. Diez minutos invirtió en avances y retrocesos, sin acabar de decidirse. Finalmente se entregó a la suerte y siguió resueltamente la senda que el destino parecía indicarle.

Cuando llegó a la casa de Vieira, halló a Rosina en la sala con la tía. La muchacha hizo un gesto de alegría; pero, según creyó ver Ernesto, la alegría no alcanzaba a disimularle los surcos de las lágrimas. Lo que sin duda es cierto es que un velo de melancolía parecía envolver los ojos traviosos de la bella Rosina. Ni siquiera merecían ya el nombre de traviosos; estaban desmayados o muertos.

—¡Oh! ¡Se advierte su inocencia! —dijo Ernesto para sí mismo.

Pero al instante, arrepentido de opinión tan benévola, y recordando las revelaciones del joven de la nariz larga, asumió un aire severo y grave, menos de enamorado que de juez, menos de juez que de verdugo.

Rosina clavó los ojos en el suelo.

La tía preguntó a Ernesto la causa de una ausencia tan prolongada. El joven adujo el exceso de trabajo y algún achaque, esas disculpas comunes que alega todo hombre sin disculpa. Después de algunas frases de circunstancia, la señora salió de la sala con cualquier pretexto, no sin antes ordenar con disimulo al sobrino pequeño que se quedase haciéndoles compañía. Felizmente, el niño se trepó a una silla y dedicó su atención a mirar por la ventana; los dos jóvenes tuvieron tiempo de explicarse.

La situación era incómoda; pero no había tiempo que perder. Rosina lo sabía, y rompió el silencio con estas palabras:

—¿No tienes remordimientos?

—¿De qué? —preguntó Ernesto espantado.

—De lo que me hiciste

—¿Yo?

—Tú, sí, abandonándome sin una explicación. La causa, creo que la adivino; alguna nueva sospecha, o tal vez alguna calumnia...

—Ni calumnia, ni sospecha —dijo Ernesto después de un momento de silencio—. Sólo la verdad.

Rosina sofocó un grito; sus labios pálidos y trémulos quisieron murmurar alguna palabra, pero no pudieron hacerlo; de sus ojos brotaron dos grandes lágrimas. Ernesto no soportaba verla llorar; por más razones que le asistieran, al ver surgir sus lágrimas se ablandaba y le suplicaba perdón. Esta vez, sin embargo, resultaba imposible volver tan rápidamente al antiguo estado de cosas. Las revelaciones del rival estaban aún frescas en su memoria.

Se acercó, sin embargo, a la muchacha, pidiéndole que no llorara.

—¡Que no llore! —dijo ella con voz lacrimosa—. Me pides que no llore cuando veo que la felicidad huye de mi lado, sin poder merecer siquiera tu respeto, porque me desprecias; sin conocer siquiera la calumnia de que he sido víctima, para negarla o desenmascararla...

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Ernesto con calor—. ¿Eres capaz de destruir esa calumnia?

—Lo soy —dijo ella con un magnífico gesto de dignidad.

Ernesto le contó entonces la conversación que había sostenido con el joven de la nariz larga, y concluyó habiéndole de la carta de ella que aquél le había mostrado. Rosina oía en silencio la narración; su pecho se agitaba, y era visible la conmoción de su ánimo. Cuando el joven terminó, ella se estremeció en un torrente de lágrimas.

—¡Dios del Cielo! —dijo Ernesto en voz baja—, pueden oírte.

—No me importa —exclamó la muchacha—, estoy dispuesta a todo...

—Pero dime, ¿puedes negar acaso lo que acabo de contarte?

—Todo, no; algo hay de verdad —respondió ella con voz triste.

—¡Ah!

—La promesa de casamiento es mentira; sólo existen dos cartas, dos apenas, y eso... por tu culpa...

—¡Por mi culpa! —exclamó Ernesto tan asombrado como si estuviese viendo volar una de las lámparas de la sala.

—Sí —repitió ella—, por tu culpa. ¿Acaso no recuerdas? Te habías enojado conmigo, y yo... fue una locura... para hacerte sufrir, para vengarme... ¡Qué locura!... me dejé cortejar por aquel hombre sin educación... fue demencia mía, bien lo veo... pero, ¿qué quieres? estaba despechada...

Ernesto se sintió hondamente conmovido ante las explicaciones de la muchacha. Para él estaba claro que Rosina había de negarlo todo, si sintiese que había obrado con mala intención; hubiese dicho que la carta era falsa, que habían imitado su letra. Pero no: lo confesaba todo con la más noble y escueta sinceridad; sólo que —y en esto radicaba la clave de la situación—, la muchacha explicaba a qué impulso de despecho había cedido, mostrando así, si podemos comparar el corazón con un pastel, debajo de una cubierta de liviandad la levadura del amor.

Transcurrieron en silencio algunos segundos, con la muchacha, fijos los ojos en el suelo, en la más triste y melancólica actitud que jamás haya tenido una doncella arrepentida.

—¿Pero, no pensaste que ese acto de locura podía causarme la muerte? —dijo al fin Ernesto.

Rosina se estremeció al oír estas palabras, que Ernesto pronunciaba con la voz más dulce de los antiguos días; alzó los ojos hacia él y volvió a posarlos en la alfombra.

—Si hubiera pensado en eso —dijo ella— no habría hecho nada de lo que hice.

—Ha de ser verdad —pensaba Ernesto, pero, llevado de un mal espíritu de venganza, consideró que la liviandad de la joven merecía ser castigada con algunos minutos más de dudas y reproches.

La joven debió escuchar aún muchas recriminaciones de Ernesto, y a todas respondió con un aire tan contrito y con palabras tan llenas de amargura, que nuestro enamorado sintió aflorar las lágrimas a sus ojos. Los de Rosina estaban ya más tranquilos, y la limpidez comenzaba a desplazar en ellos el velo melancólico de antes. La situación volvía a ser casi igual a la de unos meses atrás; sólo quedaba consolidarla con el pasar del tiempo. No obstante, Rosina dijo:

—No pienses que te pido más de lo que merezco. Sé que soy digna de castigo, y estoy perfectamente resignada. Te pedí que vinieses porque quería saber la causa de tu silencio; por mi parte, pude explicarte mi desvarío. No puedo ambicionar nada más...

—¿No puedes?

—No. Todo lo que quiero es que no me juzgues indigna de tu afecto.

—¿Y por qué no de mi amor? —preguntó Ernesto—. ¿Crees acaso que el corazón

puede apagar de repente, y por un simple esfuerzo de voluntad, la llama que lo avivó por tanto tiempo?

—¡Ah! ¡No, eso es imposible! —respondió la muchacha—; y por mi parte sé bien cuánto voy a padecer...

—Para ser sinceros —dijo Ernesto—, la culpa de todo fue mía, francamente lo confieso. Los dos debemos perdonarnos uno al otro; yo perdono tu ligereza; ¿me perdonas tú mi enojo?

A menos que tuviera un corazón de bronce, no podía Rosina negar el perdón que su enamorado le pedía. La generosidad fue mutua. Como en la parábola del hijo pródigo, las dos almas festejaron aquel renacer de felicidad, y se amaron con más fuerza que nunca.

Tres meses después, bien contados, se celebró en la iglesia de Santa Ana la boda de los dos enamorados. La novia estaba radiante de ventura; el novio parecía respirar los aires del paraíso celestial. El tío de Rosina dio una fiesta a la que asistieron todos los amigos de Ernesto, con excepción del joven de la nariz larga.

No significaba esto que la amistad entre los dos se hubiese enfriado. Por el contrario, el rival de Ernesto reveló cierta magnanimidad, estrechando aún más los lazos que los unían desde la singular circunstancia que terminó por aproximarlos. No sólo eso: dos años después del casamiento de Ernesto, podemos verlos asociados en un pequeño negocio, reinando entre los dos la más tranquila intimidad. El joven de la nariz larga es el padrino de un hijo de Ernesto.

—¿Por qué no te casas? —pregunta a veces Ernesto a su socio, amigo y compadre.

—Nada, amigo mío —responde el otro—. Lo que soy yo, muero soltero.\*

---

\* De *Historias de Medianoche*.

**EL ESPEJO****ESBOZO DE UNA NUEVA TEORÍA  
SOBRE EL ALMA HUMANA**

CUATRO o cinco caballeros debatían, una noche, varias cuestiones de alta trascendencia, sin que la disparidad de opiniones trajese la menor alteración a los espíritus. La casa quedaba en el cerro de Santa Teresa, la sala era pequeña, alumbrada con velas cuya luz se fundía misteriosamente con la claridad lunar que llegaba de afuera. Entre la ciudad, con sus agitaciones y aventuras, y el cielo, donde las estrellas titilaban en una atmósfera límpida y tranquila, se hallaban nuestros cuatro o cinco investigadores de asuntos metafísicos, resolviendo amigablemente los más arduos problemas del universo.

¿Por qué cuatro o cinco? En rigor, eran cuatro los que hablaban; pero, además de ellos, había también en la habitación un quinto personaje, callado, pensativo, a ratos somnoliento, cuya participación en el debate se limitaba a uno que otro murmullo de aprobación. Tenía la misma edad que sus compañeros, entre cuarenta y cincuenta años; era de origen provinciano, dueño de regular fortuna, inteligente, no sin instrucción, y, por lo que parece, astuto y cáustico. No discutía nunca; y justificaba esa actitud con una paradoja, diciendo que la discusión era la forma sofisticada del instinto agresivo que late en el hombre como una herencia bestial; y agregaba que los serafines y los querubines jamás polemizaban y eran sin duda la más perfecta imagen de perfección espiritual y eterna. Como dijese lo mismo aquella noche, uno de los presentes se mostró en desacuerdo, y lo desafió a probar su afirmación, si era capaz de hacerlo. Jacobina (ése era su nombre) reflexionó un instante, y respondió:

—Pensándolo bien, tal vez usted tenga razón.

Y sucedió así que, a mitad de la noche, el introvertido personaje tomó el uso de la palabra, y no por dos o tres minutos, sino por más de treinta o cuarenta. A través de los giros de la conversación se había llegado al tema de la naturaleza del alma, punto que dividió radicalmente las opiniones de los cuatro amigos. Cada uno sentenciaba algo diferente; no sólo un posible acuerdo, sino el diálogo en sí se tornó casi imposible por la variedad de cuestiones en que fue ramificándose el tema principal; también en parte, tal vez, por la inconsistencia de los pareceres; uno de los argumentadores pidió a Jacobina alguna opinión —una conjetura, al menos.

—Ni conjetura ni opinión —respondió éste—; una u otra puede dar lugar a divergencias, y, como bien saben ustedes, yo no discuto. Ahora, si aceptan guardar silencio, puedo contarles un episodio de mi propia vida, del cual surge la más clara demostración del asunto que se debate. En primer lugar, no hay una sola alma, hay dos...

—¿Dos?

—Ni una menos. Cada criatura humana tiene dos almas: una que mira desde adentro hacia afuera, otra que mira de fuera hacia adentro... Espántense si quieren; pueden sentirse asombrados o encogerse de hombros a su gusto. Pero no me interrumpen; si alguien llega a interrumpirme, termino mi cigarro y me voy a dormir. El alma exterior puede ser un espíritu, un fluido, un hombre, muchos hombres, un objeto, un acto. Hay ocasiones, por ejemplo, en que un simple botón de camisa es el alma exterior de una persona; y de igual modo la polca, el tresillo, un libro, una máquina, un par de botas, una cavatina, un tambor, etcétera. Está claro que el oficio de esa segunda alma es transmitir vida, al igual que la primera; las dos completan al hombre, que es, metafísicamente hablando, una naranja. Aquél que pierde una de las dos mitades, pierde naturalmente media existencia; y hay más de un caso en que la pérdida del

alma exterior supone la existencia entera. Shylock<sup>1</sup>, por ejemplo: el alma exterior de aquel judío eran sus ducados; perderlos equivalía a morir. "Nunca más veré mi oro" dice él a Tubal; "es un puñal que me entierras en el corazón". Observen bien la frase; la pérdida de los ducados, alma exterior, era para él la muerte misma. Ahora bien, es preciso advertir que el alma exterior no se mantiene siempre igual...

—¿No?

—No, señor. Cambia de naturaleza y de estado. No aludo a ciertas almas absorbentes, como la patria, con la cual decía Camoens que moría,<sup>2</sup> o el poder, que fue el alma exterior de César y de Cromwell. Son éstas almas enérgicas y exclusivas; pero hay otras, si bien también enérgicas, de naturaleza mudable. Existen caballeros, por ejemplo, cuya alma exterior en la infancia fue un trompo o un caballito de palo, y más tarde una jefatura de cofradía, pongamos por caso. Sé de una señora —gentilísima, en verdad— que cambia de alma exterior cinco o seis veces al año. Durante la temporada lírica es la ópera; al término de la temporada, el alma exterior se convierte en otra: un concierto, un baile del Casino, la Calle del Oidor, Petrópolis...

—Perdón; ¿quién es esa señora?

—Esa señora es parienta del diablo, y tiene su mismo nombre. Se llama... Y bien, hay muchos casos similares a éste. Yo mismo he experimentado tales cambios. No hablo de ellos, porque me extendería demasiado; quiero limitarme al episodio que ahora mencioné. Sucedió cuando tenía veinticinco años...

Los cuatro compañeros, ansiosos de escuchar el relato anunciado, se olvidaron de la controversia. ¡Santa curiosidad! No sólo eres el alma de la civilización; eres también la manzana de la concordia, fruta divina, bien distinta de aquella otra manzana mitológica. La habitación, hasta hace un momento retumbando de físicas y metafísicas, es ahora un mar muerto; todos los ojos están fijos en Jacobina, quien prepara la punta de su cigarro mientras reagrupa los recuerdos. He aquí pues cómo comenzó la narración:

—Tenía veinticinco años, era pobre, y acababa de ser nombrado alférez de la guardia nacional. No puedo describir la alegría que despertó en casa ese nombramiento. ¡Mi madre estaba tan orgullosa! ¡Tan feliz! Me decía su alférez. Todos los parientes, primos y tíos, estaban contentos y complacidos. En el pueblo donde vivíamos, hay que decirlo, hubo algunos envidiosos; llantos y crujir de dientes, como en la Biblia. Y el motivo no era otro distinto al creciente número de aspirantes a aquel puesto. Supongo también que parte del resentimiento fue completamente gratuito: nació de la distinción en sí misma. Recuerdo que más de un amigo me miró de mal modo durante algún tiempo. En compensación, hubo muchas personas que se alegraron con el nombramiento; prueba de ello es que todas las prendas del uniforme me fueron obsequiadas por amigos... A todas éstas supe que una de mis tías, doña Marcolina, viuda del capitán Pezanha que vivía distante del pueblo, en una granja apartada y solitaria, deseaba verme, y me pedía que fuese a visitarla y llevase el uniforme. Fui, acompañado de un paje, que debió regresar solo al pueblo pues la tía, apenas me vio en su casa, escribió a mi madre diciéndole que no me dejaría partir antes de un mes, por lo menos. ¡Y cómo me abrazaba! Me llamaba también su alférez. Decía que yo era un verdadero buen mozo. Como era un tanto bromista, llegó a confesarme que sentía envidia de mi futura esposa. Juraba que en toda la provincia no había otro mejor que yo. Y a cada instante alférez: alférez para acá, alférez para allá, alférez a toda hora. Yo le pedía que me llamase Juanito, como siempre; y ella movía la cabeza, exclamando que no, que yo era ahora "el señor alférez". Un cuñado suyo, hermano del difunto Pezanha, que vivía con ella, tampoco me nombraba de otro modo. Era "el señor alférez", no por broma, sino muy en serio; y en presencia de los esclavos, que naturalmente empezaron a darme el mismo tratamiento. El mejor sitio en la mesa era para mí, y se me servía antes que a todos. No pueden ustedes imaginarse aquello. Si les contara que el entusiasmo de la

<sup>1</sup> Protagonista de *El Mercader de Venecia*, de Shakespeare. (Nota del traductor)

<sup>2</sup> Alude a una frase atribuida a Luis de Camoens, supuestamente pronunciada poco antes de su muerte en 1580. (Nota del traductor)

tía Marcolina llegó al punto de mandar instalar en mi cuarto un gran espejo, objeto rico y magnífico que discordaba con el resto de la casa, cuyo mobiliario era modesto y sencillo... Era un espejo que le había regalado la madrina, y que ésta había heredado de la madre, quien a su vez lo había comprado a una de las damas venidas en 1808 con la corte de D. João VI. No sé cuán cierto sería aquello; pero la historia hacía parte de la tradición de la familia. El espejo, como es de suponer, dejaba ver sus muchos años; pero conservaba el oro, roído a trechos por el tiempo, unos delfines tallados en los ángulos superiores de la moldura, unas aplicaciones de madreperla y otros caprichos del artista. Todo viejo, pero noble...

—¿Era un espejo grande?

—Grande. Y el gesto era de verdad una enorme gentileza, porque el espejo estaba antes en el salón principal; era el objeto máspreciado de la casa. Con todo y eso, no hubo modo de hacer desistir a mi tía de su propósito; respondía que el espejo no prestaba ningún servicio donde estaba, que era sólo por algunas semanas, y finalmente que “el señor alférez” merecía eso y mucho más. Lo cierto del caso es que todas esas atenciones, cariños, obsequios, produjeron en mí una transformación; transformación que los sentimientos propios de la juventud contribuyeron a desarrollar y completar. ¿Comprenden lo que digo?

—La verdad...

—El alférez sustituyó al hombre. Por algún tiempo las dos naturalezas estuvieron en equilibrio, pero muy pronto la primera cedió paso a la otra: sólo quedó en mí una parte mínima del hombre. Sucedió entonces que el alma exterior, que antes de aquello era el sol, el aire, el campo, los ojos de las muchachas, cambió de naturaleza, y pasó a ser la cortesía y las adulaciones de la casa, todo lo que hablaba del cargo y nada de lo que me hablaba del hombre. La única parte de ciudadano que quedó en mí fue aquella que se relacionaba con el nombramiento; el resto se dispersó en el aire y en el pasado. Sé que es difícil de creer, ¿verdad?

—Hasta es difícil de entender —respondió uno de los oyentes.

—Ya lo entenderán. Los hechos darán luz a los sentimientos, los hechos lo son todo. La mejor definición del amor no vale lo que un solo beso de la mujer amada, y, si no recuerdo mal, un filósofo explicó caminando la noción del movimiento. Vamos pues a los hechos. Mirad cómo, al mismo tiempo que la conciencia del hombre se apagaba, la del alférez se hacía viva e intensa. Los dolores y las alegrías humanas apenas si merecían de mí una compasión apática o una sonrisa de circunstancias. Al cabo de tres semanas era otro, totalmente otro. Era exclusivamente alférez. Pues bien, un día recibió la tía Marcolina una noticia grave; una de sus hijas, casada con un agricultor residente a cinco leguas de allí, estaba al borde de la muerte. ¡Adiós, sobrino! ¡Adiós, Alférez! Era una madre dedicada, decidió viajar de inmediato; pidió al cuñado que fuese con ella, y a mí que me hiciese cargo de la granja. Supongo que, de no haber sido por la aflicción que la dominaba, hubiese dispuesto lo contrario: dejar al cuñado, viajar conmigo. Lo cierto es que quedé solo, con los pocos esclavos de la casa. Confieso que sentí una gran opresión, algo así como la sensación de estar encarcelado entre cuatro paredes, súbitamente erguidas en torno a mí. Era el alma exterior, que se encogía, reducida ahora a algunos espíritus oscuros. El alférez seguía dominando en mí, aunque la vida fuese menos intensa y la conciencia más débil. Los esclavos ponían un toque de humildad en sus cortesías, que de cierto modo sustituía el afecto de los parientes y la intimidad doméstica interrumpida. Advertí incluso que ya esa misma noche redoblaban sus respetos y atenciones para conmigo. Amito alférez a cada momento. Amito alférez es muy elegante; amito alférez va a llegar a coronel; amito alférez se casará con la hermosa hija de un general. Un concierto de alabanzas y profecías que me dejó pasmado. ¡Ah, pérfidos!, mal podía sospechar la intención secreta de aquellos malvados.

—¿Matarlo?

—Ojalá fuera eso.

—¿Algo peor?

—Escuchen. A la mañana siguiente me encontré solo. Los bellacos, seducidos por otros o por su propio riesgo, habían resuelto huir durante la noche; y así lo hicieron. Me encontré

solo, sin nadie a mi lado, entre cuatro paredes, frente a un campo vacío y unos cultivos abandonados. Ningún aliento humano. Recorrí toda la casa, la senzala,<sup>3</sup> las cercanías; nada, nadie, ni siquiera algún crío olvidado. Tan sólo las gallinas y los gallos, un par de mulas que filosofaban espantando las moscas, y tres bueyes. Hasta los perros habían sido hurtados por los esclavos. Ningún ser humano. ¿Les parece que esto era mejor que haber muerto? Era peor. No porque sintiera miedo; juro que no era así. No me faltaba osadía, la suficiente al menos para no sentir nada durante las primeras horas. Sentía pena por el daño causado a la tía Marcolina; también me encontraba algo perplejo, y no alcanzaba a decidir si debía ir en su busca, para darle la triste noticia, o quedarme haciéndome cargo de la casa. Opté por lo segundo, para no desamparar el lugar, y porque dar a mi tía la noticia en esas horas tan difíciles para ella, solamente serviría para aumentar su dolor de madre, sin objeto alguno. Esperé pues el regreso del cuñado, que debía producirse ese día o el siguiente, dado que habían salido hacia ya treinta y seis horas. Pero la mañana transcurrió sin rastro suyo, y a la tarde empecé a sentirme como alguien que ha perdido toda sensibilidad y toda conciencia de movimiento. El hermano del tío Pezanha no regresó aquel día, ni el otro, ni en toda la semana. Mi soledad adquirió proporciones enormes. Nunca hubo días más largos, nunca el sol abrasó la tierra con más terca obstinación. Las horas sonaban de siglo en siglo, en el viejo reloj del salón cuyo péndulo, *tic-tac, tic-tac*, me hería el alma interior, como un capirotazo continuo de eternidad. Cuando mucho después leí una poesía americana, creo que de Longfellow, y me encontré el famoso estribillo: *¡Never, for ever! — ¡For ever, never!*, les confieso que sentí un escalofrío al evocar aquellos días terribles. Era exactamente aquello lo que decía el reloj de mi tía Marcolina: *¡Never, for ever! — ¡For ever, never!* No eran golpes de péndulo, era un diálogo del abismo, un susurro de la nada. ¡Y por si fuera poco, era de noche! No quiero decir que la noche fuera más silenciosa. El silencio era igual en el día. Pero la noche era la sombra, era la soledad aún más estrecha o más ancha. *Tic-tac, tic-tac*. Ni un alma en los salones, en el balcón, en los corredores, en los campos, ni un alma en lugar alguno... ¿Se rien?

—Sí, parece que había algo de miedo..

—¡Ah, no! ¡Ojalá se tratara de miedo! Hubiera sido un modo de sentirme vivo. Pero lo característico de aquella situación era que ni siquiera podía sentir miedo, al menos el miedo como se entiende vulgarmente. Tenía una sensación inexplicable. Como si fuera un muerto que anda, un sonámbulo, un muñeco de cuerda.

Cuando dormía, era distinto. El sueño me traía alivio, no por aquello que se dice de que es el hermano de la muerte, sino por otra razón. Creo que puedo explicarlo de este modo: el sueño, eliminando la necesidad de un alma exterior, permitía la irrupción del alma interior. En sueños me vestía con orgullo el uniforme, rodeado de parientes y amigos que me elogiaban el porte, y me llamaban alférez; venía un amigo de nuestra casa y me prometía un grado de teniente; luego otro el de capitán o de mayor; y todo aquello me hacía sentir vivo. Pero al despertar, ya con la luz del día, se esfumaba junto con el sueño la conciencia de ser nuevo y único, porque el alma interior perdía su obrar exclusivo, y quedaba dependiendo de la otra, que se obstinaba en no regresar... Y no regresaba. Yo salía por ahí, a cualquier sitio, tratando de percibir alguna señal de regreso. *¿Soeur Anne, soeur Anne, ne vois-tu rien venir?* Nada, nada en absoluto; tal como dice la leyenda francesa. Apenas el polvo del camino y el pastizal de los cerros. Regresaba a la casa, nervioso, desesperado, me tiraba en el canapé de la sala. *Tic-tac, tic-tac*. Volvía a levantarme, paseaba, tamborileaba en los vidrios de las ventanas, silbaba. Alguna vez intenté el recurso de escribir algo, sobre cualquier tema, un artículo político, una novela, un poema; no elegí nada en concreto; me senté y tracé en el papel algunas palabras y frases sueltas, tratando de encontrar un estilo. Pero el estilo, como la tía Marcolina, no llegaba. *Soeur Anne; Soeur Anne...* Nada de nada. Lo único que conseguía era mirar el negro de la tinta y la blancura del papel.

<sup>3</sup> Casa anexa o cercana a la principal en las viejas haciendas brasileñas, que servía de vivienda para los esclavos. (Nota del traductor)



—¿Y no comía?

—Comía mal, frutas, harina, conservas, algunas raíces asadas al fuego; pero nada de esto me hubiera importado de no existir la terrible situación moral que me oprimía. Recitaba versos, discursos, pasajes latinos, liras de Gonzaga,<sup>4</sup> octavas de Camoens, décimas, una antología en treinta volúmenes. A veces hacía gimnasia; otras me pellizcaba las piernas; pero todo lo que conseguía era una sensación física de dolor o cansancio, y nada más. Sólo había silencio, un silencio vasto, enorme, infinito, apenas subrayado por el eterno *tic-tac* del péndulo. *Tic, tac, tic, tac...*

—En verdad era como para volverse loco.

—No han oído lo peor. Debo decir que, desde el momento en que me vi solo, no había vuelto a mirar el espejo. No lo hacía con deliberación, no tenía motivo para ello. Era un impulso inconsciente, un temor de verme uno y doble, al mismo tiempo, en aquella casa solitaria; y si tal explicación es verdadera, no existiría prueba más clara de la contradicción humana: pues al cabo de ocho días me entró el deseo de mirarme al espejo, justamente para verme doble. Miré y retrocedí. El propio vidrio parecía haberse conjurado con el resto del universo; no reflejaba la figura nítida y entera, sino apenas vaga, esfumada, difusa, sombra de sombra. La realidad de las leyes físicas me impide negar el hecho de que el espejo, sin duda, me reproducía fielmente, con todos los contornos y rasgos; así debió haber sido. Pero no fue ésa mi sensación. Tuve miedo; atribuí el fenómeno a la excitación nerviosa en que me hallaba; temí volverme loco si permanecía allí más tiempo. "Me largo de aquí", murmuré. Y levanté el brazo con un gesto de mal humor, y a la vez de decisión, mirando hacia el espejo; allí estaba el gesto, sí, pero disperso, deshilado, mutilado... Comencé a vestirme, mascullando en voz baja, tosiendo sin ganas de toser, sacudiendo la ropa con estrépito, haciéndome un lío con los botones, para decirlo de algún modo. De vez en cuando echaba un vistazo furtivo al espejo; la imagen seguía siendo aquella difusión de líneas, aquella descomposición de contornos... Seguí vistiéndome. De súbito, llevado de una inspiración inexplicable, de un impulso gratuito, se me ocurrió... Apuesto a que no lo adivinan ustedes...

—Dígalos por favor.

—Seguía mirando el espejo, con la obstinación de un desesperado, contemplando mis propias facciones desvaídas e incompletas, una nubosidad de líneas desarticuladas e informes, cuando me vino la idea... No, no son ustedes capaces de adivinar.

—Vamos, vamos, hable.

—Se me ocurrió vestir el uniforme de alférez. Así lo hice, prenda por prenda. Y, como me hallaba frente al espejo, alcé los ojos, y... no pueden figurárselo; el vidrio del espejo reflejó ahora la figura íntegra; ni una línea de menos, ni un contorno fuera de sitio; era yo mismo, el alférez, que encontraba al fin el alma exterior. Esa alma que se había marchado con la dueña de casa, que había huido con los esclavos, hela ahí de nuevo, rescatada en el espejo. Imaginad un hombre que, poco a poco, emerge de un letargo, abre los ojos sin ver, recobra después la visión, distingue las personas de los objetos, pero no puede individualizar los unos ni los otros; por fin puede saber que éste es fulano y aquél es mengano; aquí hay una silla, allí un sofá. Todo vuelve a ser lo que era antes del sueño. Pues es lo mismo que a mí me sucedió. Miraba el espejo, iba de un lado a otro, retrocedía, gesticulaba, reía, y el espejo lo registraba todo. No era más un autómatas, era un ente animado. De ahí en adelante fui otro. Cada día, a cierta hora, me vestía de alférez y me sentaba frente al espejo, leyendo, mirando, meditando; al cabo de dos o tres horas me desvestía otra vez. Con este régimen pude atravesar, sin sentirlos, seis días más de soledad...

Antes de que los otros pudieran reaccionar, el narrador había descendido las escaleras.\*

<sup>4</sup> Tomás Antonio Gonzaga, poeta luso-brasileño del siglo XVIII. (Noto del traductor)

\* De *Papeles sueltos*.

## LA CHINELA TURCA

OBSERVAD al licenciado Duarte. Acaba de componer el más tieso y correcto nudo de corbata que se diera en aquel año de 1850, y le anuncian en este momento la visita del mayor Lopo Alves. Advertid que es de noche, y son ya más de las nueve. Duarte se estremeció; tenía dos razones para hacerlo. La primera era que el mayor, y esto en cualquier circunstancia imaginable, era uno de los sujetos más cargantes de su tiempo. La segunda era que Duarte terminaba ahora de vestirse para ir a admirar en un baile la más fina cabellera rubia y los ojos más azules y pensativos que este clima nuestro, tan avaro en esos tesoros, hubiera producido jamás. Hacía una semana que se había iniciado aquel noviazgo. Su corazón, dejándose atrapar entre el giro de los vales, delegó en sus ojos, de color castaño, una declaración en regla que ellos transmitieron puntualmente a la muchacha, diez minutos antes de la cena, recibiendo favorable respuesta poco después del chocolate. Tres días más tarde estaba ya en camino la primera carta, y por el giro que llevaban las cosas no sería de extrañar que, antes de finalizar el año, estuviesen ambos camino de la iglesia. En estas circunstancias, la llegada de Lopo Alves era una verdadera calamidad. Viejo amigo de la familia, compañero de su difunto padre en el ejército, el mayor era sin duda merecedor de todos los respetos. Imposible no recibirlo o tratarlo con frialdad. Había por fortuna una circunstancia atenuante: el mayor estaba emparentado con Cecilia, la joven de los ojos azules; en caso de necesidad, era un voto seguro a favor de sus intenciones.

Duarte se echó encima un batín y se dirigió a la sala, donde Lopo Alves, con un rollo de papel debajo del brazo y la mirada perdida en el aire, parecía totalmente desapercibido de la entrada del licenciado.

—¿Qué buenos vientos lo traen a Catumbí a estas horas? —preguntó Duarte, dando a su voz la expresión de placer que aconsejaban, no sólo el interés personal, sino también los buenos modales.

—No me atrevo a asegurar si el viento que me trae es bueno o es malo —respondió el mayor sonriendo por entre el espeso bigote gris—; lo que sí puedo asegurar es que es un viento vigoroso. ¿Piensa salir?

—Voy hasta Río Largo.

—Ya veo; piensa ir a casa de la viuda Meneses. Mi mujer y las niñas ya deben estar allá: yo iré más tarde, si puedo. Aún es temprano, ¿verdad?

Lopo Alves sacó su reloj y vio que eran las nueve y media de la noche. Acariciándose el bigote, se puso de pie, dio algunos pasos por la sala, volvió a sentarse y dijo:

—Voy a darle una noticia que ciertamente no espera. Sepa usted que he escrito... he escrito un drama.

—¿Un drama! —exclamó el licenciado.

—¿Qué quiere usted? Desde niño padezco de achaques literarios. Ni siquiera el servicio militar logró curarme; fue apenas un paliativo. El mal ha regresado con la intensidad de los primeros tiempos. No me queda más remedio que aceptarlo, y dejar a la naturaleza que siga su curso...

Duarte recordó que, en efecto, el mayor le habló alguna vez de ciertos discursos inaugurales, dos o tres elegías y un buen número de artículos que había escrito con ocasión de las Campañas de Río de La Plata. Pero hacía muchos años que Lopo Alves había dejado en paz los soldados rioplantenses y los difuntos; nada hacía suponer que la enfermedad volviese, y más aún encarnada en un drama. El licenciado hubiera tenido mayores bases para explicarse el asunto, de haber sabido que Lopo Alves, hacía de esto algunas semanas, había asistido a la representación de una pieza ultraromántica; la obra le gustó mucho, y le dio la idea de enfrentarse él mismo a las luces de la escena. No entró el mayor en estas minucias necesarias, y el licenciado se quedó ignorante de las causas de la explosión dramática del militar. Ni las supo,

ni le importó averiguarlas. Alabó las facultades creativas del mayor, habló calurosamente de la ambiciosa vocación que lo llevaría sin duda al triunfo escénico, prometió que lo recomendaría a algunos amigos suyos, periodistas del Correo Mercantil, y sólo se detuvo en seco, palideciendo, cuando vio que el mayor, temblando de felicidad, se disponía a abrir el rollo de papel que llevaba consigo.

—Le agradezco sus buenas intenciones —dijo Lopo Alves—, y acepto el obsequio que acaba de hacerme; antes, sin embargo, voy a pedirle otro. Sé que es usted inteligente y culto; quiero que me diga con franqueza lo que piensa de mi trabajo. No busco elogios, exijo franqueza y franqueza ruda. Si piensa que no es bueno, dígamelo sin temor.

Duarte intentó apartar de sí aquel cáliz de amargura; pero era pedir lo imposible. Consultó melancólicamente su reloj, que señalaba las nueve y cincuenta y cinco minutos, mientras el mayor auscultaba amorosamente las ciento ochenta páginas del manuscrito.

—No nos tomará mucho tiempo —dijo—, sé muy bien lo que se siente cuando se es joven y está por delante la perspectiva de una fiesta. No tema, que aún tendrá tiempo para bailar dos o tres valsos con *ella*, si es que hay una *ella*, o con ellas. ¿No cree que estaríamos mejor en su gabinete?

Para el licenciado resultaba indiferente el lugar del suplicio; accedió al deseo de su huésped. Este, sintiéndose como en casa, ordenó al criado que no dejase entrar a nadie. El verdugo no quería testigos. La puerta del gabinete se cerró; Lopo Alves se ubicó al lado de la mesa, frente al licenciado, quien hundió su cuerpo y su aflicción en una enorme poltrona de damasco, decidido a no pronunciar palabra para llegar lo más pronto posible al final.

El drama se dividía en siete cuadros. Esta información produjo escalofríos en el oyente. No había nada de nuevo en aquellas ciento ochenta páginas, con excepción de la caligrafía del autor. Lo demás era la fiel reproducción de todos los asuntos, caracteres, *ficelles* y hasta estilo del más típico romanticismo desgreñado. Lopo Alves pensaba haber escrito algo original, pero en realidad no había hecho más que acumular ocurrencias ajenas. En otras circunstancias, la lectura de la obra hubiera servido para un buen rato de diversión. Ya desde el primer cuadro, especie de prólogo, hacían su aparición una niña raptada, un envenenamiento, dos encapuchados, la punta de un puñal y un alud de adjetivos no menos afilados que el puñal. En el segundo cuadro se narraba la muerte de uno de los encapuchados, que debía resucitar en el tercero, ir a prisión en el quinto, y dar muerte al tirano en el séptimo. Junto a la muerte ficticia del encapuchado, el segundo cuadro contenía también un nuevo rapto de la niña, ya convertida en una muchacha de diecisiete años, un monólogo que parecía durar el mismo lapso, y el robo de un testamento.

Eran casi las once cuando terminó la lectura del segundo cuadro. Duarte contenía con esfuerzo la ira; ya era imposible la visita a Río Largo. No es arriesgado suponer que, si en aquel momento el mayor hubiese caído muerto, Duarte habría dado gracias a la Providencia. El carácter del licenciado no daba pie para tanta ferocidad; pero la lectura de un mal libro es capaz de producir fenómenos aún más terribles. Añádase que, mientras ante los ojos carnales del licenciado aparecía en toda su espesura la melena de Lopo Alves, resplandecían en su alma los hilos de oro que adornaban el hermoso rostro de Cecilia; veía sus ojos azules, su tez blanca y rosada, el gesto delicado y gracioso, su presencia borrando todas las otras damas que debían estar ahora en el salón de la viuda Meneses. Imaginaba ese cuadro, y oía mentalmente la música, las voces, el sonar de los pasos y el roce de las sedas. Mientras tanto la voz gangosa de Lopo Alves iba desgranando cuadros y diálogos, con la impasibilidad de una convicción inmovible.

Volaba el tiempo, y el escucha había perdido ya la cuenta de los cuadros leídos. Hacía rato que habían sonado las doce de la noche; el baile estaba perdido. De repente, Duarte vio que el mayor enrollaba de nuevo el manuscrito, se ponía de pie, componía la figura, clavaba en él unos ojos rencorosos, y salía arrebatadamente de la habitación. Duarte intentó llamarlo, pero el asombro le negaba la voz y el movimiento. Cuando logró recobrase, alcanzó a oír apenas el taconeo seco y colérico del dramaturgo en las piedras de la calzada.

Se asomó a la ventana; nada vio ni oyó; autor y drama habían desaparecido.

—¿Por qué no se le habrá ocurrido esto antes? —dijo suspirando.

No había tenido tiempo aquel suspiro de abrir las alas y volar por la ventana abierta, en procura de Río Largo, cuando el criado del licenciado vino a anunciarle la visita de un hombre bajo y gordo.

—¡A esta hora! —exclamó Duarte.

—A esta hora —replicó el hombre bajo y gordo, entrando en la habitación—. A esta hora o a cualquier hora, puede la policía entrar en la casa de un ciudadano, cuando se trata de aclarar un delito grave.

—¡Un delito!

—Creo que me conoce...

—No tengo ese honor.

—Soy funcionario de la policía.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? ¿De qué delito se trata?

—Poca cosa: un robo. Usted está acusado de haber sustraído una chinela turca. Aparentemente la dicha chinela no tiene valor alguno. Pero hay chinelas y chinelas. Todo depende de las circunstancias.

El hombre acompañó estas palabras con una risa sarcástica, clavando en el licenciado una mirada de inquisidor. Duarte no conocía siquiera la existencia del objeto robado. Supuso que se trataba de una confusión de nombres, y no dio importancia a la injuria irrogada a su persona, y de algún modo a su clase, al llamarlo culpable de ratería. Así lo expresó al funcionario de la policía, agregando que, de cualquier modo, era injustificable que viniese a importunarle a semejante hora.

—Habrà de perdonarme —dijo el representante de la autoridad—. La chinela en cuestión vale algunas decenas de *contos de réis*; está adornada con finísimos diamantes que la tornan singularmente preciosa. No es turca sólo por la forma, sino también por su origen. Su dueña, que es una de nuestras patricias más viajeras, estuvo hace cerca de tres años en Egipto, en donde la adquirió de un judío. La historia que este alumno de Moisés contó acerca de aquel producto de la industria musulmana, es en verdad milagrosa, y, a mi modo de ver, completamente falsa. Pero no viene al caso relatarla. Lo importante es que ha sido robada, y que la policía ha recibido una denuncia en contra de usted.

A esta altura de su discurso, el hombre se aproximó a la ventana; Duarte tuvo la sospecha de que podía tratarse de un loco o de un ladrón. No tuvo tiempo de pensar mucho en esa posibilidad, porque al cabo de algunos segundos vio entrar cinco hombres armados, que lo ataron por las muñecas y lo empujaron escaleras abajo, sin hacer caso de sus gritos ni de sus repulsas. En la calle aguardaba un coche donde lo metieron a la fuerza. Allí lo esperaba ya el hombre bajo y gordo, en compañía de un sujeto alto y delgado; entre los dos lo hicieron sentar en el fondo del vehículo. Se oyó el restallar del látigo del cochero, y el coche partió a toda prisa.

—¡Ajá! —dijo el hombre gordo—. Así que usted pensaba que podía impunemente robar chinelas turcas, enamorar damitas rubias, y hasta tal vez casarse con ellas... y por si fuera poco reírse del género humano.

Al oír aquella alusión a la dama de sus pensamientos, Duarte sintió un escalofrío. Se trataba, por lo que parecía, de la venganza de algún rival despechado. ¿O aquella alusión habría sido casual, sin relación alguna con la historia del robo? Duarte se perdió en una maraña de conjeturas, mientras el coche seguía su marcha a todo galope. Al cabo de un rato, arriesgó una observación.

—Cualesquiera que sean los crímenes de que se me acusa, supongo que la policía...

—No somos de la policía —interrumpió fríamente el hombre flaco.

—¡Ah!

—Este caballero y yo formamos un par. Con usted, formaremos una terna. Ahora bien, una terna no es mejor que un par; no, de ninguna manera. Una pareja es lo ideal. ¿Supongo que

no ha comprendido lo que le digo?

—No, señor.

—Ya lo entenderá a su tiempo.

Duarte se resignó a la espera, se encerró en el silencio, encogió el cuerpo, y dejó que siguieran su curso el coche y la aventura. Cinco minutos después se detenían los caballos.

—Llegamos —dijo el hombre gordo.

Diciendo esto sacó un pañuelo del bolsillo y se lo extendió al licenciado para que se vendase los ojos. Duarte se negó, pero el hombre flaco le advirtió que era más prudente obedecer que resistirse. No resistió el licenciado; se ató el pañuelo y bajó del coche. Poco después oyó el crujir de una puerta; dos personas —probablemente las mismas que lo habían acompañado en el viaje—, lo tomaron de las manos y lo guiaron por una infinidad de corredores y escaleras. Mientras caminaba alcanzaba a percibir voces desconocidas, palabras sueltas, frases trucas. Al fin se detuvieron; alguien le ordenó que se sentara y se descubriera los ojos. Duarte obedeció; pero, al quitarse la venda, no había ya nadie a su lado.

Se hallaba en un amplio salón, muy iluminado, amoblado con elegancia y opulencia. Acaso era excesiva la abundancia de adornos; con todo, no cabía duda que quien los había elegido era persona de buen gusto. Había bronces, lacas, alfombras, espejos; un infinito acopio de objetos, en fin, que llenaban materialmente el recinto y mostraban a las claras su factura de primera clase. La visión de aquel ambiente hizo volver la serenidad al ánimo del licenciado; no era probable que fuese ésta una morada de ladrones.

El joven se reclinó indolentemente en la otomana... ¡En la otomana! Esta circunstancia le trajo a la memoria el comienzo de su aventura y el robo de la chinela. Unos minutos de reflexión le convencieron de que el asunto de la dichosa chinela se hacía cada vez más problemático. Ahondando en el terreno de las conjeturas, creyó vislumbrar una explicación nueva y definitiva. La chinela no era más que una pura metáfora; simbolizaba el corazón de Cecilia, que él había robado, y era ése el delito por el cual quería castigarle el supuesto rival. Seguramente a esto aludían las palabras misteriosas del hombre flaco: el par es mejor que el trío; una pareja es lo ideal.

—Sin duda se trata de eso —concluyó Duarte—; ¿pero quién será ese pretendiente derrotado?

En ese momento se abrió una puerta al fondo del salón y negreó la sotana de un cura de tez blanca y cabeza calva. Duarte se levantó como impulsado por un resorte. El sacerdote atravesó lentamente la sala, le dio su bendición al pasar por su lado, y fue a perderse en otra puerta que se abría en la pared del frente. El licenciado se quedó inmóvil, contemplando estupefacto la segunda puerta con todos sus sentidos paralizados. Lo inesperado de aquella aparición confundió totalmente sus teorías anteriores respecto de la aventura. No tuvo tiempo, sin embargo, de razonar una nueva explicación, porque la primera puerta se abrió de nuevo dando paso a otra figura; se trataba esta vez del hombre flaco, que fue directamente hacia él y lo invitó a seguirlo. Duarte no opuso resistencia. Salieron por una tercera puerta, y, atravesando algunos corredores más o menos iluminados, fueron a desembocar en otro salón, que sólo podía considerarse como tal por la presencia de dos candelabros de plata. Los candelabros estaban colocados sobre una ancha mesa. A la cabecera de ella se encontraba un hombre ya casi viejo, de unos cincuenta y cinco años; era una figura atlética, de abundante cabellera y poblada barba.

—¿Me conoce? —preguntó el viejo, una vez que Duarte hubo entrado en la habitación.

—No, señor.

—Ni es necesario. Lo que aquí vamos a hacer dispensa totalmente la necesidad de cualquier presentación. Sabrá en primer lugar que el robo de la chinela fue un simple pretexto...

—¡Ah, sin duda! —interrumpió Duarte.

—Un simple pretexto —continuó el otro—, para poder traerlo a nuestra casa. La chinela nunca fue robada, jamás salió de las manos de su dueña. Juan Rufino, ve a buscarla.

El hombre flaco salió, y el viejo explicó entretanto al licenciado que la famosa chinela

no tenía diamante alguno, ni había sido comprada a ningún judío de Egipto; era turca, sí, tal como se lo habían dicho, y un milagro de pequeñez. Duarte escuchó las explicaciones, y luego, haciendo acopio de todas sus fuerzas, preguntó resueltamente:

—Señor, ¿me dirá usted de una vez qué quieren de mí y para qué estoy en esta casa?

—Pronto lo sabrá —respondió tranquilamente el viejo.

La puerta se abrió y apareció el hombre flaco con la chinela en su mano. Duarte, invitado a acercarse a la luz, pudo verificar que la pequeñez era realmente milagrosa. Estaba hecha de finísimo damasco; en la base del pie, prensada y forrada en seda azul, brillaban dos letras bordadas en oro.

—Chinela de niño, ¿no cree usted? —dijo el viejo.

—Supongo que sí.

—Pues supone mal; pertenece a una muchacha.

—Así será; nada tengo que ver con eso.

—¡Perdón!, tiene mucho que ver, porque usted se va a casar con la dueña.

—¡Casar! —exclamó Duarte.

—Ni más ni menos. Juan Rufino, ve a buscar a la dueña de la chinela.

El hombre flaco salió y regresó poco después. Haciéndose a un lado de la puerta, levantó la cortina y dio paso a una mujer que se dirigió al centro del salón. No era una mujer, era una sílfide, una visión de poeta, una criatura divina. Era rubia; tenía los ojos azules, como los de Cecilia, extáticos, unos ojos que buscaban el cielo o que parecían vivir en él; los cabellos, un tanto desordenados, le creaban en derredor de la cabeza una especie de resplandor de santa; santa solamente, no mártir, porque la sonrisa que le temblaba en los labios era una sonrisa de bienaventuranza, como pocas veces habrá existido sobre la tierra. Un vestido blanco, de finísima muselina, le ceñía castamente el cuerpo, cuyas formas sin embargo dejaba entrever, concediendo poco a los ojos pero mucho a la imaginación.

Un joven como nuestro licenciado no pierde nunca la compostura, ni siquiera en situaciones como aquella. Duarte, al ver a la muchacha, se arregló el traje, retocó su corbata e hizo una ceremoniosa cortesía, a la que ella respondió con tanta gentileza y gracia que la aventura comenzó a parecer mucho menos aterradora.

—Mi querido doctor, ésta es la novia.

La muchacha bajó los ojos; Duarte respondió que no tenía deseos de casarse.

—Tres cosas va a hacer usted ahora mismo —continuó impasiblemente el viejo—: la primera, casarse; la segunda, escribir su testamento; la tercera, tragarse cierta droga de Levante...

—¡Veneno! —interrumpió Duarte.

—Ese es el nombre vulgar; yo le doy otro: pasaporte al cielo.

Duarte estaba pálido y frío. Quiso decir algo, y no pudo. Ni un gemido siquiera lograba brotarle del pecho. Se hubiera desplomado en tierra de no haber allí cerca cierta silla en la que se dejó caer.

—Usted —continuó el viejo—, es dueño de una pequeña fortuna de ciento cincuenta *contos*. Esta perla será su heredera universal. Juan Rufino, ve a buscar al sacerdote.

El cura entró, el mismo cura calvo que había dado su bendición al joven poco antes; entró y se encaminó de inmediato hacia él, murmurando solemnemente un pasaje de Nehemías o cualquier otro profeta menor; tomándolo de una mano, le dijo:

—¡Levántate!

—¡No!, ¡no quiero!, ¡no me casaré!

—¿Ni con estas razones? —dijo el viejo desde la mesa, apuntándole con una pistola.

—¿Se trata de un asesinato?

—Usted lo ha dicho; la diferencia está en el género de muerte; o violenta con esto, o suave con la droga. ¡Elija!

Duarte sudaba y temblaba. Quiso levantarse y no pudo. Las rodillas le batían una contra otra. El cura se le arrimó al oído, y le dijo en voz baja:

—¿Quieres huir?

—¡Ah, sí! —exclamó el joven, no con palabras, que podían ser escuchadas, sino con una mirada en la que puso toda la poca fuerza que aún le restaba.

—¿Ves aquella ventana? Está abierta; abajo hay un jardín. Arrójate sin miedo.

—¡Oh, padre! —susurró el licenciado.

—No soy padre, soy teniente del ejército. No digas nada.

La ventana estaba semiabierta; a través de ella alcanzaba a verse una franja de cielo, ya medio claro. Duarte no vaciló, y reuniendo todas sus fuerzas, dio un salto desde el sitio donde estaba y cayó encomendándose a la misericordia divina. La altura no era mucha y la caída fue pequeña; el joven se levantó rápidamente, pero el hombre gordo, que estaba en el jardín, le cerró el paso.

—¿Cómo es eso? —preguntó riendo.

Duarte no respondió; apretó los puños, golpeó con ellos violentamente el pecho del hombre, y echó a correr por el jardín. El hombre no cayó; sintió apenas una fuerte sacudida; y, una vez repuesto de la sorpresa, se lanzó en persecución del fugitivo. Comenzó entonces una carrera vertiginosa. Duarte iba saltando cercos y muros, esquivando canteras, tropezando casi con árboles que una y otra vez se atravesaban en su carrera. El sudor le caía a raudales, respiraba con agitación, y comenzaba poco a poco a perder el aliento; una de sus manos estaba herida, la camisa salpicada del rocío de las hojas; dos veces estuvo a punto de ser atrapado; la chaqueta se le había quedado prendida en una maraña de espinos. Por fin, cansado, herido, jadeante, fue a caer en los peldaños de piedra de una casa que había en medio del último trecho del jardín que había atravesado.

Miró hacia atrás; no vio a nadie; su perseguidor no lo había seguido hasta allí. No obstante, podía aparecer en cualquier momento; Duarte se enderezó con dificultad, subió los cuatro escalones que aún le faltaban, y entró en la casa, cuya puerta, abierta, daba a una sala pequeña y baja.

Había allí un hombre, que leía un ejemplar del Diario del Comercio, y que no pareció advertir su llegada. Duarte se tumbó sobre un sillón. Clavó los ojos en el hombre. Era el mayor Lopo Alves.

El mayor, empuñando el periódico, cuyas dimensiones se iban volviendo cada vez más exiguas, exclamó de repente:

—¡Ángel del cielo, estás vengado! Fin del último cuadro.

Duarte miró al mayor, a la mesa, a las paredes, se frotó los ojos y respiró profundamente.

—¡Y bien!, ¿qué le pareció?

—¡Ah!, ¡excelente! —respondió el licenciado, levantándose.

—Pasiones fuertes, ¿eh?

—Fortísimas. ¿Qué horas son?

—Dieron las dos ahora mismo.

Duarte acompañó al mayor hasta la puerta, aspiró el aire con fuerza, se palpó el cuerpo, y se aproximó a la ventana. Nada se sabe de lo que pensó durante los primeros minutos; pero, al cabo de un cuarto de hora, he aquí lo que decía para sus adentros:

—Ninfa, dulce anilla, fantasía inquieta y fértil, tú me salvaste de una pieza abominable con un sueño original, cambiaste mi tedio por una pesadilla: fue un buen negocio. Un buen negocio y una gran lección: me probaste que muchas veces el mejor drama está en el espectador y no en el escenario.

---

\* De *Papeles Sueltos*.

## NOCHE DE ALMIRANTE

DEOLINDO Viento-grande (era un apodo de a bordo) salió del Arsenal de Marina y se enrumbo por la Calle de Braganza. Daban las tres de la tarde, y en ese momento Deolindo irradiaba un aire de felicidad. Su corbeta había regresado de un largo viaje de instrucción, y Deolindo bajó a tierra tan pronto como obtuvo la licencia. Los compañeros le decían, riendo:

—¡Ah! ¡Viento-grande! ¡Qué noche de almirante vas a pasar! Comida, música y los brazos de Genoveva. Aquel cuello de Genoveva...

Deolindo sonrió. Así era, en efecto, una noche de almirante como ellos decían, una de esas noches de almirante que lo esperaba en tierra. La pasión había comenzado tres meses antes de zarpar. Se llamaba Genoveva, mulatilla de veinte años, pícara, ojos negros y atrevidos. Se conocieron en casa de un tercero y quedaron prendados uno del otro, a tal punto que estuvieron próximos a cometer una locura: él dejaría el servicio y se iría con ella al pueblo más recóndito del interior.

La vieja Ignacia, que vivía con ella, logró disuadirlos; Deolindo no tuvo más remedio que embarcarse, en el viaje de instrucción. Eran ocho o diez meses de ausencia. Como prenda recíproca, decidieron hacer un juramento de fidelidad.

—Juro por Dios que está en el cielo. ¿Y tú?

—Yo también.

—Dilo.

—Juro por Dios que está en el cielo; o que me falte la luz en la hora de la muerte.

Quedaba sellado el pacto. No podía dudarse de la sinceridad de ambos; ella lloraba amargamente, él se mordía los labios para disimular la pena. Al final se separaron, Genoveva asistió a la salida de la Corbeta y volvió a su casa con tal angustia en el corazón que parecía que "le iba a dar algo". Nada le dio, felizmente; los días fueron pasando, las semanas, los meses; diez meses, al cabo de los cuales la Corbeta regresó y Deolindo con ella.

Y ahí va él ahora, por la Calle Braganza, Praiña y Saúde, hasta el comienzo de la Gamboa, donde vive Genoveva. La casa es una fachadita obscura, agrietada por el sol, pasando el cementerio de los ingleses; allí debe estar Genoveva, asomada a la ventana, esperándolo. Deolindo piensa lo que va a decirle. Tiene lista una frase: "juré y cumplí". Pero busca una mejor. Al mismo tiempo recuerda las mujeres que vio por esos mundos de Cristo, italianas, marselesas, turcas, muchas de ellas bonitas, o que al menos a él se lo parecían. Reconoce que no todas le hubieran hecho caso, pero sí algunas, y ni aun por eso se interesó en ellas. Sólo pensaba en Genoveva. Ante los palacios de otras tierras, lo que se le venía al recuerdo era la casita de ella, tan pequeñita, con sus muebles de patas rotas todo viejo y escaso. A costa de muchos ahorros, compró en Trieste un par de aretes, que lleva ahora en el bolso, con algunas chucherías. Y ella, ¿qué le tendría? Tal vez un pañuelo marcado con su nombre y un ancla en una esquina, porque sabía bordar muy bien. En éstas llegó a la Gamboa, pasó el cementerio Y encontró la casa cerrada. Golpeó la puerta; le respondió una voz conocida, la de la vieja Ignacia, que vino a abrirle la puerta con grandes exclamaciones de placer. Deolindo, impaciente, preguntó por Genoveva.

—No me hable de esa loca —atajó la vieja—. Bien satisfecha quedó con el consejo que le di. Qué tal que se hubiera fugado usted con ella. Lo hubiera hecho quedar como un imbécil.

—Pero, ¿qué pasó?, ¿qué pasó?

La vieja le dijo que se calmara, que no era nada, cosas de ésas que pasan en la vida; no valía la pena amargarse. Genoveva andaba chiflada de la cabeza.

—¿Por qué chiflada?

—Está con un ventero ambulante, José Diogo. ¿Conoce a José Diogo, vendedor de telas? Está con él. No se imagina el apasionamiento de los dos. Ella está medio enloquecida. Por



ese motivo nos peleamos. José Diogo no salía de esta puerta; no paraban de conversar, hasta que un día les dije que no quería ver mi casa difamada. ¡Ah! ¡Padre mío del cielo! ¡El día del juicio final! Genoveva me abrió unos ojos de este tamaño, diciéndome que nunca difamó a nadie y que no precisaba de limosnas. ¿Qué limosnas, Genoveva? Lo que yo digo es que no quiero esos cuchicheos en la puerta, desde el Ave María... Dos días después se mudó, furiosa conmigo.

—¿Dónde está viviendo?

—En Playa Formosa, antes de llegar a la cantera, en una casa de puertas recién pintadas.

Deolindo no quiso oír más. La vieja Ignacia, un tanto arrepentida, todavía alcanzó a aconsejarle prudencia, pero él ya se marchaba, sin escucharla. Omito anotar lo que pensó durante el camino; no pensó nada. Las ideas se le arremolinaban en el cerebro, como en hora de temporal, en medio de una confusión de vientos y silbatos. Entre ellas rutilaba el cuchillo de a bordo, ensangrentado y vengador. Había pasado Gamboa, el Recodo de Alferes; entró en Playa Formosa. No sabía el número de la casa, pero era cerca de la cantera, recién pintada, y podría encontrarla con la ayuda de los vecinos. No contó con el azar, que hizo sentar a Genoveva junto a la ventana, a coser, en el instante en que Deolindo pasaba por el frente. La reconoció, y se detuvo; ella, notando la presencia de un hombre, alzó los ojos, y se encontró con el marino.

—¿Cómo es esto? —exclamó sorprendida—. ¿Cuándo llegaste? Entra.

Y, levantándose, abrió la puerta y lo hizo pasar. Cualquier otro hombre se hubiera sentido lleno de esperanza, tan franca era la actitud de la muchacha; quizá la vieja se había equivocado, o había mentido; podía ser incluso que el asunto con el ventero fuera cosa ya terminada. Todo esto se le pasó por la mente, no en forma de un raciocinio preciso o reflexivo, sino en rápido tropel. Genoveva dejó la puerta abierta, lo hizo sentarse, le pidió noticias del viaje y lo encontró más gordo; ninguna emoción, ninguna intimidación. Deolindo sintió perder la última esperanza. A falta de un puñal, bastaríanle las manos para estrangular a Genoveva, que era menudita, y durante los primeros minutos no pensó en otra cosa.

—Lo sé todo.

—¿Quién te lo contó?

Deolindo se encogió de hombros.

—Fuera quien fuera —prosiguió ella—, ¿te dijeron que hay un muchacho que me gusta mucho?

—Eso me dijeron.

—Pues es verdad.

Deolindo sintió un impulso violento; ella lo detuvo con la sola mirada. Luego le dijo que, si le había abierto la puerta, era porque lo había considerado siempre un hombre sensato. Después le contó todo, las nostalgias que había sufrido, los requiebros del vendedor, el rechazo de ella, hasta que un día, sin saber cómo, amaneció sintiendo que lo amaba.

—Puedes creerme que pensé mucho, mucho en ti. Que te cuente doña Ignacia todo lo que lloré... pero mi corazón cambió... cambió... te cuento todo esto como si estuviera delante del confesor —concluyó sonriendo.

No sonreía con burla. Pero el tono de sus palabras era una mezcla de candor y cinismo, de insolencia y sencillez que desisto de definir mejor; hasta me atrevo a decir que insolencia y cinismo no son términos apropiados. Genoveva no se defendía de haber cometido error o perjurio; no se defendía de nada; carecía del sentido moral de sus actos. Lo que decía, en resumen, es que hubiera sido mejor no haber cambiado, fue feliz con el amor de Deolindo, la prueba está en que hasta quiso huir con él; pero desde el momento en que el ventero triunfó sobre el marino, la razón estaba de parte del ventero y así había que decirlo. ¿Qué os parece? El pobre marinero citaba el juramento de despedida, como una obligación eterna ante la cual había consentido en no huir, y embarcarse: "Juro por el Dios que está en el cielo; y que si miento, la luz me falte en la hora de la muerte". Si se embarcó fue por confiar en lo que ella le había jurado. Fueron esas palabras las que lo sostuvieron mientras anduvo, viajó, esperó y recesó; ellas fueron las que le dieron fuerza para vivir. Juro por Dios que está en el cielo; y que

si miento, la luz me falte en la hora de la muerte...

—Pero sí, Deolindo, era verdad. Cuando juré era verdad. Tan verdad que yo quería huir contigo al sertón.<sup>1</sup> ¡Dios sabe bien que era verdad! Pero otras cosas llegaron... Apareció este muchacho y a mí me empezó a gustar...

—Pero si uno jura es para eso; para que ya no le guste nadie más...

—Deja ya eso, Deolindo. ¿Ahora vas a decirme que sólo pensaste en mí? Déjate de cosas...

—¿A qué hora vuelve José Diogo?

—No vuelve hoy.

—¿No?

—No vuelve; anda por los lados de Guaratiba con la mercancía; debe estar regresando el viernes o el sábado... ¿Y por qué lo quieres saber? ¿Qué mal te ha hecho él?

Quizá cualquier otra mujer hubiese dicho las mismas frases; pocas les darían una expresión tan cándida, no por una intención deliberada, sino sin proponérselo. Mirad qué cerca estamos aquí de la naturaleza. ¿Qué mal te ha hecho? ¿Qué mal te desea esta piedra que cae de lo alto? Cualquier maestro de física te explicaría la caída de las piedras. Deolindo declaró, con un gesto de desespero, que quería matarlo. Genoveva lo miró con desprecio, esbozó una sonrisa e hizo un ademán de desdén; y, recordando sus reproches de ingratitud y perjurio, no pudo disimular su asombro. ¿Qué perjurio? ¿Qué ingratitud? Ya le había dicho y le repetía que cuando juró era verdad. Nuestra Señora, que allí estaba, encima de la cómoda, sabía si era o no verdad. ¿Era así como le pagaba todo lo que sufrió?, y él, que tanto alarde hacía de fidelidad, ¿se había acordado de ella mientras viajaba por el mundo?

La respuesta de él fue llevarse la mano al bolsillo y sacar el paquete que le traía. Ella lo abrió, retiró las chucherías, una por una, hasta que se topó al fin con los aretes. No eran ni podían ser lujosos; eran incluso de mal gusto, pero tenían en todo caso una apariencia rutilante. Genoveva los tomó, contenta, deslumbrada, los miró por todos lados, de lejos y de cerca, y finalmente se los colocó en las orejas; después fue hasta el espejo redondo, colgado en la pared, entre la ventana y la puerta, para ver cómo le quedaban. Retrocedió, se acercó, volteó la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

—Sí, señor, muy lindos —dijo, haciendo una gran reverencia de agradecimiento—. ¿Dónde los compraste?

Creo que él no respondió nada, ni hubiera tenido tiempo para hacerlo, porque ella le siguió haciendo preguntas, una tras otra, tan confusa se sentía por recibir un cariño a cambio de un olvido. Confusión de cinco o cuatro minutos; tal vez de dos. No tardó en quitarse los aretes, contemplarlos, y ponerlos en su cajita encima de la mesa redonda que estaba en medio de la sala. Él, por su parte, empezó a creer que, así como la perdió estando ausente, así también el otro, ausente, podía perderla; y, de seguro, a ése ella nada le había prometido.

—Charlando, charlando, se hizo de noche —dijo Genoveva.

En efecto, la noche iba cayendo rápidamente. Ya no alcanzaban a ver el hospital de los lázaros y a duras penas distinguían la Isla de los Melones; hasta las lanchas y canoas, varadas en tierra frente a la casa, se confundían con la arena y el limo de la playa. Genoveva encendió una vela. Después fue a sentarse en el umbral de la puerta y le pidió que le contara cosas de las tierras que había visitado. Deolindo rehusó al principio; dijo que se marchaba, se puso de pie y dio algunos pasos por la sala. Pero el demonio de la esperanza mordía y babeaba en el corazón del pobre hombre, y volvió a sentarse para contarle dos o tres anécdotas de a bordo. Genoveva escuchaba con atención. Interrumpidos por una vecina que llegó, Genoveva la invitó a sentarse también para oír "las historias bonitas que el señor Deolindo estaba contando". No hubo más presentación. La gran dama que prolonga su vigilia, para concluir la lectura de un libro o de un capítulo, no vive tan íntimamente la vida de los personajes como vivía la ex-amante del

<sup>1</sup> *Sertão* en el original. Con este nombre se denomina una vastísima zona geográfica del Brasil, ubicada en su mayor parte en los estados del nordeste de ese país. (Nota del traductor)

marino las escenas que él le iba contando; tan libremente interesada y atenta como si entre ambos no hubiese cosa distinta a una narración de episodios. ¿Qué le importa a la gran dama el autor del libro? ¿Qué le importa a la muchacha el contador de episodios?

La esperanza, sin embargo, empezaba a abandonarlo, y él se levantó para irse de una vez. Genoveva no quiso dejarlo ir antes de que la amiga viera los aretes, y fue a buscarlos con grandes elogios. La otra quedó encantada, los alabó mucho, preguntó si los había comprado en Francia y le pidió a Genoveva que se los pusiese.

—Realmente son muy lindos.

Quiero creer que el mismo marinero estuvo de acuerdo con esa opinión. Le gustó verlos, pensó que estaban hechos para ella, y, durante algunos segundos, saboreó el placer exclusivo y fino de haber hecho un buen regalo; pero fueron sólo algunos segundos.

Como al fin se despidiera, Genoveva lo acompañó hasta la puerta para agradecerle una vez más la amabilidad y para decirle algunas cosas tiernas e inútiles. Su amiga, que se había quedado en la sala, apenas alcanzó a oírle esta frase: "Déjate de esas cosas Deolindo"; y esta otra del marino: "Ya vas a ver". No pudo oír el resto, que no pasó de un susurro.

Deolindo tomó camino por la playa, cabizbajo y lento, ya no el joven impetuoso de por la tarde, sino con un aire viejo y triste, o, para usar otra metáfora de marineros, como un hombre "que ya va de regreso a tierra". Genoveva volvió a entrar a la casa, alegre y bulliciosa. Contó a la otra la historia de sus amores marítimos, alabó mucho el temperamento de Deolindo y sus lindos modales; la amiga afirmó que le había parecido muy simpático.

—Muy buen muchacho —insistió Genoveva—. ¿Sabes lo que me dijo hace un momento?

—¿Qué?

—Que se va a matar.

—¡Jesús!

—¡Qué va! No se mata, no. Deolindo es siempre así; dice las cosas pero no las hace. Vas a ver que no se mata. Pobre, son los celos. Pero los aretes son muy bonitos.

—Nunca vi por aquí ningunos parecidos.

—Ni yo —aceptó Genoveva, examinándolos a la luz. Después los guardó y convidó a la otra a coser—. Vamos a coser un rato, quiero terminar mi corpiño azul...

La verdad es que el marinero no se mató. Al día siguiente algunos compañeros le palmearon el hombro, felicitándole por la noche de almirante, y le preguntaron por Genoveva, si estaba más bonita, si había llorado mucho su ausencia, etcétera. Él respondía a todo con una sonrisa satisfecha y discreta, la sonrisa de alguien que vivió una gran noche. Parece que tuvo vergüenza de la realidad, y prefirió mentir.

---

\* De *Historias sin Fecha*.

## CANTIGA DE ESPONSALES

IMAGINE: la lectora que está en 1813, en la iglesia de Carmo, oyendo una de aquellas buenas fiestas antiguas, que eran la mayor diversión pública y lo mejor del arte musical. Sabe cómo es una misa cantada; puede imaginar lo que sería una misa cantada en aquellos años remotos. No llamo su atención hacia los curas y sacristanes, ni hacia el sermón, ni hacia los ojos de las jóvenes cariocas, que ya eran bonitas en aquel tiempo, ni hacia las mantillas de las señoras graves, las casacas, las cabelleras, las cortinas, las luces, los inciensos, nada. Ni siquiera hablo de la orquesta, que es excelente; me limito a mostrarle una cabeza blanca, la cabeza de ese viejo que dirige la orquesta con alma y devoción.

Se llama Román Pires. Tendrá sesenta años, no menos en todo caso, nació en el Valongo, o por esos lados. Es un buen músico y un buen hombre; todos los colegas lo quieren. El maestro Román es su nombre familiar; y decir familiar o público era la misma cosa en tal materia y en aquellos tiempos. "La misa será dirigida por el maestro Román", equivalía a esta forma de anuncio, años después: "Entra en escena el actor João Caetano". O a ésta: "El actor Martinho cantará una de sus mejores arias". Era la sazón adecuada, el aliciente delicado y popular. ¡El maestro Román dirige la fiesta! ¿Quién no conocía al maestro Román, con su aire circunspecto, recatado el mirar, sonrisa triste y paso lento? Todo esto desaparecía al frente de la orquesta; y entonces la vida se derramaba por todo el cuerpo y todos los gestos del maestro; la mirada se encendía, la sonrisa se iluminaba: era otro. No significaba esto que fuera él el autor de las misas; ésta, por ejemplo, que ahora dirige en el Carmo es de João Mauricio; pero él se aplica a su trabajo poniendo en ello el mismo amor que pondría si fuera suya.

La fiesta terminó; y fue como si se apagara un resplandor intenso, dejándole el rostro iluminado apenas por la luz ordinaria; helo aquí descendiendo del coro, apoyado en el bastón; va a la sacristía a besar la mano a los padres y acepta un sitio en su mesa. Permanece todo el tiempo indiferente y callado. Termina la cena, sale, camina en dirección a la Calle de la Madre de los Hombres, en donde vive, en compañía de un negro viejo, papá José, que es como si fuera su verdadera madre, y que en este momento conversa con una vecina.

—Ahí viene el maestro Román, papá José —dijo la vecina.

—¡Eh!, ¡eh!, adiós vecina, hasta luego.

Papá José dio un salto, entró en la casa, y esperó a su amo, que entró poco después con el mismo aire de siempre. La casa no era rica, por supuesto; ni alegre. No había en ella el menor vestigio de mujer, vieja o joven, ni pajaritos que cantasen, ni flores, ni colores vivos o cálidos. Casa sombría y desnuda. Lo más alegre que allí había era un clavicordio, donde el maestro Román tocaba algunas veces, estudiando. Sobre una silla, al lado, algunos papeles con partituras; ninguna suya...

¡Ah!, si el maestro Román pudiera, sería un gran compositor. Tal parece que hay dos clases de vocación, las que tienen lengua y las que no la tienen. Las primeras se realizan; las últimas representan una lucha constante y estéril entre el impulso interior y la ausencia de un modo de comunicación con los hombres. La de Román era de éstas. Tenía la vocación íntima de la música; llevaba dentro de sí muchas óperas y misas, un mundo de armonías nuevas y originales que no alcanzaba a expresar y poner en el papel. Esta era la causa única de la tristeza del maestro Román. Naturalmente, el vulgo no se daba cuenta; unos decían esto, otros aquello: enfermedad, falta de dinero, algún disgusto antiguo; pero la verdad es ésta: la causa de la melancolía del maestro Román era no poder componer, no poseer el medio de traducir lo que sentía. Y no porque escatimara el gasto de papel o el paciente trabajo, durante muchas horas, al frente del clavicordio; pero todo le salía informe, sin idea ni armonía. En los últimos tiempos hasta sentía vergüenza de los vecinos, y ya ni siquiera intentaba nada.

Y, no obstante, si pudiera, terminaría al menos cierta pieza, un canto de esponsales, comenzado tres días después de su casamiento, en 1799. La mujer, que tenía entonces veintiún

años, y murió de veintitrés, no era bonita, ni mucho ni poco, pero sí muy simpática, y lo amaba tanto como él a ella. Tres días después de su boda, el maestro Román sintió en su interior algo parecido a la inspiración. Imaginó entonces el canto esponsalicio, y quiso componerlo; pero la inspiración no logró salir. Como un pájaro que acaba de ser aprisionado, y forcejea por atravesar las paredes de la jaula, abajo, encima, impaciente, aterrorizado, así batía la inspiración de nuestro músico, encerrada dentro de él sin poder salir, sin encontrar una puerta, nada. Algunas notas llegaron a reunirse; él las escribió; asunto para una hoja de papel, apenas. Insistió al día siguiente, diez días después, veinte veces durante sus años de casado. Cuando murió su mujer releyó aquellas primeras notas conyugales, y se sintió más triste aún, por no haber podido dejar en el papel la sensación de esa felicidad ya extinta...

—Papá José —dijo él—, hoy no me siento muy bien.

—Tal vez el señor comió algo que le cayó mal...

—No, va desde esta mañana estaba así. Vaya a la botica...

El boticario mandó cualquier cosa que él tomó esa noche; al día siguiente el maestro Román no se sentía mejor. Es preciso agregar que padecía del corazón: molestia grave y crónica. Papá José sintió temor cuando vio que el malestar no cedía al remedio, ni al reposo, y quiso llamar al médico.

—¿Para qué? —dijo el maestro—. Esto pasa.

El día no terminó peor y él pasó buena noche; no así el negro, que sólo consiguió dormir dos horas. Los vecinos, una vez que se hubieron enterado de aquella dolencia, no tuvieron otro motivo de conversación; los que mantenían relación con el maestro fueron a visitarlo. Y le decían que no era nada, que eran achaques de la edad; alguien agregaba graciosamente que era un truco, para librarse de las derrotas que el boticario le propinaba en el juego de "gamao"; otro, que era cuestión de amores. El maestro Román sonreía, pero para sus adentros se decía que aquello era el final. "Todo acabó", pensaba.

Una mañana, cinco días después de la fiesta, el médico lo encontró realmente mal; y el maestro se lo notó en la expresión, por detrás de las palabras engañosas:

—Esto no es nada; es preciso no pensar en músicas...

¡En músicas! De pronto esta palabra del médico trajo al maestro una idea casi olvidada. Al quedarse solo con el esclavo, abrió la gaveta donde guardaba desde 1799 el canto de esponsales iniciado. Releyó aquellas notas arrancadas con tanto trabajo y nunca concluidas. Y tuvo entonces una idea singular:

—Terminar la obra, fuese como fuese; cualquier cosa estaría bien, con tal de que significara dejar un poco de alma sobre la tierra.

—¿Quién sabe? En 1880, tal vez, se interpretará esta obra y se contará que un maestro Román...

El comienzo del canto remataba en un cierto *la*: este *la*, que resultaba bien allí donde estaba, era la última nota escrita. El maestro Román ordenó llevar el clavicordio a la habitación del fondo, que daba al solar: necesitaba aire.

Por la ventana vio, en la ventana trasera de otra casa, una dulce pareja de recién casados, asomados, abrazados por los hombros y de manos unidas. El maestro Román sonrió con tristeza.

—Ellos llegan —se dijo—, yo salgo. Compondré al menos este canto que ellos podrán tocar...

Se sentó ante el clavicordio; reprodujo las notas y llegó al *la*...

—*la, la, la*...

Nada, no lograba seguir. Y sin embargo, él sabía de música como el que más.

*La, do... la, mi... la, si, do, re... re... re...*

¡Imposible! ninguna inspiración. No aspiraba a una pieza profundamente original; tan sólo algo que no pareciese de otro y que se relacionase con la idea comenzada. Volvía al principio, repetía las notas, intentaba revivir un retazo de la sensación extinguida, se acordaba de su mujer, de aquellos tiempos primeros. Para completar la ilusión, dejaba correr su mirada

por la ventana en dirección a la pareja de recién casados. Ellos seguían allí, con las manos unidas y rodeándose los hombros con los brazos; pero ahora se miraban uno al otro, en vez de mirar hacia abajo. El maestro Román, agotado por el malestar y la impaciencia, tornaba al clavicordio; pero la visión de la pareja no le traía la inspiración, y las notas siguientes no sonaban.

—*la, la, la...*

Desesperado, dejó el clavicordio, tomó el papel escrito y lo rompió. En ese momento, la joven absorta en la mirada del esposo, empezó a canturrear de cualquier modo, inconscientemente, alguna cosa nunca antes cantada ni sabida, una cosa en la cual cierto *la* proseguía después de un *si* con una linda frase musical, justamente aquella que el maestro Román había buscado durante años sin hallarla jamás. El maestro la oyó con pesar, sacudió la cabeza, y esa noche expiró.\*

---

\* De *Historias sin Fecha*.

## SINGULAR OCURRENCIA

HAY OCURRENCIAS bastante singulares. ¿Ves aquella dama que entra en este momento en la Iglesia de la Cruz? Esa que se ha detenido en el atrio para dar una limosna...

—¿La que viste de negro?

—Justamente; ahí va entrando; entró.

—No digas más. Tu mirada me está diciendo que la dama en cuestión es un recuerdo tuyo de otro tiempo; y no ha de ser mucho ese tiempo, a juzgar por el cuerpo: es una mujer espléndida.

—Debe andar por los cuarenta y seis años.

—¡Ah!, conservada. Vamos, vamos; deja de mirar el suelo y cuéntamelo todo. ¿Es viuda, por supuesto?

—No.

—Bien; el marido aún vive. ¿Es viejo?

—No está casada.

—¿Soltera?

—Así, así. Hoy en día debe llamarse doña María de Tal. En 1860 florecía bajo el apodo de la Marucha. No era costurera, ni propietaria, ni maestra de escuela; anda descartando profesiones, y llegarás... Vivía en la Calle del Sacramento. Ya en ese entonces era esbelta y, seguramente, más bonita de lo que es hoy; modales serios, hablar fino. Cuando iba por la calle, aun vestida del modo más recatado y sencillo, muchos se deslumbraban con ella.

—Tú, por ejemplo.

—Yo no, pero sí Andrade, un amigo mío, de veintiséis años, medio abogado, medio político, nacido en Alagoas y casado en Bahía, de donde vino a Río en 1859. Su esposa era mujer bonita, dulce y resignada; cuando los conocí, tenía una hija de dos años.

—Y a pesar de eso, ¿la Marucha... ?

—Es cierto, lo dominó. Mira: si no tienes mucha prisa, puedo contarte una historia interesante.

—Soy todo oídos.

—La primera vez que se encontraron fue a la entrada del almacén Paula Brito, en el Rocío. Él se encontraba allí, y vio asomar a la distancia una mujer bonita; esperó, ya entusiasmado, porque era en grado sumo amigo de faldas. La Marucha venía caminando despacio, mirando y deteniéndose como quien busca alguna dirección. Se paró un instante frente a la tienda; después, con timidez, extendió a Andrade una tarjeta, preguntándole dónde quedaba el número allí escrito. Andrade le respondió que al otro lado del Rocío, señalándole la ubicación aproximada. Ella le agradeció con mucha gentileza; y él se quedó sin saber qué pensar con respecto a aquella pregunta.

—Como estoy yo ahora.

—Nada más sencillo: la Marucha no sabía leer. Andrade no alcanzó a dar con la explicación. La vio atravesar el Rocío, que por entonces no tenía estatua ni jardín, y dar al fin, después de preguntar varias veces, con la casa que buscaba. Esa noche, Andrade fue al teatro. Presentaban *La Dama de las Camelias*; allá estaba la Marucha, quien, en el último acto, lloró como una criatura. No prosigo: al cabo de quince días se amaban locamente. La Marucha se alejó de todos sus amantes, y me parece que no fue poca la pérdida; algunos eran gente de buen dinero. Se quedó sola, absolutamente sola, viviendo apenas para Andrade, sin buscar otra relación distinta a ésta, dejando de lado cualquier otro interés.

—Como La Dama de las Camelias.

—Exacto. Andrade le enseñó a leer. "Estoy hecho un maestro de escuela", me dijo un día; y fue entonces cuando me contó la anécdota de la tienda. La Marucha aprendió de prisa. Se

comprende: la vergüenza de su ignorancia, el deseo de conocer las novelas que él le mencionaba, y hasta el gusto de complacerlo, de serle agradable... Andrade me lo contó todo, con una expresión tal de alegría en el semblante que no llegas a imaginarte. Yo gozaba de la confianza de ambos. A veces cenábamos los tres juntos; y... no tengo por qué mentir, algunas veces los cuatro. No pienses que eran reuniones disolutas; alegres, pero honestas. La Marucha gustaba de las conversaciones sobrias y tranquilas, como sus vestidos. Poco a poco se estableció entre nosotros una buena intimidad. Ella me preguntaba por la vida de Andrade, por la mujer, por la hija, por sus costumbres; quería saber si él de verdad se interesaba en ella, o si era sólo un capricho, y si había tenido otras, si la olvidaría pronto... una lluvia de preguntas, y un temor de perderlo, que mostraban a las claras la fuerza y la sinceridad de su cariño...

Un día, fiesta de San Juan, Andrade fue con la familia a la Gávea, para asistir a una cena y a un baile; dos días de ausencia. Yo los acompañé. Al despedirnos de la Marucha, ella mencionó una comedia que había visto semanas antes en El Gimnasio —*Cenando con mi madre*— diciéndome que, no teniendo familia para pasar con ella la fiesta de San Juan, pensaba imitar a la Sophia Arnoult de aquella obra: cenaría con un retrato. Pero no el de la madre, pues no tenía ninguno, sino el de Andrade. Tal afirmación estuvo a punto de merecerle un beso; Andrade quiso dárselo; ella, sin embargo, ante el hecho de mi presencia en la habitación, lo rechazó delicadamente con la mano.

—Pues mira, creo que es un bonito gesto.

—Así lo sintió también Andrade. Tomándole el rostro con ambas manos, la besó paternalmente en la frente. De allí salimos hacia La Gávea. Por el camino me contó grandes bellezas al respecto de la Marucha, me habló de sus mutuas ternezas, me confesó su intención de comprarle una casa en algún barrio alejado, tan pronto pudiese disponer del dinero necesario; y elogió la actitud digna de la muchacha, que se negaba a recibir de él más de lo estrictamente necesario.

—Todavía hay más —le dije; y le conté algo que él no sabía, esto es, que cerca de tres semanas antes la Marucha había empeñado algunas joyas para poder pagar una cuenta de su costurera. Esta noticia lo conmovió de veras; no me atrevo a jurarlo, pero creo que se le salieron las lágrimas. En todo caso, y después de meditar un rato en silencio, me dijo que definitivamente estaba decidido a conseguirle casa y a ponerla al abrigo de la miseria. En La Gávea encontramos aún ocasión para seguir hablando de la Marucha; finalmente las fiestas terminaron, y regresamos a la ciudad. Andrade dejó a su familia en casa, en la Lapa, y siguió hasta su despacho con el fin de arreglar algunos papeles urgentes. Poco después del mediodía se le apareció allí un tal Leandro, ex-agente de cierto abogado, a pedirle, como solía hacerlo, un préstamo de dos mil o tres mil reis. Era un sujeto vulgar y haragán. Vivía de dar sablazos a los amigos de su antiguo patrón. Andrade le dio tres mil reis y, como lo viese excepcionalmente risueño, le preguntó qué bicho lo había picado. Leandro hizo parpadear los ojos y se pasó la lengua por los labios; Andrade, que se moría por las anécdotas picantes, le preguntó si era cosa de amores. Él se hizo de rogar un poco, y confesó al fin que sí.

—Mira, ya sale de la iglesia. ¿No es ella?

—Ella misma; apartémonos de la esquina.

—Realmente, debe haber sido muy hermosa. Tiene un aire de duquesa.

—No miró hacia acá; mira siempre hacia el frente. Va a subir por la Calle del Oidor...

—Sí, señor. Comprendo muy bien a Andrade.

—Volvamos a la historia. Leandro confesó que había tenido la víspera una suerte extraña, o mejor única, algo que él nunca hubiera osado soñar, y que no merecía, porque sabía bien que no pasaba de ser un pobre diablo. Pero, en fin, también los pobres son hijos de Dios. El hecho fue que la víspera, cerca de las diez de la noche, había visto en el Rocío una dama vestida con sencillez, vistosa de cuerpo, y muy envuelta y protegida con un gran chal. La dama caminaba atrás de él, y más aprisa; al pasar a su lado, lo miró fijamente a los ojos, y aminoró la marcha, como en actitud de esperar. El pobre diablo pensó que aquello no podía ser verdad. Confesó a Andrade que, a pesar del atavío modesto de la dama, adivinó al punto que no era



cosa que estuviese a su alcance. Prosiguió su marcha; la mujer, que se había detenido, lo miró de nuevo; pero esta vez con tal fijeza, que no pudo menos de sentirse animado; ella hizo lo demás... ¡Ah! ¡Un ángel! ¡Y qué casa, qué sala lujosa! Algo fino de veras. Y luego, su desinterés... "Mire, señor Andrade —añadió el otro— es una mujer como para su nivel, no para el mío". Andrade sacudió la cabeza. No lo tentaba la aventura. Pero Leandro le insistía: la casa quedaba en la Calle de Sacramento, número tantos...

—¡No es posible!

—Puedes imaginarte la reacción de Andrade. Durante algunos minutos ni él mismo supo lo que dijo o hizo, lo que pensó o sintió. Al fin reencontró fuerzas para preguntar al otro si era verdad aquello que había dicho; Leandro respondió que no tenía razón alguna para inventar una historia así; notando, empero, la excitación de Andrade, le pidió discreción, asegurándole que él por su parte cerraría la boca. Se dispuso a salir. Andrade lo detuvo con una propuesta; le preguntó si le gustaría ganarse veinte mil reis. "¡Por supuesto!" "Estoy dispuesto a darle esa suma si usted viene conmigo a la casa de esa mujer, y me asegura en su presencia que es ella misma la que usted se encontró".

—¡Ah!

—No pretendo justificar a Andrade; su reacción no era muy loable que digamos; pero la pasión, en casos como éste, es capaz de enceguecer al mejor de los hombres. Andrade era digno, generoso, sincero. Pero el golpe había sido tan hondo, y su amor por ella era tan grande que no dudó en cobrarse tamaña venganza.

—¿El otro aceptó?

—Vaciló un poco, no por dignidad, sin duda, sino por temor; pero la perspectiva de veinte mil reis... puso una condición: que no lo metieran en líos... La Marucha estaba en la sala cuando Andrade llegó. Ella salió a su encuentro con la intención de abrazarlo. Pero Andrade le advirtió con un gesto que traía compañía. Después, sin quitarle los ojos del rostro, hizo pasar a Leandro; la Marucha palideció. "¿Es ésta la mujer?", preguntó Andrade. "Sí, señor", murmuró Leandro con voz trémula, pues hay actos aún más innobles que el propio hombre que los comete. Andrade abrió su cartera con mucha ostentación, sacó de ella un billete de veinte mil reis y lo entregó al otro; luego, con la misma ostentación, le ordenó que se marchase. Leandro salió. La escena que siguió fue breve pero dramática. No estoy enterado de los detalles, porque fue el propio Andrade quien me contó todo, y estaba tan aturdido y afectado como es de imaginar. Ella no confesó nada; pero estaba fuera de sí, y cuando él, después de arrostrarle frases terribles, hizo ademán de largarse, se arrojó a sus pies y le agarró las manos llorando desesperada, y amenazando con matarse. Finalmente quedó tirada en el suelo al borde de las escaleras; él bajó a paso de vértigo, y se marchó.

—Y no le faltaba razón, hay que decirlo: irse a trotar la calle en busca de algún infeliz como el tal Leandro... ¿Supongo que lo hacía con frecuencia?

—No

—¿No?

—Déjame terminar. A eso de las ocho de la noche vino Andrade a mi casa. Ya había ido tres veces, sin encontrarme. Su historia me dejó estupefacto. ¿Pero cómo dudar, si él había tenido la preocupación de apurar la prueba hasta la última evidencia? Ni te digo los improperios que le oí pronunciar, los planes de venganza, las exclamaciones, las cosas que dijo de ella. Todo lo que se dice, en fin, cuando nos llegan crisis de este estilo.. Mi consejo fue que la abandonase; que se dedicase a su familia, a su hija, a su mujer, tan buena, tan dulce... Él aceptaba el consejo, pero al instante volvía a sentirse inflamado por la cólera. De la cólera pasó a la duda; llegó a suponer que la Marucha, con el propósito de probarlo, había urdido toda la trama, contratando a Leandro para que fuera a contarle aquella historia; la prueba estaba en que Leandro insistió en darle la dirección, haciendo caso omiso de su falta de interés en la aventura. Y aferrado a esa hipótesis inverosímil, intentaba cerrar los ojos a la realidad; pero la realidad se le imponía; la palidez de la Marucha, la alegría espontánea de Leandro... todos los detalles, en suma, le gritaban que la historia era verdadera. Hasta creo que llegó a arrepentirse

de haberse procurado prueba tan concluyente. En cuanto a mí, meditaba sobre el caso sin atinar a encontrarle alguna explicación satisfactoria. ¡Tan modesta! ¡Modales tan recatados!

—Hay una frase de una obra de teatro que puede aplicarse a esta aventura; una frase de Angier, creo: "la nostalgia del fango".

—No lo creo; pero espera que aún no termino. A eso de las diez se apareció en casa una criada de la Marucha, negra liberta muy amiga de su ama. Andaba en busca de Andrade, muy preocupada porque la patrona, después de muchas horas de llorar, encerrada en su cuarto, había salido sin cenar siquiera, y no había regresado. Tuve que detener a Andrade, que intentó salir precipitadamente. La negra nos suplicaba por todos los santos que encontráramos a su ama. "¿No acostumbra ella salir por ahí?", le preguntó Andrade con sarcasmo. Pero la criada respondió que no. "¿Estás oyendo?", me dijo casi a gritos. Como si la esperanza volviera de nuevo a acariciarle el corazón. "¿Y ayer..., salió?", pregunté. La negra asintió esta vez; no quise seguir interrogándola por compasión a Andrade, cuya aflicción crecía y cuyo pundonor iba cediendo ante la noticia de la desaparición. Salimos en busca de la Marucha; fuimos a todas las casas y sitios que frecuentaba; luego fuimos a la policía; pero la noche transcurrió sin que lográramos averiguar nada acerca de su paradero. Por la mañana volvimos a la policía. El jefe o uno de los delegados, no recuerdo bien, era amigo de Andrade; éste le contó del asunto sin entrar en la parte más íntima; si bien, de cualquier modo, la relación de Andrade y la Marucha era de sobra conocida por todos sus allegados. Se hicieron investigaciones: ningún hecho grave o trágico había sucedido aquella noche; ninguna persona había caído al mar; las tiendas del ramo no reportaban ventas de armas, ni las farmacias despachos de venenos. La policía agotó sus recursos sin éxito. Imposible describirte el estado de aflicción del pobre Andrade durante esas largas horas; todo el día se lo pasó en pesquisas inútiles. No sufría sólo por la idea de perderla; también lo agobiaba el remordimiento, pues la posibilidad de una tragedia parecía de algún modo absolver a la joven. Andrade me preguntaba a cada paso si no había obrado bien haciendo lo que hizo, si no habría procedido yo de igual modo en una situación como ésa. Y tornaba a afirmar que todo había sido cierto, y me daba pruebas concluyentes, con el mismo ardor con que en la víspera había intentado probarse a sí mismo que se trataba de un error; lo que en suma buscaba era conciliar la realidad con sus sentimientos de esa hora.

—Pero, resumiendo, ¿encontraron a la Marucha?

—Estábamos en un hotel, cerca de las ocho, comiendo algún bocado, cuando recibimos una pista: un cochero había conducido la víspera a una señora a la zona del jardín botánico; la señora había entrado a un hotelito, tras despedir el coche. No alcanzamos a terminar la frugal cena; fuimos con el cochero a la dirección dada. El dueño del hotel confirmó la versión, añadiendo que la dama se había recluido en un cuarto, y apenas comido desde su llegada; tan sólo había pedido una taza de té; parecía profundamente abatida. Nos dirigimos a la habitación. El dueño del hotel dio algunos golpes en la puerta; ella respondió con voz débil, y abrió. No tuve tiempo de hacer o decir nada. Andrade me empujó a un lado, y los dos cayeron uno en brazos del otro. La Marucha lloró mucho y llegó casi a desmayarse.

—¿Todo se aclaró?

En absoluto. Ninguno de los dos volvió a mencionar el asunto. Rescatados de un naufragio, no quisieron saber nada de la tempestad que los había hecho zozobrar. La reconciliación fue rápida. Andrade le compró a los pocos meses una casita en Catumby; la Marucha le dio un hijo, que murió a los dos años.

Cuando Andrade debió viajar al norte en una comisión del gobierno, la Marucha quiso acompañarlo: se seguían queriendo igual, si bien el ardor primero se había sosegado un poco. Yo la convencí de que lo esperase. Andrade confiaba en regresar pronto, pero, como ya te he contado, murió en la provincia. La Marucha sintió profundamente su muerte; le guardó luto, y obró en todo como si fuese su legítima viuda. Me consta que, luego de tres años, aún asistía siempre a misa el día del aniversario. Hace diez años la perdí de vista. ¿Qué piensas de toda esta historia?

—Realmente, debo reconocer que hay ocurrencias bien singulares; siempre y cuando

no te hayas aprovechado de mi credulidad para urdir una trama novelesca..

—No, no he inventado nada. Es realidad pura.

—Pues, señor, es algo muy curioso. En medio de una pasión tan ardiente, tan sincera...

Yo insisto en mi teoría: creo que fue la nostalgia del fango.

—No; nunca la Marucha se rebajó hasta los *Leandros*.

—Entonces, ¿por qué lo haría aquella noche?

—Vio un hombre que supuso a distancias abismales de la gente que ella frecuentaba. Por eso obró sin recelo. Pero el azar, que es a un tiempo dios y diablo... ¡En fin, cosas!\*

---

\* De *Historias sin Fecha*.

## EL DIPLOMÁTICO

LA CRIADA entró en el comedor, se aproximó a la mesa rodeada de gente, y habló en voz baja con la señora. Al parecer le dio algún recado de urgencia, porque la señora se levantó de su silla.

—¿La esperamos, doña Adelaida?

—No, señor Rangel; continúen que ya regreso.

Rangel era el encargado de leer *El libro de suertes*. Dobló la página, y recitó un título: "Si alguien le ama en secreto". Movimiento general; hombres y mujeres se sonrieron entre sí. Estamos en la noche de San Juan de 1854, en una casa de la Calle de las Mangueiras. El dueño de la casa se llama Juan, Juan Viegas, y tiene una hija, Juanita. Todos los años se reúnen parientes y amigos, hacen una fogata en el solar, preparan los pasabocas de costumbre y se echan las suertes. También hay cena, algunas veces baile, y algún juego de prendas, todo muy en familia. Juan Viegas es escribano en un tribunal civil de la Corte.

—Vamos a ver, ¿quién sigue? —dijo Viegas—. Me parece que doña Felismina. Averigüemos si alguien la ama en secreto.

Doña Felismina sonrió desvaidamente. Era una buena cuarentona, sin prendas ni rentas, que vivía espiando marido entre el disimulo de sus actitudes devotas. En verdad, la alusión era fuerte, pero apropiada. Doña Felismina era el modelo perfecto de aquellas criaturas indulgentes y mansas, cuyo destino es servir de diversión a los otros. Tomó y lanzó los dados con un aire de complacencia incrédula. Número diez, gritaron dos voces. Rangel miró la página, buscó la línea correspondiente al número, y levó: decía que sí, que existía una persona, que ella debía buscarla el domingo en la misa. Toda la mesa dio sus parabienes a doña Felismina, que sonreía con aire indiferente, pero interiormente esperanzada.

Pasaron los dados a otras manos y Rangel siguió leyendo las suertes. Leía con afectada elocuencia. De vez en cuando se sacaba los anteojos y los limpiaba despaciosamente con la punta del pañuelo de lino —bien fuese por exhibirlo, o por hacer sentir el perfume que le ponía—. Presumía de grandes modos, y sus amigos lo apodaban "el diplomático".

—Vamos, don diplomático; continúe.

Rangel parpadeó; se había olvidado de leer una de las suertes por estar recorriendo con la mirada el grupo de muchachas que tenía al frente. ¿Le interesaba alguna? Vamos por partes.

Era soltero, no por vocación sino por obra de las circunstancias. En su juventud tuvo algunos amoríos, pero con los años le llegó el deseo de grandeza, y esto le fue prolongando el celibato hasta los cuarenta y un años que tiene ahora. Aspiraba a alguna novia de nivel social superior al suyo y se le pasó el tiempo esperándola. Llegó a frecuentar los bailes de un abogado célebre y rico, para el cual trabajaba en ocasiones y que era su protector. Lucía en aquellos bailes tan subalterno como en el trabajo; se pasaba la noche recorriendo los pasillos, espiando el salón, viendo pasar a las damas, devorando con los ojos una multitud de espaldas magníficas y talles graciosos. Envidiaba a los hombres, y trataba de imitarlos. Salía de allí excitado y resuelto. A falta de bailes, asistía a las fiestas de la iglesia en donde podía mirar a las clamas prestantes de la ciudad. No dejaba de asistir tampoco a los desfiles imperiales, para ver pasar las grandes damas y los personajes de la corte, ministros, generales, diplomáticos, jueces, e identificaba todo, personas y carruajes. Volvía de la fiesta y el cortejo como de los bailes: impetuoso, ardiente, capaz de arrebatar de un lance la palma de la fortuna.

Lo peor es que entre la espiga y la mano existe el muro de que hablaba el poeta, y Rangel no era hombre de saltar muros. Con la imaginación hacía cualquier cosa, raptaba mujeres y destruía ciudades. Más de una vez fue, en su interior, ministro de estado y se hartó de cortesías y decretos. Llegó al punto de proclamarse emperador, un dos de diciembre, de regreso del desfile del parque imperial; se ideó para ello una revolución, en la que derramó alguna sangre, poca, y una dictadura benéfica que utilizó, con ejemplar medida, para tomarse

algunas pequeñas revanchas laborales. Pero todas sus proezas eran fábulas. En la realidad, era pacato y discreto.

A los cuarenta años se dejó de ambiciones; pero su índole siguió siendo la misma y, a pesar de su vocación conyugal, no encontró novia. Más de una lo hubiera aceptado con placer; pero con todas fracasaba a fuerza de circunspección. Un día reparó en Juanita, que llegaba a los diecinueve años y poseía un par de ojos bellos y sosegados, vírgenes de todo trato masculino. Rangel la conocía desde niña, la había llevado a hombros en el Paseo Público, o en las noches de fiesta de la Lapa. ¿Cómo hablarle de amor? Pero de otro lado, las relaciones con la familia eran tales, que podrían facilitar ese casamiento. Y era éste, o ninguno.

En este caso el muro no era alto y la espiga era corta; bastaba estirar el brazo con algún esfuerzo para arrancarla del suelo. Rangel andaba en ello desde algunos meses atrás. No estiraba el brazo sin mirar antes hacia todos los lados, para ver si alguien venía; y, si alguien venía, disimulaba y se retiraba. A veces, con el brazo estirado, le sucedía que un soplo de viento agitaba la espiga o algún pajarito se posaba en las hojas secas y esto solo bastaba para que retirase la mano. Se pasaba así el tiempo, y la pasión se le acendrabá: causa de muchas horas de angustia, seguida siempre por grandes esperanzas. Ahora mismo tiene en su bolsillo la primera carta de amor, y está decidido a entregarla. Ya ha tenido dos o tres buenas oportunidades, pero siempre lo ha ido aplazando. ¡Es tan larga la noche! Mientras tanto, sigue leyendo las suertes, con la solemnidad de un profeta.

Todo en el ambiente es alegría. Hay susurros, risas, voces entremezcladas. El tío Rufino, que es el bromista de la familia, se pasea por la mesa haciendo cosquillas con una pluma en las orejas de las muchachas. Juan Viegas está inquieto por la demora de un amigo, Calixto. ¿Qué le habrá pasado a Calixto?

—Por favor, necesito la mesa; pasemos a la sala.

Era doña Adelaida que volvía; se preparaba la mesa para la cena. Todos salieron; así, caminando, resaltaba la gracia de la hija del escribano. Rangel la miraba con ojos enamorados. Ella se aproximó a una ventana, por algunos instantes, mientras se preparaba un juego de prendas y él la siguió. Era la ocasión propicia para entregarle la carta.

Al frente, en una gran mansión había una fiesta, y se bailaba. Ella miraba, él miró también. Por las ventanas se veían pasar las parejas, cadenciosas, las señoras ataviadas con sedas y encajes, los caballeros finos y elegantes, algunos de ellos luciendo condecoraciones. De vez en cuando relucía un collar de brillantes entre los giros de la danza. Parejas que charlaban, charreteras que brillaban, bustos inclinados, vuelos de abanico, todo esto a fragmentos a través de las ventanas que no alcanzaban a mostrar el salón entero, pero dejaban adivinarlo. Él lo conocía, desde luego, y daba toda clase de detalles a la muchacha. El diablillo de las grandezas, que hasta entonces dormitaba, empezó a hacer de las suyas en el corazón de nuestro hombre y hasta intentó seducir también el corazón de Juanita.

—Conozco una persona que luciría admirablemente en esa fiesta—murmuró Rangel.

Y ella, con ingenuidad:

—Sería usted.

Rangel sonrió halagado, y no supo qué responder. Observó los criados y cocheros de librea, en la calle, que conversaban en grupos o reclinados en el tejadillo de las carrozas. Empezó a designar su procedencia: ésta es de Olinda, aquella de Maranguapé. En ese momento llega otra, rodando, del lado de la Calle de la Lapa, y entra en la Calle de las Mangueiras. Se detiene frente a la mansión; salta el lacayo, abre la portezuela, se quita el sombrero y hace una venia. Sale del interior una calva, una cabeza, un hombre, dos galanes, luego una señora ricamente vestida; entran al vestíbulo, y suben la escalinata revestida de alfombras y adornada en su base con dos grandes jarrones.

—Juanita, señor Rangel...

¡Maldito juego de prendas! En el justo momento en que se disponía a decir algo acerca de la pareja que subía, para pasar luego a la entrega de la carta... Rangel obedeció y se sentó frente a la muchacha. Doña Adelaida, que dirigía el juego de prendas, recogía los nombres; cada

persona debía ser una flor. Como es lógico el tío Rufino, siempre bromista, escogió para sí la flor del melón, en cuanto a Rangel, para no parecer trivial, repasó mentalmente las flores y cuando la dueña de casa le preguntó por la suya, respondió con mesura:

—Maravilla, señora mía.

—¡Es una pena la ausencia de Calixto! —suspiró el escribano...

—¿Pero él aseguró que venía?

—Sí; a ver no más fue a mi despacho, para avisarme que llegaría tarde, pero que contase con él; tenía que asistir primero a una reunión en la Calle de la Carioca...

—¡Permiso para dos! —gritó una voz desde el pasillo.

—¡Por fin! ¡Ahí llega!

Juan Viegas fue a abrir la puerta; era Calixto, acompañado de un joven extraño, que él presentó a todo el grupo.

—Queirós, empleado de la Santa Casa;<sup>1</sup> no somos parientes, a pesar de nuestro gran parecido; quien mira al uno, ve al otro... Todos rieron; era una broma de Calixto, leo como el diablo, en tanto que Queirós era un apuesto joven de veintiséis o veintisiete años, cabello negro, ojos negros, y singularmente esbelto. Las muchachas mostraron alguna timidez; doña Felismina se portó a la altura de las circunstancias.

—Estábamos jugando prendas; ustedes pueden participar, si lo desean —dijo la dueña de casa—. ¿Juega, señor Queirós?

Queirós respondió afirmativamente, mientras echaba un vistazo a los invitados. Conocía a algunos, y cambió dos o tres palabras con ellos. Dijo luego a Viegas que hacía tiempos deseaba conocerlo, por causa de un favor que su padre le había debido en algún asunto del foro. Juan Viegas no recordaba el caso, ni siquiera después de que el joven se lo hubo explicado. Pero le agradó con íntima satisfacción que todos se enterasen de aquello.

Queirós entró de lleno en el juego. Al cabo de media hora parecía ya íntimo de la casa. Todo en él era acción, hablaba con soltura, tenía los gestos naturales y espontáneos. Poseía un vasto repertorio de castigos para los juegos de prendas, cosa que encantó a toda la concurrencia; y nadie los dirigía mejor, con tanto movimiento y animación, yendo de un lado para otro, organizando grupos, empujando sillas, hablando con las muchachas como si las conociera desde la infancia.

—Doña Juanita aquí, en esta silla; doña Cesaria a este lado, de pie, y el señor Camilo entra por aquella puerta... Así no: así, observe, de modo que...

Rígido en su silla, Rangel estaba atónito. ¿De dónde venía ese huracán? Y el huracán soplabá, levantaba sombreros, despeinaba a las jóvenes que reían de contento: Queirós aquí, Queirós allá, Queirós por todas partes. Rangel pasó de la estupefacción a la mortificación. De algún modo, le arrebatában el bastón de mando. No miraba al joven, no celebraba sus frases, y le respondía secamente. En su interior se mordía los labios y lo mandaba al diablo, lo tildaba de tonto y frívolo, capaz de causar risa y agrado sólo porque en noches de fiesta todo es fiesta. Pero repetir éstas y peores cosas no lograba consolarlo. Sufría de verdad, en lo más íntimo de su amor propio; y lo malo es que el otro percibió su agitación, y lo pésimo es que él percibió que era percibido.

Así como imaginaba venturas, imaginaba Rangel venganzas. En su mente hizo trizas a Queirós. Después consideró la posibilidad de algún desastre: un dolor sería suficiente; pero un dolor fuerte, que se llevase de allí al intruso. Ni dolor, ni nada; el sujeto aquél se mostraba cada vez más jovial y toda la sala parecía fascinada con él. La misma Juanita, tan recatada, vibraba en las manos de Queirós como cualquier otra de las asistentes; y todos, hombres y mujeres, parecían empeñados en halagarlo. Cuando sugirió la idea de danzar, las muchachas se acercaron al tío Rufino, y le pidieron que tocara una contradanza en la flauta, sólo una, no pedían más.

—No puedo, tengo un callo en la mano.

—¿Flauta? —gritó Calixto—. Pidan a Queirós que nos toque algo, y verán lo que es una

<sup>1</sup> Término que equivale en el Brasil de hoy, a los hospitales de misericordia. (Nota del traductor)

flauta... Ve a buscar la flauta, Rufino. Oigamos a Queirós. ¡No imaginan cómo es él de *saudoso* en la flauta!

Queirós tocó la *Casta Diva*. ¡Qué ridiculez!, decía para sus adentros Rangel; una musita que hasta los niños silban en las calles. Lo miraba de soslayo preguntándose si aquello era propio de un hombre serio; y llegaba a la conclusión de que la flauta era un instrumento grotesco. Miró también a Juanita y apreció que, como todos los demás, tenía la atención fija en Queirós, y se mostraba embebida, enamorada de los acordes de la música. Se estremeció sin saber por qué. Los demás semblantes exhibían idéntica expresión, y sin embargo presintió algo que acentuó su aversión al intruso. Cuando la flauta terminó, Juanita aplaudió menos que los otros y Rangel entró a dudar si era por su habitual recato, o si alguna emoción especial... Se hacía urgente entregarle la carta.

Llegó la hora de la cena. Todos entraron confusamente en el comedor y Rangel tuvo la suerte de quedar situado frente a Juanita, cuyos ojos estaban más bellos que nunca y tan expresivos que no parecían los de siempre. Rangel los disfrutó en silencio, al tiempo que con la imaginación hacía volar a Queirós de un solo golpe. Después fantaseó que se hallaban, ella y él, en el hogar futuro, nido de enamorados que adornó con los oros del ensueño. Llegó incluso a sacarse un premio en la lotería y a emplearlo todo en sedas y joyas para su mujer, la linda Juanita, —Juanita Rangel —doña Juanita Rangel, —doña Juana Viegas Rangel, —o doña Juana Cándida Viegas Rangel... No podía omitir el "Cándida"...

—Vamos, un brindis, don diplomático... Regálenos uno de sus brindis...

Rangel despertó. La mesa entera repetía el pedido del tío Rufino; la propia Juanita le pidió un brindis, parecido a aquél que le regalara el año pasado. Rangel respondió que lo haría con gusto, apenas terminara con aquella ala de gallina. Movimiento, murmullos elogiosos. Doña Adelaida se volvió hacia una joven que le decía que nunca había oído discursar a Rangel:

—¿No? —preguntó con asombro—. No imaginas lo bien que habla; con tanta propiedad, con palabras tan escogidas... y aquellas maneras tan finas...

Mientras comía, Rangel iba recordando palabras, retazos de ideas, que pudieran servirle en la composición de frases y metáforas. Acabó y se puso de pie. Mostraba un aire satisfecho y confiado. Al fin se acordaban de él. Terminaba la algarabía de los chistes fáciles, de las bromas insulsas, y acudían a él para poder oír alguna cosa correcta y seria. Miró a su alrededor, vio todos los rostros a su espera. Todos no: los ojos de Juanita se dirigían hacia Queirós y los de éste venían a esperarlos a mitad de camino, en una cabalgata de promesas. Rangel palideció. Las palabras se le anudaron en la garganta; pero era preciso hablar; todos esperaban con simpatía, en silencio.

Habló de cualquier modo. Eligió como tema un brindis al dueño de casa y a su hija. Se refería a ella como un pensamiento de Dios, transportado de la fantasía a la realidad, frase que empleara tres años antes y debía estar ya olvidada. Habló también del santuario de la familia, del altar de la amistad, y de la gratitud, que es la flor de los corazones puros. Cuando las ideas escaseaban, la frase se hacía más florida y retumbante. En suma, un brindis de diez minutos bien medidos, que él despachó en cinco y procedió a sentarse.

No era el fin. Queirós se levantó a los pocos minutos para hacer otro brindis y el silencio fue todavía más completo. Juanita clavó los ojos en el regazo, con rubor; Rangel se estremeció.

—El ilustre amigo de esta casa, el señor Rangel —empezó Queirós—, alzó su copa en honor de las dos personas cuyo santo celebramos hoy; yo brindo por aquella que es la santa de todos los días: doña Adelaida.

Grandes aplausos celebraron ese homenaje, y doña Adelaida, halagada, recibió las felicitaciones de todos los invitados. La hija no se limitó a felicitarla.

—¡Mamá, mamá! —exclamó levantándose; y se acercó a abrazarla y besarla tres cuatro veces; especie de mensaje para ser leído por dos personas.

Rangel pasó de la cólera al desaliento y, terminada la cena, pensó en retirarse. Pero la esperanza, demonio de ojos verdes, le pedía que no se marchase, y no se marchó. ¿Quién sabe?

Todo era pasajero, locuras de una noche, requiebros de un momento. Después de todo él era un viejo amigo de la casa, y gozaba del aprecio de la familia; bastaría pedir la mano de la muchacha para que le fuese concedida. Y además, era muy posible que el tal Queirós no tuviera medios económicos para fundar un hogar. ¿Qué clase de empleo tenía en la Santa Casa? Quizá un puesto de segunda clase... Espió de soslayo el atuendo de Queirós, detalló el tejido, escrutó el bordado de la camisa y las rodilleras de los pantalones, el desgaste de los zapatos, y terminó confesándose que se trataba de un joven elegante; pero era muy probable que todo su dinero lo gastase en sí mismo; casarse era una cosa muy diferente. También podría ser que tuviese madre viuda, hermanas solteras... Rangel era solo en el mundo.

—Tío Rufino, tócanos algo.

—No puedo; la música después de comer da indigestión. Volvamos al juego.

Rangel dijo que no jugaba más; tenía dolor de cabeza. Pero Juanita se acercó a él y le pidió que jugaran juntos, en pareja. "La mitad de los puntos para usted, la mitad para mí", dijo sonriendo; él sonrió también, y aceptó la invitación. Se sentaron uno al lado del otro. Juanita le hablaba, reía, lo miraba con sus bellos ojos, traviesa, moviendo la cabeza a lado y lado. Rangel empezó a sentirse más a gusto, y al poco tiempo estaba completamente tranquilo. Se desentendía a veces del tablero, que ella le señalaba con el dedo; y los descuidos se convirtieron en algo deliberado, sólo para ver la mano de la muchacha, y oírla decir: "Por favor, un poco más de atención; mire que vamos a perder..."

Rangel consideró la idea de entregarle la carta por debajo de la mesa; pero no estando declarados, hubiera sido natural que ella la recibiese con excesiva sorpresa; era necesario ponerla sobre aviso. Miró a su alrededor: todos los rostros estaban inclinados sobre los cartones, pendientes de los números. Rangel se aproximó a Juanita, mirando sus cartas como si quisiera verificar algo.

—Ya tienes dos columnas —le dijo en voz baja.

—Dos no; tengo tres.

—Tienes razón; tres. Escucha...

—¿Y usted?

—Tengo dos.

—¿Cuáles dos? Tiene cuatro.

Eran cuatro. Ella se lo indicó, poniendo su rostro muy cerca al suyo. Después lo miró, riendo y agitando la cabeza: "¡Usted es único!" Rangel la oía con singular deleite; la voz era tan dulce, y la expresión tan amistosa, que él, olvidado de todo, la tomó de la cintura y se internó con ella en el eterno vals de las quimeras. Casa, mesa, invitados, todo se sumió en la vacuidad de la imaginación, para dar paso a la realidad única: él y ella, girando en el espacio, bajo miríadas de estrellas que titilaban encendidas con el único propósito de alumbrarlos.

Ni carta, ni nada. Casi al amanecer se arrimaron todos a la ventana para ver salir a los convidados de la casa vecina. Rangel retrocedió espantado. Vislumbró un roce de manos entre Queirós y la bella Juanita. Quiso justificarlo: era sólo su imaginación, que creaba y destruía visiones a manera de olas que nunca terminan. Le resultaba imposible comprender que algunas pocas horas fueran suficientes para unir de aquel modo dos criaturas. Pero era aquello lo que revelaba la actitud de los dos, sus ojos, sus palabras, sus risas, y hasta la *saudade* con que se despidieron casi al amanecer.

Salió de allí desolado. ¡Solamente una noche, apenas unas horas! Al llegar a casa se tiró en la cama, no para dormir sino para romper en sollozos. A solas consigo perdió toda afectación. No era más el diplomático: era un hombre herido, que se mecía en la cama gritando, llorando como un niño, lleno de amargura por ese triste amor de otoño. El pobre diablo, hecho de devaneo, indolencia y afectación, era en esencia tan desgraciado como Otelo y tuvo un destino aún más cruel.

Otelo mata a Desdémona. Nuestro enamorado, cuya pasión secreta nadie presintió, fue el padrino de Queirós cuando éste se casó con Juanita seis meses después.

Ni la vida ni los años le cambiaron el alma. Cuando estalló la guerra con Paraguay pensó



más de una vez en alistarse como voluntario. Nunca lo hizo. No obstante, ganó algunas batallas y acabó siendo brigadier general.\*

---

\* *Varias Historias.*

## LA CARTOMÁNTICA

DICE Hamlet a Horacio que hay más cosas en la tierra y en el cielo de las que podemos adivinar. Eso mismo le decía la bella Rita al joven Camilo un viernes de noviembre de 1869, cuando él se burlaba de ella por haber ido el día anterior a consultar una cartomántica.

—Ríete si quieres. Los hombres son así, no creen en nada. Pues te diré que fui a verla y antes de que alcanzara a abrir siquiera la boca, ya había adivinado el motivo de mi visita. Tan pronto empezó a poner las cartas en la mesa, me dijo: "usted está enamorada de un hombre..." Asentí, y ella siguió colocando las figuras hasta que me declaró al fin que yo tenía miedo de que tú me olvidases, pero que estaba equivocada...

—Era ella la equivocada —interrumpió Camilo riendo.

—No hables así, Camilo. ¡Si supieras cuánto he sufrido por tu causa en estos días! Ahora lo sabes, porque acabo de decírtelo. No te rías de mí, por favor.

Camilo la cogió de las manos, y la miró a los ojos con gravedad; le aseguró que la quería mucho y que sus temores eran infundados. Si se empeñaba en esos temores, sólo tenía que decírselos y él mismo la consolara; después la riñó por la imprudencia de haber visitado a aquella hechicera. Si Villela se enterase...

—¡Oh, no! —dijo Rita—; tomé todas las precauciones para que nadie me viera.

—¿Dónde vive la bruja?

—Muy cerca de aquí, en la Calle de la Guardia Vieja; estaba desierta en ese momento. Tranquilízate, que yo sé hacer bien las cosas.

Camilo se echó a reír de nuevo.

—¿Pero de verdad crees en eso? —preguntó.

Y fue en ese momento cuando, traduciendo a Hamlet, sin conocerlo, a su prosa cotidiana, Rita respondió que había en este mundo muchas cosas misteriosas. Si él no creía en ellas, era asunto suyo. Lo único cierto era que la cartomántica lo había adivinado todo. Prueba de ello era la tranquilidad que ahora sentía.

Rita pensó que el joven iba a decir algo; pero Camilo calló, para no desilusionarla. Además, en su niñez, y aún mucho después, había sido presa de un cúmulo de supersticiones y creencias aprendidas de su madre que sólo a la altura de sus veinte años había logrado abandonar. El día que se despojó de toda aquella maleza parasitaria, dejando apenas el tronco desnudo de la religión, el joven envolvió en una negación total las viejas enseñanzas de su madre. Camilo no creía en nada de aquello. ¿Por qué? Él mismo no sabría decirlo, pues carecía de razones de fondo; negaba porque sí, y aun esta frase es incorrecta: porque negar supone una afirmación, y Camilo no afirmaba cosa alguna; se limitaba a encogerse de hombros ante lo misterioso y a vivir su vida.

Ambos se separaron contentos, sobre todo él; Rita estaba segura de su amor. Y Camilo no sólo lo sabía, sino que la veía temblar ante la idea de que él la abandonara, arriesgarse por su culpa y hasta correr en busca de adivinas; y si bien insistía en censurarla, no dejaba de sentirse halagado. La casa donde los dos amantes se encontraban quedaba en la antigua Calle de Los Barbonos, y en ella vivía una mujer del mismo pueblo de Rita. Bajó ésta por la Calle de Las Mangueiras, en dirección a su casa en Botafogo. Camilo enrumbó por la Guardia Vieja y al pasar echó una ojeada a la casa de la adivinadora.

Villela, Camilo y Rita. Tres nombres, una aventura y ninguna explicación previa; es hora de que la demos. Los dos primeros eran amigos desde la infancia. Villela estudió derecho; Camilo eligió la burocracia, contra los deseos de su padre, que quería verlo médico. Pero el padre murió y Camilo anduvo de un lado para otro, sin hacer nada, hasta que su madre logró conseguirle un empleo oficial. A principios de 1869 retornó Villela de provincias, donde se hallaba, casado con una joven muy hermosa y algo frívola; abandonó la magistratura y montó

su propio bufete de abogado. Camilo le consiguió casa en la zona de Botafogo y fue a recibirlo al puerto.

—Mucho gusto en conocerle —dijo Rita estrechándole la mano—. No sabe usted cuánto lo aprecia mi marido. Todo el tiempo tiene su nombre en los labios.

Camilo y Villela se miraron con afecto; eran de verdad muy amigos. Luego Camilo se dijo para sus adentros que la mujer de Villela no desmentía en nada lo que éste le había dicho por carta. Era realmente bonita y vivaz, con grandes ojos que brillaban y una boca fina y tentadora. Era un poco mayor que ellos; pasaba la treintena, mientras que Villela contaba a lo más veintinueve, y Camilo veintiséis. Pero el grave porte de Villela lo hacía parecer de más edad que ella; por lo que dice a Camilo, era un ingenuo en la parte moral y en la práctica. Le faltaba la huella que deja el tiempo, y hasta esos anteojos de grueso vidrio con que la naturaleza de algunos se anticipa a los años; ni experiencia, ni intuición, empezaron a verse con frecuencia, y con la asiduidad del trato pronto fueron los tres íntimos amigos. Al poco tiempo murió la madre de Camilo, y en aquellos momentos amargos —que en verdad lo fueron—, Villela se hizo cargo del entierro, las misas y el testamento, y la otra se dedicó a aliviar el corazón del joven, cosa que hacía con admirable acierto.

Nunca supo Camilo cómo llegaron a enamorarse. Es verdad que le complacía pasar las horas a su lado, era su enfermera moral, casi una hermana; pero también, y ante todo, era mujer, y bonita. El *odor di femina* era lo que él aspiraba a su lado, impregnándole los sentidos. Se sentaban a leer en voz alta, iban juntos al teatro y al parque. Camilo le enseñó a jugar a las damas y al ajedrez, y sostenían largas partidas por las noches, sin mucho acierto ella, él un poco mejor y por complacerla. Esto en cuanto al ambiente. En cuanto a lo personal, estaban los insistentes ojos de Rita, a cada paso buscando los suyos, consultándole antes que al marido todos sus problemas; y las manos heladas, las actitudes imprevistas... El día en que Camilo cumplió años recibió de Villela un hermoso bastón; Rita en cambio le envió una simple tarjeta. Las palabras eran triviales, pero hay trivialidades sublimes o por lo menos deliciosas. El coche destartado donde por la primera vez paseamos, corridos los visillos, con la mujer amada, vale tanto o más que la carroza de Apolo. Así son los hombres y las cosas que los rodean.

Camilo intentó de corazón evitar aquel amor; pero le resultó ya imposible. Rita se llegó a él como una serpiente, se enroscó a su cuerpo, hizo crujir sus huesos en un estremecimiento y, gota a gota, vertió en su boca el veneno prohibido. Él quedó rendido y sumido en la incertidumbre. Indecisión, remordimiento, temores y deseos: todo eso llegó a él al mismo tiempo. Pero la batalla fue breve, y la victoria apasionada. ¡Adiós escrúpulos! No tardó la sandalia en ajustarse al pie, y ambos emprendieron el camino, unidas las manos y rozando apenas los céspedes y los guijarros, sin tiempo para sentir otra cosa distinta a la nostalgia que sufrían cuando estaban separados. Villela siguió profesando a ambos la misma estimación y confianza; pero cierto día recibió Camilo un anónimo, en el que se le tachaba de disoluto y pérfido y le anunciaban que ya todo el mundo estaba al tanto de aquella aventura. Camilo se asustó mucho y, para desvanecer las sospechas, empezó a espaciar sus visitas a la casa de Villela; ante el reproche de éste, Camilo se excusó pretextando un amorío propio de su edad. Su ingenuidad se convirtió en astucia; cada vez fue espaciando más los intervalos entre visita y visita, y al final cesó de hacerlas por completo. Quizá influyó en esto el amor propio y el afán de esquivar las amabilidades del marido, al fin de olvidar la negrura de su conducta.

Fue por esos días que Rita, recelosa y asustada, fue a visitar a la cartomántica para consultarle sobre la causa de la conducta de Camilo. Ya sabemos que aquélla le devolvió la confianza en el amor del joven, y que éste le censuró la visita. Corrieron las semanas y Camilo recibió dos o tres anónimos más, escritos con una pasión que hacía descartar la hipótesis de alguna advertencia moralizadora, dejando traslucir más bien el despecho secreto de algún rival. Tal fue la opinión de Rita al saberlo, pues formuló, con palabras menos airoas, este aforismo:

—La virtud es perezosa y avara, no gasta tiempo ni papel. Sólo el propio interés es activo y pródigo.

No consiguió tranquilizar con esto a Camilo; temía el joven que el autor de los

anónimos los hiciese llegar también a Villela, pues en ese caso la catástrofe sería inevitable. También Rita concordaba con ello.

—Está bien —dijo—, me llevaré los sobres, para confrontar la letra con la de las cartas que él reciba. Si advierto una con igual letra, la retiro y la destruyo.

No llegó ninguna. Pero, al poco tiempo, empezó a notarse en Villela un aire triste y taciturno, como si desconfiara de algo. Rita se dio prisa en contárselo a su amante, y ambos deliberaron sobre el asunto; Rita pensaba que Camilo debía reiniciar sus visitas, a ver si el marido le confiaba alguna cosa.

Camilo opinaba de otro modo; volver a visitar la casa después de tantos meses equivalía a confirmar las sospechas. Era preferible andar con cautela y dejar de verse por algunas semanas. Acordaron la manera de escribirse en caso de urgencia, y se separaron llorando sin consuelo.

Al día siguiente, hallándose Camilo en el Ministerio, recibió la siguiente nota, firmada por su amigo: "Ven inmediatamente a casa; necesito hablarte lo más pronto posible". Era mediodía. Camilo se dirigió hacia allí de inmediato; ya en la calle, pensó que habría sido más lógico que Villela le hubiese citado en su bufete, y no en su casa. ¿Por qué había preferido ésta última? No era normal; y la letra, con razón o sin ella, le pareció insegura, como trazada por una mano temblorosa. ¿Habría alguna conexión entre aquello y lo que Rita le había contado el día anterior? "Ven inmediatamente a casa; necesito hablarte lo más pronto posible", repetía Camilo con los ojos fijos en el papel.

En su imaginación vio asomar el rabillo de un drama: Rita, de rodillas, sollozante; Villela, colérico, escribiendo la nota, seguro de que iría aguardándole para matarla en su presencia. Camilo se echó a temblar; tenía miedo; luego se rió con una risa falsa; en el fondo, no aceptaba la idea de echar paso atrás. Siguió pues su marcha; pero en el trayecto se le vino la idea de pasar antes por su casa. Tal vez le estaría esperando allí alguna comunicación de Rita que pudiese darle la clave del misterio. No encontró nada. Descendió de nuevo las escaleras, mientras la idea de que Villela lo hubiese descubierto todo se le antojaba cada vez más posible. Era apenas natural que el autor de aquellos anónimos los hubiese escrito también al marido. Era muy probable que Villela estuviese enterado de todo. El solo hecho de que él no hubiese vuelto por su casa, sin razón aparente y con tan pobres excusas, sería suficiente para confirmar sus sospechas. Camilo caminaba inquieto y nervioso; no releía ya la carta del amigo, pero las palabras, que se sabía de memoria, no se le apartaban de la vista, cuando no se las soplaban al oído —y eso era aún peor— la propia voz de Villela: "Ven inmediatamente a casa; necesito hablarte lo más pronto posible". Y así, pronunciadas por la voz del otro, adquirían aquellas palabras un tono de misterio y amenaza. "Ven inmediatamente a casa". ¿Por qué? Era cerca de la una. Su inquietud crecía por momentos; imaginó tantas veces lo que podría ocurrir, que concluyó dándolo por hecho. No cabía duda de que estaba atemorizado; analizó la posibilidad de llevar un arma, pues nada perdería con esa útil precaución, aun en caso de que se engañase; pero al instante rechazó la idea, disgustado consigo mismo y, apurando la marcha, se dirigió a la plaza de la Carioca, con el fin de tomar allí un coche de punto. Se acomodó en uno, y el jamelgo arrancó al trote largo, apurado por el cochero, al que Camilo ordenó que se diera prisa.

—Mientras más pronto, mejor —pensó—. No puedo continuar en esta ansiedad.

El paso trotón del caballo aumentaba su inquietud; el tiempo corría; un momento más y se vería cara a cara con el peligro. Casi al final de la Guardia Vieja, el coche debió detenerse, pues un carro volcado obstruía el tránsito. Camilo esperó, alegrándose en su interior por aquella pausa inesperada. Al cabo de unos minutos advirtió que se hallaba casi en frente de la casa de la adivina; el joven anheló en ese momento que la profecía resultase verdadera. Miró hacia la casa, que daba hacia la derecha; todos los balcones estaban cerrados, en contraste con los de las fachadas vecinas, por donde asomaban caras curiosas atentas a los sucesos de la calle. Se diría que aquella casa hermética era la mansión del impasible destino.

Camilo se hundió en su asiento para no mirar. Su emoción aumentaba; desde el fondo de su conciencia surgían viejos fantasmas, antiguas creencias, olvidadas supersticiones. Propuso

al cochero devolverse y tomar otra ruta. Respondió éste que no, que esperarían. El joven se asomó entonces a la ventanilla y contempló la casa de la adivina; hizo un gesto de incredulidad. De atrás, desde muy lejos, como en un aleteo de anchas alas oscuras, le llegaba a la mente la idea de consultar a la mujer de las cartas. Desapareció la idea, parpadeó de nuevo y se marchó otra vez de su pensamiento; pero al cabo de un rato volvió a aletear, cada vez más cerca, trazando círculos concéntricos... Ya los transeúntes gritaban, poniendo en marcha el carro varado:

—¡Arre, arre! ¡Ya, vamos!

Otro instante y quedaría libre la calle. Camilo cerraba los ojos y trataba de pensar en otra cosa. Pero la voz del esposo le murmuraba insistentemente las palabras de la carta: "Ven inmediatamente a mi casa; necesito hablarte lo más pronto posible..." Y se imaginaba, temblando, el desenlace del drama. Miraba la casa de la hechicera; sus piernas parecían querer apearse del coche, y entrar... Un velo espeso le nubló los ojos... Pensó de pronto en el misterio que rodea las cosas de este mundo. Oía la voz de su madre narrándole sucesos inexplicables, y la frase del príncipe de Dinamarca le rondaba el cerebro: "Hay más cosas en la tierra y en el cielo de las que podemos adivinar". ¿Y después, qué podía perder si...?

De pronto, y sin saber cómo, se vio en la acera al frente de la puerta. Pidió al cochero que esperara; entró en el zaguán y empezó a subir las escaleras... Estaban éstas en la penumbra, y sus pies tropezaban en los gastados peldaños; pero él no se percataba de nada. Llegó arriba y llamó; nadie acudió a su llamado, y Camilo sintió deseos de devolverse. Era ya tarde: la curiosidad lo llenaba de inquietud; le latían las sienes. Llamó de nuevo, una, dos, tres veces. Abrió por fin una mujer; era la cartomántica. Camilo dijo que quería hacerle una consulta, y ella lo hizo pasar. Subieron hasta el desván, por una escalera más estrecha y oscura que la anterior. Arriba había un cuarto pequeño, escasamente iluminado por una ventanita que daba al tejado vecino. Unos muebles viejos y raídos, unas paredes sucias y un ambiente de pobreza que no sólo no afectaba el misterio del sitio, sino que ayudaba a acentuarlo.

Pidió la bruja a Camilo que se sentara frente a una mesa; ella tomó asiento al otro lado, de espaldas a la ventana, de tal modo que la escasa luz que por allí se filtraba daba de lleno en el rostro del joven. Abrió una gaveta y sacó de allí una baraja muy gastada y sucia; mientras barajaba los naipes miraba de soslayo el rostro de su cliente. Era una mujer de unos cuarenta años, italiana, flaca y morena, con un par de ojos oscuros y penetrantes.

—Averigüemos en primer lugar el motivo de su visita; usted acaba de pasar un gran susto...

Camilo, asombrado, hizo un gesto de afirmación.

—Y desea usted saber —continuó la italiana— si le amenaza algún peligro...

—A mí, o a ella —replicó de inmediato Camilo.

Con rostro inexpresivo, la cartomántica le dijo que aguardase un momento. Volvió a barajar las cartas con sus dedos largos y finos. Barajó y volvió a hacerlo, y cortó luego una, dos, tres veces. Después descubrió las cartas. Camilo no le apartaba los ojos, ávidos de curiosidad e inquietud.

—Las cartas dicen...

Camilo se inclinó sobre la mesa, pendiente de las palabras de la adivina. Ella le dijo que no tenía por qué temer; que ni a él ni a ella habría de sucederles nada malo. El otro no estaba enterado de nada, aunque era necesario que obrasen con cautela; la envidia y el despecho tejían en la sombra una red para atraparlos.

La bruja siguió hablándole del amor que los unía, de la hermosura de Rita... Camilo se sentía en el quinto cielo. La Cartomántica calló al fin, guardó los naipes y cerró la gaveta.

—¡Ah, Señora! ¡Me devuelve usted el sosiego! —exclamó el joven, tendiendo el brazo por encima de la mesa y estrechándole la mano. La mujer se puso de pie, sonriendo.

—Vaya usted tranquilo —dijo—. *Ragazzo innamorato...*

Y parada a su lado, le tocó la frente con el índice. Camilo se estremeció, como si hubiese sentido el contacto de la Sibila, y se puso a su vez de pie.

Sobre un aparador había un plato con varios racimos de pasas. Cogió uno la adivina, y empezó a morder las frutas, descubriendo dos hileras de dientes blanquísimos; hasta en una tarea tan rutinaria dejaba traslucir un aire de misterio. Camilo no veía la hora de marcharse; pero no sabía cómo pagarle la consulta, pues no tenía la menor idea del manejo de aquellos asuntos.

—Estas pasas son caras —dijo al fin; y sacando su cartera, preguntó—: ¿Cuántas piensa usted encargar?

—Pregunte usted a su corazón —respondió ella.

Tomó Camilo un billete de diez mil reis, y se lo entregó. Los ojos de la cartomántica brillaron; dos mil reis era el precio normal de una consulta.

—Bien se aprecia cuánto la ama —dijo— Y hace usted bien. Ella le corresponde... ¡Váyase pues tranquilo! Cuidado con las escaleras, que están oscuras; no olvide su sombrero.

Se había guardado el billete y lo acompañaba a bajar, hablándole con su ligero acento italiano. Camilo se despidió de ella en la planta baja y descendió los peldaños que llevaban a la calle, mientras la adivina, muy satisfecha por la transacción, volvía a subir canturreando una barcarola. Camilo montó en el coche; la calle estaba ya libre y el caballo arrancó a buen paso.

Todo parecía sonreír ahora; las cosas tomaban otro aspecto; el cielo era claro, los transeúntes alegres. Camilo se reía de sus pasados temores, que le parecían ahora pueriles. Recordó los términos de la carta de Villela, y debió reconocer que eran íntimos y familiares. ¿Cómo podía ser que le hubieran parecido amenazantes? También recordó que eran urgentes: acaso había obrado mal demorándose tanto en acudir. Tal vez se trataba de un asunto grave, muy grave.

—¡Dese prisa, por favor! —repetía al cochero.

Y se afanaba por encontrar una excusa que justificase su tardanza.

Se puso a pensar después en aprovechar la lección y reanudar sus visitas a la casa. Le volvían a la memoria las palabras de la cartomántica. No cabía la menor duda de que ella había adivinado el motivo de su visita, la situación en que se hallaba y la presencia de un tercero. ¿Cómo dudar entonces de sus predicciones? Si había visto un presente que ignoraba, de igual modo debía confiarse en su visión del porvenir. Y por estos caminos, lentos y seguros, volvían a la superficie de su alma las antiguas creencias de la niñez y se sentía de nuevo aprisionado por la garra del misterio. A ratos trataba de alejar aquellas ideas, y reía de sí mismo con un poco de vergüenza. Pero la hechicera, las cartas, la seguridad de sus palabras, aquel último consejo de "Vaya usted tranquilo, *ragazzo innamorato*"... y hasta la barcarola de despedida, lenta y cadenciosa... todo esto eran experiencias recién sucedidas que, al lado de las antiguas, contribuían a afirmar una fe nueva y vigorosa.

A decir verdad, sentía el corazón henchido de brío e impaciencia; pensaba en la felicidad de antes y en la que le reservaba el porvenir. Al pasar por el puerto contempló el mar, dejando vagar la mirada hasta el confín en donde agua y cielo se dan un beso infinito; y tuvo la viva sensación de un porvenir largo, larguísimo, interminable.

Un momento después llegaba frente a la casa de Villela. Se apeó, empujó la verja del jardín y entró. No se escuchaba en la casa el más leve rumor. Subió los seis peldaños de la escalinata, y llamó con los nudillos en la puerta principal; ésta se abrió al punto, dejando aparecer apenas en el vano a Villela.

—¡Perdóname, hombre, no pude venir antes! ¿Qué sucede?

Villela no respondió. Tenía una expresión descompuesta en el rostro. Con un gesto lo invitó a pasar al gabinete. Camilo entró, y al instante lanzó un grito de terror: en el fondo del aposento, tendida en un canapé, yacía Rita, ensangrentada y sin vida. Lo aferró Villela por el cuello, y de dos tiros de revólver lo dejó muerto en el suelo.

---

\* De *Varias Historias*.

## MISA DE GALLO

NUNCA pude entender la conversación que sostuve con una señora, hace muchos años, tenía yo diecisiete, ella treinta. Era la noche de Navidad. Habiendo convenido con un vecino en ir los dos a la misa de gallo, preferí no dormir; acordamos que yo iría a despertarlo a medianoche.

La casa en que me hallaba hospedado era la del escribano Menezes, quien había estado casado, en primeras nupcias, con una de mis primas. La segunda esposa, Concepción, y su madre, me acogieron muy bien, cuando vine de Mangaratiba a Río de Janeiro, meses antes, a hacer el curso de ingreso a la universidad. Vivía tranquilo, en aquella casa de dos plantas de la Calle del Senado, con mis libros, pocas relaciones, algunos paseos. La familia era pequeña: el escribano, la mujer, la suegra y dos esclavas. Costumbres a la antigua. A las diez de la noche todos estaban en sus aposentos; a las diez y media la casa dormía. Yo nunca había ido al teatro, y más de una vez, oyendo decir a Menezes que se iba al teatro, le pedí que me llevase con él. En tales ocasiones la suegra hacía una mueca, y las esclavas se reían con disimulo; él no respondía, salía y sólo volvía a la mañana siguiente. Más tarde supe que el teatro era un eufemismo en acción.

Menezes tenía amores con una señora, separada del marido, y dormía fuera de casa una vez por semana. Concepción había sufrido, al principio, por la existencia de la concubina. Pero al fin se había resignado, se había acostumbrado, y terminó pensando que aquello era una cosa normal.

¡La buena de Concepción! La llamaban "la santa" y hacía honor al título, tan fácilmente soportaba los olvidos del marido. En verdad, era un temperamento moderado, sin extremos, sin muchas lágrimas ni risas. En la época a que ahora me refiero, podría juzgársela mahometana; hubiera aceptado un harén, siempre y cuando se guardaran las apariencias. Dios me perdone si la juzgo mal. Todo en ella era atenuado y pasivo. El mismo rostro era indefinido, ni bonito ni feo. Era lo que solemos llamar una persona simpática. No hablaba mal de nadie, todo lo disculpaba. No sabía odiar; hasta puede ser que no supiese amar.

Aquella noche de Navidad el escribano fue al teatro. Era allá por los años 1861 o 62. Yo debía estar ya en Mangaratiba, de vacaciones; pero me quedé hasta la Navidad para conocer "la misa de gallo en la corte". La familia se recogió a la hora de costumbre; yo me instalé en la sala del frente, vestido y listo para salir. De allí pasaría al corredor de la entrada y saldría sin despertar a nadie. Había tres llaves de la puerta de la calle; una estaba en poder del escribano, yo llevaría otra, la tercera quedaría en casa.

—¿Pero, señor Nogueira, qué hará usted durante todo este rato? —preguntó la madre de Concepción.

—Leer, doña Ignacia.

Había llevado una novela, *Los Tres Mosqueteros*, vieja traducción, creo, del *Diario del Comercio*. Me senté frente a la mesa que estaba en el centro de la sala, y a la luz de una lámpara de Queroseno, mientras la casa dormía, monté una vez más en el caballo negro de D'Artagnan y partí en pos de aventuras. Al poco tiempo estaba completamente ebrio de Dumas. Los minutos volaban, al contrario de lo que suele pasar cuando son de espera; oí sonar las once, pero casi sin advertirlas. Mientras tanto, un pequeño rumor que provenía de adentro vino a sacarme de la lectura. Eran unos pasos en el pasillo que iba de la sala de visitas al comedor; levanté la cabeza; al momento vi asomarle a la puerta de la sala la figura de Concepción.

—¿Aún no se ha ido? —preguntó.

—No, aún no; parece que no es todavía medianoche.

—¡Qué paciencia!

Concepción entró en la sala, arrastrando sus chinelas. Vestía una levantadora blanca,

mal anudada en la cintura. Siendo delgada, tenía un aire de imagen romántica que no desentonaba con mi libro de aventuras. Cerré el libro; ella se sentó en la silla que estaba frente a la mía, cerca del canapé. Como yo le preguntase si la había despertado, sin querer, haciendo ruido, me respondió con rapidez:

—No, de ningún modo; desperté porque sí.

La miré con cierta atención y dudé de lo que me decía. Sus ojos no eran los de una persona que acaba de despertar; más bien parecían los de alguien que aún no ha dormido. Esa observación, sin embargo, que para otro podría ser importante, fue desechada sin dificultad, sin pensar que tal vez fuera yo la causa de su insomnio, y que hubiera mentido para no disgustarme. Ya he dicho que ella era buena, muy buena.

—Pero ya debe ser casi la hora —dije.

—¿Qué paciencia la suya, esperar despierto, mientras el vecino duerme! ¡Y esperar solo! ¿No le dan miedo las almas del otro mundo? Hasta temí que se hubiera asustado cuando me vio.

—Cuando oí los pasos me pareció un poco extraño; pero usted apareció enseguida.

—¿Qué estaba leyendo? No me lo diga, ya me di cuenta; es la novela de los Mosqueteros.

—Exactamente: es muy linda.

—¿Le gustan las novelas?

—Mucho.

—¿Ya leyó la *Moreninha*?

—¿Del doctor Macedo? La tengo allá en Mancaratiba.

—A mí me gustan mucho las novelas, pero leo poco, por falta de tiempo. ¿Cuáles novelas ha leído?

Comencé a decirle algunos títulos. Concepción me escuchaba con la cabeza reclinada en el espaldar, y los ojos entrecerrados fijos en mí. De vez en cuando se humedecía la boca con la lengua. Cuando terminé de hablar, no dijo nada; así permanecimos algunos segundos. Luego, la vi enderezar la cabeza, cruzar los dedos y apoyar sobre ellos el mentón, con los codos apoyados en los brazos de la silla, todo ello sin desviar de mí los grandes ojos vivaces.

—Tal vez la haya aburrido —pensé.

Y en voz alta:

—Doña Concepción, creo que va siendo hora de irme, y yo...

—No, no, todavía es temprano. Vi hace un momento el reloj; son las once y media. Le queda tiempo. ¿Cuando usted pasa la noche despierto, es capaz de no dormir al otro día?

—Ya lo he hecho varias veces.

—Yo, no; si me desvelo, al otro día estoy que me caigo, y tengo que dormir algo, aunque sea media hora. Pero puede ser porque ya me estoy haciendo vieja.

—¿Cómo vieja, doña Concepción?

Dije esto con tanta efusión, que la hice sonreír. Por lo general ella era de maneras lentas y de actitud tranquila; ahora, sin embargo, se irguió rápidamente, cruzó la sala y dio algunos pasos, entre la ventana del frente y la puerta del gabinete del marido. Así, con el desaliño recatado de sus ropas, me causaba una impresión singular. Aunque delgada, tenía no sé qué cadencia en el andar, como si el cuerpo le pesara; esa característica nunca me pareció tan especial como aquella noche. Se detenía a veces para examinar un trecho de cortina o para corregir la posición de algún objeto en el aparador; finalmente se detuvo frente a mí, al otro lado de la mesa. Era estrecho el círculo de sus ideas; me repitió su asombro de verme esperar despierto; yo repetí lo que ya le había dicho, o sea que no conocía la misa de gallo de la corte y que no quería perdermela.

—Es igual a la del campo; todas las misas se parecen.

<sup>1</sup> *A Moreninha* (La Morenita, 1844) de Joaquim Manuel de Macedo, fue una novela muy popular en el Brasil de esos años. (Nota del traductor)



—Sin duda es así; pero aquí habrá de seguro más lujo, y más gente también. Fíjese usted, la Semana Santa en la Corte es más bonita que la de los pueblos. Y ni qué decir de San Juan, ni de San Antonio...

Poco a poco había vuelto a sentarse; colocó los codos sobre el mármol de la mesa y apoyó el rostro entre las manos entreabiertas. Al no estar abotonadas, las mangas cayeron naturalmente, y le vi la mitad de los brazos, muy blancos, y menos delgados de lo que podría suponerse. Verlos no era algo nuevo para mí, pero tampoco algo habitual; en aquel momento, no obstante, la impresión que recibí fue grande. Las venas eran tan azules, que a pesar de la penumbra podía contarlas desde donde me hallaba. La presencia de Concepción me hacía sentir más despierto que la lectura del libro. Seguí hablándole de lo que pensaba acerca de las fiestas del campo y la ciudad, y de cualquier cosa que se me iba ocurriendo. Cambiaba de un tema a otro, sin saber por qué, haciendo variaciones o volviendo a los primeros, y riendo para hacerla sonreír y poderle ver los dientes, que relucían de blancos, muy parejos. Sus ojos no eran del todo negros, pero sí oscuros; la nariz fina y larga, un poquito curva, daba a su rostro un aire de interrogación. Cuando yo alzaba la voz más de la cuenta, ella me reprendía:

—¡Más bajo! mamá puede despertarse.

Y no abandonaba aquella posición, que me llenaba de agrado, tan cerca estaban nuestras caras. Realmente, no era preciso hablar alto para ser escuchado; susurrábamos los dos, yo más que ella, porque era yo el que más hablaba; ella, a veces, se quedaba seria, muy seria, con la frente un poco fruncida. Finalmente se cansó; cambió de posición y de lugar. Rodeando la mesa, vino a sentarse a mi lado, en el canapé. Me di la vuelta y pude ver, de soslayo, la punta de sus chinelas; pero fue sólo durante el instante que ella gastó en sentarse; la bata era larga y las cubrió enseguida. Recuerdo que eran negras. Concepción dijo en voz muy baja:

—Mamá duerme lejos, pero tiene el sueño muy liviano; si se despertara ahora, la pobre, le costaría mucho volver a dormirse.

—A mí me pasa lo mismo.

—¿Qué dice? —preguntó ella inclinando su cuerpo para oír mejor.

Fui a sentarme en la silla que estaba al lado del canapé y repetí la frase. Se rió de la coincidencia; también ella tenía el sueño liviano; éramos tres sueños livianos.

—Hay veces que me pasa lo mismo que a mamá: despierto y me cuesta dormir otra vez, doy vueltas en la cama, me levanto, enciendo una vela, camino, vuelvo a acostarme, y nada.

—Fue lo que le pasó hoy.

—No, no —me atajó ella.

No entendí la negativa; quizá tampoco ella la entendiese. Tomó los extremos del cinto de su bata y se golpeó con ellos las rodillas, es decir, la rodilla derecha, porque acababa de cruzar las piernas. Después me contó una historia de sueños, y me aseguró que sólo había tenido una pesadilla en toda su vida, cuando era niña. Quiso saber si yo las tenía. La conversación siguió así, lentamente, largamente, sin que yo me acordase de la hora ni de la misa. Cuando yo terminaba una narración o una explicación, ella inventaba otra pregunta u otro tema, y yo volvía a tomar la palabra. De vez en cuando me reprendía:

—Más bajo, más bajo...

Hubo también algunas pausas. Dos o tres veces me pareció que la veía dormir; pero los ojos, cerrados por un instante, se abrían en seguida, sin sueño ni fatiga, como si apenas los hubiese cerrado para ver mejor. En una de esas veces creo que me sorprendió absorto en su persona, y recuerdo que volvió a cerrarlos, no sé si de prisa o lentamente. Hay impresiones de esa noche que se me aparecen truncadas o confusas. Me contradigo, me enredo. Una de las que aún tengo frescas es que, en cierto momento, ella, que era apenas simpática, se volvió linda, se volvió lindísima. Estaba de pie con los brazos cruzados; yo, por respeto, quise levantarme; ella no me lo permitió, puso una de sus manos en mi hombro, y me obligó a permanecer sentado. Pensé que iba a decir algo; pero se estremeció, como si sintiese una corriente de frío, se volvió de espaldas y fue a sentarse en la silla donde me había encontrado leyendo. Desde allí dejó

vagar la mirada por el espejo, que estaba encima del canapé, y me habló de dos grabados que colgaban de la pared.

—Estos cuadros se están poniendo viejos. Ya le pedí a Chiquinho que compre otros.

Chiquinho era el marido. Los cuadros reflejaban el interés primordial de su dueño. Uno representaba a Cleopatra; no recuerdo el tema del otro, pero era también un cromo con mujeres. Vulgares ambos; pero en aquella época no me parecían feos.

—Son bonitos —dije.

—Bonitos son; pero están en mal estado. Y además, francamente yo preferiría dos imágenes, dos santos. Estos están más apropiados para un cuarto de muchacho o una barbería.

—¿Barbería? No creo que usted haya estado en ninguna...

—Pero me imagino que los clientes, mientras esperan, hablan de muchachas y de noviazgos, y naturalmente el dueño del local les alegra la vista con figuras bonitas. En cambio para una casa de familia no me parecen apropiadas. Por lo menos es mi opinión; pero yo pienso muchas cosas, así, un poquito raras. Sea como sea, no me gustan esos cuadros. Yo tengo una Nuestra Señora de la Concepción, mi madrina, muy bonita; pero es una estatua, no se puede colgar en la pared, ni yo lo desearía. Está en mi oratorio.

La idea del oratorio me trajo la de la misa, me hizo acordar que podía ser tarde, y quise decirlo. Creo que llegué a abrir la boca pero volví a cerrarla para oír lo que ella contaba, con dulzura, con gracia, con tal suavidad que llenaba mi alma de pereza y me hacía olvidar la misa y la iglesia. Hablaba de sus devociones de niñez y juventud. Luego refirió unas anécdotas de bailes, unas historias de paseos, reminiscencias de Paquetá,<sup>2</sup> todo mezclado, casi sin interrupción. Cuando se cansó del pasado, habló del presente, de los asuntos de la casa, de las fatigas del trabajo hogareño, que le habían asegurado antes de casarse que eran muchas, pero que no eran nada. No me contó, pero yo sabía que se había casado a los veintisiete años.

Ahora ya no cambiaba de sitio, como al principio, y casi no cambiaba de posición. No se le cerraban ya los ojos, y se puso a mirar distraídamente las paredes.

—Necesitamos cambiar el empapelado de la sala —dijo al cabo, como si hablase consigo misma.

Asentí, por decir algo, para salir de esa especie de sueño magnético, o lo que quiera que sea que me paralizaba la lengua y los sentidos. Quería y no quería terminar la conversación; hacía esfuerzos para apartar los ojos de ella, y los apartaba por un sentimiento de respeto; pero la idea de que pudiera parecer cansancio o aburrimiento, cuando no era así, me llevaba a fijar otra vez mis ojos en Concepción. El diálogo iba muriendo. En la calle el silencio era total.

Nos quedamos algún tiempo —no puedo decir cuánto— absolutamente callados. El único rumor que se oía era un roer de ratón en el gabinete que me hizo despertar de aquella especie de letargo; quise mencionarlo, pero no hallé modo. Concepción parecía sumida en meditaciones. Súbitamente, oí un golpe en la ventana, desde el lado de afuera, y una voz que gritaba: "¡Misa de gallo!", "¡Misa de gallo!"

—Ahí está su compañero —dijo ella, levantándose—. Qué gracioso: usted había quedado en ir a despertarlo, y es él quien llega a despertarlo a usted. Salga, que ya debe ser la hora; adiós.

—¿Ya será hora? —pregunté.

—Naturalmente.

—¡Misa de gallo! —repitieron afuera, golpeando.

—Vaya, vaya, no lo haga esperar. La culpa fue mía. Adiós; hasta mañana.

Y con el mismo vaivén al caminar, Concepción enfiló por el pasillo, pisando con suavidad. Salí a la calle y encontré al vecino que esperaba. Nos dirigimos a la iglesia. Durante la misa, la figura de Concepción se interpuso más de una vez entre el cura y yo; cárguese esto a la cuenta de mis diecisiete años. Al día siguiente, en el almuerzo, hablé de la misa de gallo y de la

<sup>2</sup> Isla distante unas pocas millas de la bahía de Guanabara. Por esos años muy frecuentada como lugar de paseo o verano de la sociedad carioca. (Nota del traductor)

gente que estaba en la iglesia sin despertar la curiosidad de Concepción. Durante el día, la encontré como siempre, natural, benigna, sin nada que hiciese recordar la conversación de la víspera. Por Año Nuevo viajé a Mangaratiba. Cuando regresé a Río de Janeiro, en marzo, el escribano había muerto de apoplejía. Concepción vivía en *Engenho Novo*, pero nunca la visité ni me encontré con ella. Más tarde oí que se había casado con el escribiente juramentado del marido.\*

---

\* De *Páginas Recogidas*.



*AQUÍ TERMINA CARA*

\* \* \* \* \*